

EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA



I

Bien conocido de todos es el actual conflicto escolar, conflicto mil y uno de la serie y que no será el último, gracias al estado especial en que aquí se encuentran las cosas de enseñanza. Si volvemos la vista atrás hasta tropezar con el motivo del incidente, encontraremos que es tonto, trivial; se reduce simplemente á la negativa á entrar en clase so pretexto de honrar la memoria de una muerta á quien harto maltrajeron en vida.

Sin parar mientes en la inconsecuencia que representa tal conducta, impropia de jóvenes que pretenden hombrear en todo momento y ocasión, y contrayéndonos escuetamente á la negativa, vemos que, sobre estar inspirada sólo por un deseo de holganza, está formulada de un modo que se repite siempre en la vida estudiantil y que parece no tener importancia, aunque nosotros creemos lo contrario. En efecto, si observamos el desarrollo de cualquiera de esas protestas, encontramos un fenómeno curioso que denota la poca enjundia de nuestros escolares. Cada uno, particularmente, sale de casa dispuesto á ir á clase provisto de sus libros ó apuntes; llega á la Universidad; reunidos todos, salta, no se sabe de dónde, la idea de faltar con cualquier pretexto; aprobada por unanimidad, surge el escándalo. Lo lógico sería, tomado el acuerdo, marchar inmediatamente y aprovechar el día divirtiéndose, pues que de ello se trata; pero hay que proceder contra el sentido común, y para ello se pasan horas enteras alborotando en los claustros, siendo el resultado que ni han paseado los estudiantes ni han entrado en clase, y en cambio han estado toda la mañana metidos en el centro del que que-

rían alejarse. Á veces pasa inadvertida una conmoción de esas y vuelve la normalidad inmediatamente; pero otras, como en la presente, se enreda la cuestión y adquiere caracteres agudos que hacen rodar prestigios respetables y dejan maltrеча la autoridad del profesor.

Dos factores importantes hacen á nuestro juicio que estas cuestiones revistan alguna gravedad que nunca debieran alcanzar. Tales son: la falta de rigidez académica y la carencia de seriedad en los discípulos. Y aún pudiéramos añadir un tercer factor, quizá el más importante, la falta de un afecto cariñoso, de una corriente simpática entre profesor y discípulo. Rara es la vez que los Claustros imponen penas académicas, y esa rareza ha venido á debilitar su fuerza. Á más, el castigo de los revoltosos es sumamente difícil y expuesto á desigualdades enojosas. Todos alborotan y enredan. Llegada la hora del castigo, éste no puede hacer presa en los hijos de familias distinguidas, á veces principales agitadores. Las influencias se oponen y, ó castigar á un infeliz, ó dejar impune el delito. Tal debe ser el dilema en que tropezará el Claustro constantemente, y optando por la benevolencia da carta abierta á nuevos desmanes.

La excesiva libertad y total descuido en que se deja hoy á los jóvenes escolares hace que lleguen á la enseñanza superior sin saber apreciar ni la labor ni la persona del maestro. Abandonados á sí mismos, obran por cuenta propia, y el padre no da señales de vida más que para pedir al profesor explicaciones de un suspenso ó para protestar de la detención de su hijo en días de asonada. Así los alumnos llegan á los estudios de facultad desnudos completamente del hábito cortés y urbano propio del hombre educado.

Esa falta es de gran importancia en la vida escolar, y así se nota que los peores estudiantes son los peor educados.

Finalmente, la falta de armonía entre profesor y discípulo es de consecuencias desastrosas. Ella sola, de existir, lograría subsanar los defectos anteriores. Desgraciadamente, esa armonía es difícil de establecer. Es preciso que el maestro lo sea por vocación y no por accidente. Que sepa atraer á sus discípulos, inspirarles un respeto cariñoso y, sobre todo, que,

teniendo un gran entusiasmo por la asignatura, realice el milagro de hacerla agradable, de presentarla como una materia que precisa conocer y no como un libro más del que fatalmente han de examinarse.

Sabido es las rarísimas ó ninguna falta que se registran en las clases en que uno y otro han realizado esa compenetración admirable y los buenos resultados obtenidos al final de curso.

Pero como estos ejemplos escasean, hay que buscar el remedio al mal en un procedimiento que pudiéramos llamar mixto. Es decir, en la acción del castigo académico combinado con la presión de las familias excitadas por aquél. Dicho corriente es que «el suspenso de Junio es para el chico y el de Septiembre para el padre». Del realismo que arroja el dicho en cuestión podía sacarse un buen partido haciendo que la pena fuera de rechazo al padre, que, naturalmente, se encargaría en lo sucesivo de ser más cuidadoso de su hijo. Creemos firmemente que unas cuantas pérdidas de curso seguidas de un recargo en la nueva matrícula serían suficientes á reprimir estos excesos que se repiten cada día con más frecuencia y con caracteres más escandalosos.

Desde el momento que el padre arrostra los sacrificios de una carrera con tal de poner al hijo en condiciones de vida, es lógico que á él corresponda preferentemente interponer en todo momento su autoridad, tanto por no malograr el fruto de la enseñanza, cuanto por el interés de no perder el dinero. Ellos solos debieran ser los únicos que dieran fin á las contiendas ó, mejor aún, que no las suscitasen, sofocando con su intervención cualquier tentativa de alboroto. Pero dejarlo abandonado para que maestros y guardias se las compongan con él, no interesando á ninguno de ellos, es conducta que refleja una despreocupación que aturde y hace pensar si á los chicos se les da carrera por dotarles de elementos de combate ó por una necia vanidad.

Las consecuencias de este estado de cosas repercuten fatalmente en la vida nacional. Estos mozos acabarán sus carreras al cabo, algunos serán los que gobiernen, y ocioso es considerar lo que podrá esperarse de ellos.

Urge, pues, poner manos á la obra de reconstrucción, pero mano fuerte y decidida, si queremos evitar mayores desastres.

En materia de educación está todo por hacer y quizá por decir. Seguimos con procedimientos arcaicos y rutinarios que enervan el espíritu en lugar de vivificarlo. Para salir de este estado no basta pregonar á grito herido que hace falta aumentar el presupuesto de Instrucción pública. Con ser una verdad que las escuelas se hacen con dinero, no lo es que la mejor sea la más rica. Así como el problema social no es sólo cuestión de salario, sino de conducta, el problema de educación no es sólo cuestión de dinero, sino de método. Si echamos una ojeada por el estado actual de la enseñanza en España, sacaremos una impresión de desconsuelo al hallar que no sólo es escasa, sino que es mala.

Puede asegurarse sin temor á equivocación que todos los muchachos han pasado por la escuela aun en el último de nuestros pueblos. Á ella se les ha enviado irremisiblemente, si no para aprender, para que no enreden en casa en los primeros años, y obsérvese que empieza á tomarse la escuela como cárcel y no como centro de instrucción. Allá los ha tenido el maestro en tanto que sus manos han podido ganar el pan que han de comer, época en la que han sido arrancados de la escuela para no volverla á ver. Aun así, resulta que en ella estuvieron tres ó cuatro años por lo menos, que bien aprovechados son suficientes á crear un cierto estado de instrucción bastante persistente en atención á la edad de los alumnos y lo elemental de los conocimientos. Sin embargo, nuestros alistamientos militares arrojan un número de analfabetos que aplana. ¿En qué consiste esa falta de instrucción? No puede obedecer más que á que no se le enseñó ó se le enseñó mal, en cuyo caso el profesor resulta inútil. Cierto que el corto sueldo, el retraso en su cobro y otras mil cosas no son elementos que puedan avivar el celo del maestro; pero también lo es que, honradamente, sea como fuese, su deber es enseñar y enseñar bien; lo contrario, la desidia, el abandono es de fatales consecuencias. El niño no sale ya sólo como *tábula* rasa de la escuela: sale con el ejemplo pernicio-

so del abandono del deber. Y ese ejemplo, que observa maravillosamente, servirá de norma quizá para su vida futura. «Todo lo que se ve se aprende», ha dicho la sana razón con fidelidad absoluta. Siendo la afirmación rigurosamente exacta, no hay para qué decir la importancia de un maestro negligente.

No basta ya que sea una enciclopedia andando; es menester que sea bueno, exacto y espejo donde el discípulo se mire en todo momento.

Resulta, pues, que en los pueblos, que es donde radica la masa que necesita más cuidado, está en el mayor abandono. Los reemplazos militares y las estadísticas penales ponen de manifiesto la *brillante* labor del profesorado.

No salen mejor librados los chicos de la ciudad. La enseñanza privada, salvo contadísimos casos, difiere poco de la suministrada por el Estado. Seis horas de encierro y la coorea como argumento supremo son los ejes en que se mueve todo el método del profesor. Su labor queda reducida á colocar ordenadamente en la memoria, bien por laborioso estudio ó por monótona canturía, unos cuantos tomitos que olvidan los discípulos á las primeras de cambio, siendo el mejor colegio aquel que enseña una más larga lista de asignaturas y el mejor alumno aquel que ostenta una cartera más repleta de libros.

Los menos, ó sean los que en su día cursarán el bachillerato, son atendidos con algún más cuidado; pero sus conocimientos son tan frágiles, van tan prendidos con alfileres, que si en el Instituto fuesen á proceder con rigor, quizá no aprobase ninguno el examen de ingreso.

Vemos que la primera enseñanza en la ciudad y en el campo es deficientísima, que no surte el resultado debido, ni instruye al individuo, ni lo educa. Y así observamos cómo crece en proporciones aterradoras el número de precoces delincuentes. Con esa base movediza, sin instrucción verdad, entra el alumno en la segunda enseñanza, y allí, aunque parece incierto, se repite el mismo caso. Que el hecho está en la imaginación de todos, es inútil demostrarlo. Ya el pueblo ha resumido el concepto que tiene de los bachilleres en la

frase dura, pero real, de «Bachiller en artes, borrico en todas partes».

En la primera enseñanza luchábamos con un enemigo sólo: el maestro. Aquí se lucha con dos ó con tres: el plan de enseñanza, el maestro y el libro.

El plan de enseñanza caprichoso, impremeditado, cambiado con frecuencia y facilidad pasmosas, no llena los fines debidos.

El profesor, aun suponiéndole buen deseo, que ya es mucho, tiene que ser por regla general resultado deplorable de la enseñanza de su tiempo. No podrá enseñar más que lo aprendido, á no ser que su amor á la profesión le haga imponerse el sacrificio del estudio constante, de la labor continua, y esos casos son poco frecuentes.

Fruto de la ciencia del profesor es el libro que pone en manos de sus alumnos. En él no hay que buscar nada nuevo: sólo hay un trabajo de *acarreo*, sin orientación, sin plan, y sólo se ha cuidado de darle unas desmesuradas proporciones, bastantes á justificar su desmesurado precio.

El *industrialismo* docente, plaga que amenaza no acabar, es otra de las trabas que impiden que la enseñanza sea lo que debe ser, tanto por falta de método, cuanto por profesor que lo aplique é instrumento adecuado á la labor.

Con estos tres elementos fatalmente combinados, salen los bachilleres para entrar en la enseñanza superior faltos de ciencia y llenos de picardía.

Sus profesores tienen que luchar con la falta de preparación precisa para el estudio de materias delicadas de suyo. Unida esa falta de preparación á lo deficiente de la enseñanza de facultad, tanto por el tiempo perdido en revueltas escolares, cuanto por la incuria de profesores y ausencia de verdaderos textos, hacen que veamos abogados que no saben Derecho y médicos que no curan. Su ineptitud desacredita la profesión y el centro donde aprendieron, creando un ambiente de desconfianza que perjudica á los que tienen á su cuidado la misión de educar la Nación.

La consecuencia sensible, pero cierta, que se saca al tender la vista por el estado de nuestra enseñanza, es conven-

cerse de que ni se instruye, ni se educa. Á instruir y á educar deben encaminarse todos los esfuerzos posibles. No basta que un muchacho le cuente los pelos al diablo por cualquier fórmula algebraica, nos diga de un tirón la serie de reyes godos ó repita al pie de la letra una clasificación zoológica. Es menester que, sin descuidar esos conocimientos poniéndolos en su justa medida, la instrucción tenga un carácter más práctico y utilitario, tendiendo á formar hombres instruídos pero prácticos, sanos de cuerpo y limpios de espíritu. La mejor nota de estudios de un adolescente será, no la que contenga enorme fila de asignaturas con los consabidos Bueno, Mediano ó Regular, sino aquella que diga: «Su hijo tiene este mes más pantorrilla que el pasado», «Inspira tantos litros de aire», «Ha crecido tantos milímetros», «Va conociendo la historia contemporánea» y «No ha cometido acción reprehensible».

Siendo la educación del individuo un resultado fiel del método empleado y del maestro que enseñó, claro es que si queremos cambiar radicalmente los resultados hay que reformar ambos elementos. No basta un buen plan de enseñanza, es menester un buen profesor, base esencialísima de ella. Así, pues, creemos que en España hay que hacer primero maestros y después planes de educación. Un magnífico fusil nada significa en manos de un recluta; en cambio á un tirador le sirve cualquier arma. Así se lograra cambiar paulatinamente el nivel intelectual del pueblo, y como los actos del individuo como hombre y como ciudadano no son sino un reflejo de la educación recibida, habremos cambiado, sin sentir, el aspecto general del país como nación culta.

La tarea es larga, sus frutos están lejanos y eso desanimará á los impacientes. Algo, sin embargo, puede hacerse, cuyos resultados toquemos directamente.

Para evitar la incultura en que se encuentra la mayoría de los españoles y corregirla de momento, puede emplearse, á mi entender, dos medios: Primero, ordenar en plazo prudente exámenes públicos de lectura, escritura y las cuatro reglas aritméticas, de todos los varones mayores de veinte años. Dichos exámenes serían presididos por la autoridad munici-

dal y el Inspector de primera enseñanza del distrito. Á los reprobados se les castigaría, bien con multa ó con prestación personal en trabajos públicos por algunas semanas, sin perjuicio de volver á examinarse. Segundo, hacer que por los Coroneles de los cuerpos se formase relación de los mozos sin instrucción ingresados en cada reemplazo para que por el Ministerio de la Guerra se dictase la oportuna Real orden reteniéndoles un año más en filas como castigo, y por el Ministerio de Instrucción Pública se apercibiese á los Ayuntamientos, por conducto del de la Gobernación, para que en el reemplazo inmediato no se repitiese el caso, so pena de expediente para el Municipio y traslado para el maestro. Estamos ciertos de que el éxito coronaría tal medida, que quizá se califique de dura y arbitraria, pero que es necesaria en países como el nuestro.

Respecto á educación, podrían, verificados esos exámenes, darse periódicamente lecciones de materias cuyo índice no vamos á formar ahora, pero encaminadas todas á levantar la moral del pueblo y á enseñarle á ser ciudadano. Esas lecciones serían también obligatorias y estarían sujetas á un cuestionario único para toda la Nación.

La prensa, esa palanca que tantas cosas mueve y tantas glorias reivindica para sí, puede y debe tener parte principalísima en la obra. Todos los periódicos destinan un espacio regular á lo que venimos llamando folletín. ¿Por qué, en vez de insertar novelas horripilantes de enredo y maldades, no inserta obras escogidas, que eduquen verdaderamente? El folletín, por la avidez con que es leído por el pueblo, es vehículo apropiado para inculcarle cualquier orden de ideas. Así, pues, sería mejor que, en vez de aprender cómo se falsifica una firma ó se descerraja una puerta, se aprendiesen los deberes del ciudadano ó la historia de la Nación. Si tal cosa hiciese, habría ganado la prensa más gloria que en cien campañas políticas, inspiradas á veces en un bastardo patriotismo. Yo creo firmemente que el estado de nuestro país no obedece ni á inferioridad de raza, ni al carácter nacional, ni á nada que signifique defectos del pueblo. Obedece al abandono ó ignorancia de las clases directoras.

Tal obra creo que podría realizarse sin esfuerzo, con facilidad relativa y sin gastar una peseta.

Las consecuencias las tocaríamos inmediatamente y el éxito alentaría á la segunda parte, más difícil pero no menos hermosa. Hacer maestros y trazar planes para las generaciones que nos empujan, hacer, en fin, la España del mañana.

Formar hoy planes de enseñanza que respondan á las necesidades de la época, es empresa difícil; hay que hacerlo con elementos de casa; no podemos tomarlos de fuera, porque no nos sirven para nada. Francia sufre las consecuencias de planes deficientes y poco meditados, estando en completo fracaso. Alemania no ha podido, á pesar del número y variedad de sus centros docentes, realizar las esperanzas que en ellos puso, y confiesa sinceramente su equivocación. Inglaterra parece dar la nota de realidad; á ella dirigen los ojos las dos naciones continentales en busca de nuevos horizontes, y ambas tratan de imitar sus sistemas.

Sin negar que el método inglés sea el mejor, creemos que los planes de enseñanza tienen que ser obras nacionales y cortadas, por decirlo así, á la medida del carácter de la nación. Traducir y aplicar sistemas extraños en cualquier orden de cosas es cómodo, pero peligroso y expuesto al fracaso y descrédito completo, por falta de adaptación al ambiente.

Visto el estado actual de nuestra enseñanza, y reconocida la urgente necesidad de su reforma, vamos á investigar cuál sea el remedio más adecuado para todos y cada uno de sus grados. Tarea que realizaremos, no con la pretensión de que sea la mejor y más acertada (quizá sea un montón de errores), sino con el deseo de que, suscitando una vez más esta cuestión, se consiga tenerla siempre en un estado latente hasta que se haga algo serio por quien corresponda, que acabe de una vez con la afirmación rotunda y brutal de que el Africa empieza en los Pirineos.

ANTONIO MORILLO.

LA BATALLA DE SAN ROQUE

PRÓLOGO

En la fiada.

Es sábado, y la *fiada* (1) de Corcubias hállase hoy mucho más concurrida que en ningún otro día de la semana.

Allí están los mozos broncos, cetrinos, del hablar tardo, guedejas enmarañadas y cuerpos enjutos. Las rapazas coloradas, gordinflonas, de cabellos rubios y altos pechos como las matronas flamencas que Rubens trasladó en lienzos de maravilloso é insuperable realismo. Las viejas hilanderas, murmuradoras, rencorosas, que entre mojada y mojada del cordel estoposo, sueltan el aguijón de su lengua maldiciente, insaciable, hambriento siempre de honras que pisotear. Los viejos de ojos grises y nevada cabeza, refraneros, socarrones, cuya persona interior se dobla y frunce en tantos pliegues que no hay quien pueda acertar en cuál de ellos tienen escondida el alma.

Allí está también *Chinitas*, sobrino del alcalde, el estudiante que ruó por la gran ciudad de Mondoñedo, y que después de haber rumiado trabajosamente el arte de Raimundo y algo de sùmulas, ahorcó los hábitos con no menos gentileza que los llevara, y tornóse á su pueblo armado de una flauta pastoril, con cuyossones da ahora envidia á los zagales y cautiva la admiración de las zagalas coloradas y gordinflonas. Y allí está, finalmente, el dueño de la casa, el célebre tío *Galocho*, cuyas hazañas pretéritas se las saben de coro todas las gentes de veinte leguas á la redonda. Él fué quien en los buenos

(1) *Fiada*.—Reunión nocturna de hombres y mujeres. Éstas suelen entretener el tiempo que dura hilando ó haciendo calceta.

tiempos de su juventud temible acaudilló la mocedad de Corcubias y puso el pabellón de su esfuerzo tan en alto que no había quien no osase tenérselas tiasas con su valiente mesnada. ¡Qué lejos están ya aquellos tiempos de gloria! Á buena hora se hubieran atrevido á hacer entonces lo que ahora han hecho los del vecino lugar de San Crispín, sus eternos, sus implacables rivales. ¡Insultar á una moza de Corcubias! ¡Y en las mismas barbas de la muchacha, nada menos!

El tío *Galocho* está inconsolable y dice á quien quiere oirlo que «¡los mozos de hoy día son todos unos bragazas y que no sirven para maldita de Dios la cosa!

Consuélate, viejo glorioso, que aún hay juventud. Ella, precisamente ella es la que comenta con irritación creciente el sucedido cuya nueva trajo á Corcubias antes que nadie la tía *Pachona*, correo pordioseante de la comarca. Ahora espérase la llegada de *Chamorro*, del valiente *Chamorro*, que salió á la defensa de la joven mofada y enarbolando su bastón de roble hizo correr á los burladores más que de paso.

He aquí por qué en la fiada de Corcubias hay hoy sábado un aire de tempestad desusado. He aquí también, lector mío, la razón de que descansa por ahora la alegre flauta del ex seminarista, que hoy iba á echar un son nuevo oído ha pocos días á la banda de Mondoñedo.

Por el ámbito de la fiada (un quartucho bajo, entarimado á medias y al que da luz un enorme candil de garabato) cruzan sin cesar frases ardientes y curiosas, saturadas de aquel odio venenoso como ninguno que los corcubienses guardan para sus irreconciliables enemigos «los marranos zapateros» de San Crispín. La tía Feliciano, una de las hilanderas más viejas, no da paz á la sin hueso y explica á las otras comadres el origen de la cuestión.

—Dígovos, como soy Feliciano, que yo sé bien la mosca que ha picado á esos puercos de crispinos.

—Diga, diga, tía Feliciano.

Y agólpanse todos hacia donde se acurruca la maldiciente estantigua.

—¡Ay, hijos!—exclama la vieja en un tonillo de acre censura. Tenéis ojos y no veis lo que pasa cabo de vosotros.

¿Cómo queréis que los *zapateros* no anden comidos de la envidia dende el punto y hora que nosotros pusimos el altar nuevo en la iglesia y la hemos dejado tan pintada y reluciente que da gloria el verla? Pues no sino que se iban á alegrar cuando la suya iglesia está que si se cae ó no se cae de puro vieja. Á la fe no tenéis caletre, no tenéis caletre.

Todos callan, y su silencio parece como tácito asentir á la rotunda afirmación de la anciana. Esta cesa de hablar y tira con los dientes de la trenza de estopa que sale de la rueca, mojándola repetidas veces con sus labios exangües y hundidos. En el coro va levantándose un run-run de comentarios que cesa en cuanto la vieja hilandera reanuda su discurso.

—Y aun creedme, como he de ser comida de gusanos, que también andan muertos de rabia porque han visto que el nuestro glorioso patrono nos remedió cuando la peste de las *vejigas* (1) del año pasado, y como el suyo no les hizo maldito el caso cuando lo sacaron en rogativa para la sequía de las patatas, pues ahí tenéis explicada la tirria de esos pobres.

Aquí interrúmpese para mojar de nuevo la estopa. Y luego con entonación de profundo convencimiento, exclama:

—Pero, señor, ¿á quien se le ocurre que un santo, patrón de zapateros, ha de tener en el cielo tanto favor como nuestro San Roque, abogado de la peste y uno de los santos más buenos del calendario? ¡Bah, que se necesita ser ignorante para pensar tall

Todos quedan asombrados ante la sutil penetración de aquella vieja «que parece que lo sabe todo».

Las revelaciones de la anciana dan pie á nuevos comentarios que cada vez se hinchan más, y la fiada es ya como una inmensa olla en donde hierven y borbotean las opiniones más disparatadas.

De pronto suena un recio golpe dado en la puerta. Ábrenla y aparece en su vano *Chamorro* seguido de *Charpa* y *Zancon*, sus dos compinches de rondas nocherniegas. Vienen de Presno, lugar distante un cuarto de legua de Corcubias,

(1) *Vejigas*.—Viruelas.

y hanse alumbrado en su camino con haces de paja, cuyos residuos aventan antes de meterse adentro. Óyese una exclamación general: «¡Ya está aquí *Chamorro!*»

Y todos vuelven los ojos á *Chamorro*, al idolatrado de los corcubienses por valiente, por buen mozo y por discreto; al único forastero que las viejas miran con cariño cuando atraviesa las callejas de Corcubias, risueño y afable, con el bastón retorcido, colgado de la muñeca por un lazo de piel cruda; al mozo gallardo á quien el tío *Galocho* no afrenta con el mote consabido que tanto prodiga á los demás; en una palabra, al que aquella misma mañana se había cubierto de gloria sentando bien la mano á los «marranos de zapateros» insultadores de la Venus corcubiense, por cuyos pedazos andan medio muertos los infanzones más rumbosos de la comarca.

Entra el joven sonriente y tranquilo, y veinte brazos se extienden para abrazarlo. Algunos lanzan gritos de ¡viva Corcubias! ¡Bien por *Chamorro!*

Pero el tío *Galocho* no se entusiasma, y dice con aire de profundo escéptico:

«Como gritar, bien gritáis, á fe, pero el día de San Roque se verá quiénes son hombres y quiénes no.»

Y sacudiendo manotazos á un lado y á otro, aparta á los molestos chilladores y brinda al héroe un cuarterón del vinillo de la tierra.

—Toma, hombre, por lo bien que te has portado, que si todos fueran como tú, á fe que otro gallo les cantara á los *zapateros*.

Ya está *Chamorro* sentado y cuenta sin omitir detalle del modo como pasó la escena de la mañana.

Había ido él á San Crispín á cerrar la compra de unas caballerías, y pasando por la plaza vió á la hija del tío *Carriles*, que iba de largo á jamulgas en la mula y acompañada del criado de casa. Al verla acercóse á saludarla, y estando los dos de parola, oyóse un cantar alusivo á las mozas de Corcubias echado por unos mozancones que allí cerca estaban, mientras de ellos silbaban ruidosamente. Oirlos él y arremeterlos garrote en mano fué todo una misma cosa. Sólo tres

le habían hecho frente, y con ellos luchó á cintarazos hasta que sobrevino el alcalde y un alguacil, á cuya vista escaparon los otros.

El alcalde quería prenderlo, pero la hija del tío *Carriles* declaró que «ellos habían tenido la culpa», y en todo caso «que su padre saldría fiador del mozo», con lo cual el alcalde le dejó ir libre.

Al acabar *Chamorro* su relación, la concurrencia estalla en un unísono y formidable ¡muera San Crispín! impregnado de aquel odio que los corcubienses guardan muy especialmente para los *zapateros*, y al cual corresponden éstos con otro no menos profundo y africano.

Después del muera clásico, parece que todos se van apagando.

Las viejas hilanderas tornan á su faena, no sin dejar de hacer comentarios en voz baja; las mozas de pechos altos y rostro encendido juegan y retozan con los mozos broncos y de agitanada color. Los viejos se enfrascan en sus partidas de brisca y tute.

Ahora, ahora es la ocasión de que el estudiante de Mondoñedo lance sobre los rústicos tertulianos las melosas notas de su caramillo moderno.

Dejémosle á él entretenido en tan dulce faena, mientras nosotros damos al lector puntual noticia de la batalla famosa que pocos días después sostuvieron entre sí esos dos pueblos africanos que se llaman Corcubias y San Crispín.

SEGUNDA PARTE

La romería.

Cuentan los corcubienses más ancianos que allá en tiempos de los abuelos de sus abuelos un mozo de San Crispín logró desbancar á otro de Corcubias del lugar que este segundo ocupaba en el corazón de una rolliza y frescachona Venus corcubiense.

Y no fué esto sólo, sino que además llegó en su osadía al extremo de casarse con la muchacha, llevándosela después

á vivir con él, según Dios y la Santa Madre Iglesia lo tienen mandado.

La mocedad de Corcubias soliviantóse con ésta que juzgaban grave ofensa hecha á su paisano, y tomando á punto de honra el vengarla de un modo sonado y ejemplar, irrumpieron en San Crispín, llevándolo todo á raja tabla. Destrozaron la fuente, arrasaron sebes y sembrados y pegaron fuego al monte, que por abundar en tojo y broza pronto se vió convertido en inmenso mar de fuego.

Item más: dieron una solemne cencerrada á los novios que estuvo á pique de finir en tragedia sangrienta.

Desde este momento la paz que entre ambos vecinos lugares reinara desde antiguo, quedó rota para siempre, y las agresiones mutuas sucedíanse á cada triquitraque y por las causas más pequeñas.

No se olvide además el lector de aquellos motivos de disensión que en el prólogo de este cuadro oyó á la tía Feliciana, y agregando, por último, á la suma el reciente insulto á la rapaza de Corcubias, tendrá el capítulo entero de agravios que tan en pugna mantiene á los dos pueblos que por su misma vecindad parece debieran marchar siempre unidos en lazo de dulce y sabrosa paz.

Si esta tradición es ó no cierta, no hay para qué meterse ahora á dilucidarlo.

Démosla por buena y verdadera, siempre que al autor de este deslucido cuadro se le permita incluir al lado de ese primer motivo algunos otros, acaso menos románticos, pero mucho más libres de ser puestos en tela de juicio por los exigentes y modernos buscadores de la verdad pura y sin tacha.

Son del fuste y calidad que puede verse por el siguiente sumario:

1.º Los de San Crispín no debían alzar el grito un punto más alto que otro por la naturalísima razón de ser su pueblo más pobre y chico que Corcubias (no pareciendo bien que los mayores apareciesen rebajados ante los menores).

2.º Los de San Crispín debían contentarse con el agua que para sus prados de regadío sobraba bienamente del ría-

chuelo que fertilizaba entrambos lugares y no propasarse á desbaratar ninguna de las innumerables presas con que los corcubienses sangraban sin duelo el susodicho río, dejándolo casi exhausto para sus vecinos.

3.º Los de San Crispín no debían en ningún caso protestar de que los de Corcubias ensalzasen á su santo patrono, poniéndolo á muchos codos por encima del de aquéllos, toda vez que en el cielo gozaba de más alto lugar y predicamento, como era bien notorio... para los buenos de los corcubienses.

La ermita que los corcubienses tienen dedicada á su patrono San Roque álzase no lejos del lugar y á la mitad de la falda de uno de los montes que lo ciñen. Un bosquecillo, en donde se ven entreveradas las hayas grises con los *carbayos* (1) seculares, sírvele de apacible refugio, y dos de aquéllos, levantando sus vástagos robustos por encima de la techumbre pizarrosa, parece como que le brindan protección contra los desavíos del tiempo y de los hombres.

No ofrece, en verdad, esta capilla ningún rasgo arquitectónico que la distinga de tantas otras desparramadas por esos mundos; pero posee, á falta de excelencias monumentales, un mérito singular que le hace ser la más renombrada de muchas leguas en contorno: el agua que en chorro abundoso brota al pie de un gran *penedo* (2), dentro de la misma capilla.

Cuentan los piadosos devotos que cuando el santo andaba por el mundo llegó una vez al sitio en que hoy se yergue la ermita, y sentándose encima de la piedra para descansar, como se viese apretado de la sed, hirióla tres veces de arreo con su cayado. Al punto surgió de ella un manantial que corre y correrá hasta el fin de los siglos.

Los mismos devotos aseguran que quien beba de aquella agua «no adolecerá nunca de mal apestoso», y el que la tomare estando enfermo será sano infaliblemente «dende allí á poco tiempo».

(1) *Carbayos*.—Roble.

(2) *Penedo*.—Piedra grande.

Tan humilde capilla, que no recibe en todo el año otras visitas si no es la de algún fervoroso paciente que allí acude en busca de remedio á sus achaques, ó del pastor que entra á guarecerse en época de lluvias, hallábase rebosando de gentío el día 21 de Agosto del año... que más guste al lector.

Pululaba en sus alrededores un enjambre de chiquillos, todos muy lavados, todos muy compuestos y todos brincando y saltando como unos energúmenos. Delante del santuario apiñábase la gente, luchando por entrar. Dificilillo era el empeño; pero como, tarde ó temprano, todo llega en este mundo, no había ninguno que á costa de incontables fatigas, codazos y tal cual pisotón no lograra zamparse dentro. Verdad es que para llegar luego al suspirado manantial había necesidad de sostener una nueva lucha mucho más terrible que la anterior; pero todo lo vencía la constancia de los visitantes y todo lo daban por bien empleado con tal de conseguir absorber una sola gota del milagroso líquido.

En los claros del bosque una multitud abigarrada y chillona había levantado sin fin de altares á Baco y Tersípcore, y dábase al culto de ambas divinidades con la mejor voluntad del mundo. De vez en cuando el alegre estampido de los cohetes dejaba sentirse...

¿Habrá necesidad de decir que nos hallamos en plena romería de San Roque?

Aunque había cundido la voz de que los mozos de Corcubias se la tenían jurada á los de San Crispín para tal día, no por ello se retrajo la gente de los pueblos vecinos, y acudió á la fiesta ansiosa de divertirse y de gozar las espléndidas caricias de un hermoso sol, que parecía incitar al bullicio y á la animación.

Infinita era, pues, la muchedumbre de personas que á cosa de las tres de la tarde de tan señalado día llenaba, así la carretera que en el fondo del valle corría á par del riachuelo, como los senderos y callejones que de todas partes convergían al santuario.

A las cuatro el gentío era inmenso. Allí estaba toda la mocedad de Presno, de Santisteban, de Redondela, del Penedón, de... en fin, la mar. Con decir que hasta vinieron algu-

nos de Nafarea y Santalla, lugares que distan seis y ocho leguas respectivamente de Corcubias, está dicho todo.

La mayor parte de los mozos corcubienses no se presentó en la romería hasta cerca de las cinco. Llegaron en nutridísima faiange y entonando al unísono uno de esos cantares lánguidos, dulces, de sostenida cadencia, é impregnados de aquella vaga y penetrante melancolía que distingue los cantos indígenas del pueblo gallego.

Con la chaqueta al hombro, el sombrero de anchas alas tirado hacia atrás, los curtidos rostros brillantados por la excitación y el calor y ostentando las recias musculaturas, pletóricas de vida y robusta sangre, formaban ciertamente un soberbio cuadro los rapaces de Corcubias.

Serían como unos veinte, y salvo dos ó tres que llevaban el retorcido y flexible *vergallo* (1), los demás esgrimían unos soberbios garrotes, á los que sólo por modestia pudiera calificarse de bastones. El pelotón diseminóse por el momento, tirando algunos de ellos para la capilla y yendo los más á los muchos bailes que en el bosque y fuera de él se verificaban.

Con mucho menos alarde iban llegando los mozos de San Crispín, pues no excedió de cuatro ó cinco ninguno de los grupos que desde las primeras horas de la tarde se presentaron en la romería. Traían también sus correspondientes *fungueiros* (2), y no por cierto de menor calibre que los de sus rivales.

Pero fuera de este mudo y exterior aparato, ningún otro indicio denunciaba cuáles pudieran ser las intenciones de tirios y troyanos.

Alborotaban, danzaban, se reían, comían y bebían sin tasa.

Los mozos de Corcubias bromeaban y hablaban con todo el mundo, *menos* con los de San Crispín. Los de San Crispín con todo el mundo hablaban y bromeaban, *menos* con los de Corcubias. Porque, eso sí, en cuanto se topaban los de un

(1) *Vergallo*.—Verga del buey.

(2) *Fungueiros*.—Varas largas y toscas que se hincan en los laterales de la caja del carro.



bando con los del otro, suspendían de pronto las francachelas para dirigirse mutuamente una mirada quieta y sostenida, que por su inexpresión parecía ser hija de la misma indiferencia.

Bien que si la mirada era fría é inexpresiva, en cambio iba acompañada de una sonrisa de malísimo agüero, la cual, entre estas zafias y rústicas gentes — créanme ustedes á mí — vale por todas cuantas miradas más ó menos coléricas se dirijan dos contendientes de los más finos y pulcros que darse pueda.

La gente, excitada por los mil y mil ruidos de la fiesta; ebria y pletórica de buen humor, de bullanga; con los estómagos ahitos y la cabeza un tanto revuelta por los vapores del vinillo de la tierra, preocupábase poco de la actitud de *zapateros* y *corcubienses*.

Una detestable murga, dos gaitas, dos ó tres violines, un clarinete y dos flautas, nada menos, tenían los romeros para dar pasto á sus aficiones dancísticas. Excusado es, pues, advertir que con tal abundancia de elementos filarmónicos había para todos los gustos. Al lado de un corrillo en que dos filas de mozos y mozas respunteaban que era un primor la revoltosa muiñeira, veíase otro en el cual, al son quejumbroso y desapacible de un clarinete, se bailaba por todo lo fino una elegante y simétrica polka; más allá otro artista arañaba furiosamente las cuerdas de un destemplado violín para producir una serie de sonidos, que bien podían ser los de la jota, aunque no era cosa de jurarlo.

De cuando en cuando el estridente eco del acordeón dejábase oír entre la confusa algarabía de tanta música. Era que una familia habíase engullido la succulenta y monumental empanada de rica morcilla, y después de bien rociada con sus correspondientes tragos, ya se sabe, á pernear un poco, que para eso estaba allí el hijo de su papá con el flamante instrumento, dispuesto á demostrar que ya era un acordeonista tan bueno como el primero.

Pero donde estaba el núcleo principal de bailarines era en una explanada no muy grande que se abría á alguna distancia de la ermita. Habíase instalado en ella la música trashu-

mante que los mayordomos contrataban para tan solemne día, y los pobres de los murguistas bufaban como unos condenados.

Eran cinco por toda cantidad; un bombardino, un clarinete, dos cornetines y un bombo. Las piezas se sucedían casi sin interrupción, que para eso se había ajustado así en el contrato, y ¡guay de ellos si acaso dilataban sólo por unos minutos el intervalo que entre una y otra tocata debía mediar! Una granizada de insultos y dicharachos, que ellos sufrían humildemente, caía entonces sobre sus cabezas. ¡Todo para restituirse al lejano hogar con quince ó veinte miserables duros, después de tres meses mortales de fatigosas correrías, viviendo á salto de mata, durmiendo al raso muchísimas veces, aguantando no pocas humillaciones de los ariscos lugareños y, por añadidura, siempre á costas el abultado morral y con el dichoso instrumento al hombro! ¡Pobres músicos!

Animadísimo estaba este baile. En él se hallaba la flor y nata de los jóvenes y muchachas de Corcubias. Había también algunos rapaces de San Crispín y buen golpe de los de Presno y demás lugares circunvecinos.

En el nutrido corro que los mirones formaban en rededor dél, veíase un grupo de corcubienses charlando y gesticulando con extraordinaria vivacidad. Uno de ellos (y no el más cartujo, por cierto), era el ilustre *Chinitas*, quien de vez en cuando levantaba el brazo para señalar hacia el centro del baile.

La música cesó de pronto para tomar un poco de descanso, rompiendo luego con un estruendoso é insípido vals. El escuadrón de bailarores púsose nuevamente en ejercicio, y bien pronto el ámbito de la plazoleta resultó casi estrecho para tantos devotos de la pagana diosa como allí había.

En esto destacóse *Chinitas* del lado de sus compañeros, y acercándose á una pareja que pasaba inmediata, demandó al hombre—un robusto *zapatero* que no aparentaba más de los veinticinco—le cediese la compañía. Negóse el de San Crispín, y *Chinitas* tornó al lado de sus amigos, que habían estado muy atentos al curso de la petición.

Excusado es decir que á todos les puso de muy mal humor el desaire hecho á su paisano. En medio de un run-run de mareta que nada bueno auguraba, acordóse nombrar nuevo peticionario, recayendo la designación en la persona de un mozancón de cara abotargada y cuerpo de atleta.

Éste, pues, en cuanto volvió á estar cerca la pareja de maras, revistióse de un aire temeroso, y sin andarse con melindres corteses, abordóla resueltamente, pidiendo igual favor que *Chinitas*. La joven, temiendo que el negarla segunda vez trajera malas resultas, hizo una seña á su compañero para que viniese en ello. Y puede que así lo hubiera hecho el crispino, en su deseo de complacer á la pareja, mas la vista del talante bravucón adoptado por el de Corcubias, junto á la forma dura de reclamar el favor, desviáronle de su primera intención.

Resuelto, y en tono tranquilo, respondió «que no podía ser». Oirlo el corcubiense, levantar la mano y descargarla en la mejilla del otro, fué todo una misma cosa. El agredido contestó con un soberbio puñetazo que hizo tambalear á su ofensor, y preparaba el segundo cuando una red de nervudos brazos le envolvió, impidiéndole todo movimiento. Eran los de los paisanos del corcubiense. En un santiamén despoblóse el baile de danzantes y gente pacífica, quedando por dueño y señor del campo un numerosísimo grupo de mozos que no daban paz á los garrotes, y gritando *vivas* sin tasa á Corcubias.

El de San Crispín, acorralado en medio de este grupo y sujeto como se ha dicho, esquivaba malamente la lluvia de sopapos que de varios puntos iban derechos á su cara, manchada por un chorro de sangre que le brotaba de la nariz. Es de advertir que los tres ó cuatro paisanos suyos que había en el baile, bien persuadidos de que su sola ayuda no bastaba para librar al prisionero, salieron escapados á dar la noticia á los demás que estaban esparcidos por la romería.

Ello fué causa de que el pobre *zapatero* se viese un buen rato completamente solo y á discreción de sus enemigos que, ó por muy obcecados ó por muy brutos, ó por ambas cosas á la vez, parecían no comprender cuán poco tenía de noble la lucha de tantos contra uno.

Al fin cesaron las angustias del crispino, gracias á la oportuna llegada de aquel *Chamorro* que al principio de esta real y verdadera historia se presentó al lector en compañía de sus dos grandes amigos *Charpa* y *Zancón*.

No hizo sino dejarse caer con esta frase: «ahora sí que digo yo que no somos valientes», para que se mirasen unos á otros con un algo de estupefacción, que parecía significar, «pues es verdad, y no habíamos caído en ello».

Cesaron de golpear al *zapatero*, y abriéndole paso echó á andar sin proferir la menor queja, mientras con un pañuelo se limpiaba la sangre que le manchaba el rostro.

En torno de *Chamorro* formóse al instante un círculo de corcubienses, y uno de ellos dijo mirándole con algún des-
caro:

—Oye, tú, ¿por qué decías eso?

—Porque no es de hombres lo que habéis hecho. Santo y bueno que cuerpo á cuerpo se pelee uno hasta las últimas; pero tantos contra uno, ni es valentía, ni Dios que lo fundó.

Bien fuese á causa del prestigio que *Chamorro* tenía entre la mocedad de Corcubias, bien porque el noble sentimiento, inspirador de sus palabras, despertase en aquellos hotentotes la vergüenza de su villana acción, es el caso que todos permanecieron mudos ante las acres censuras del mancebo generoso.

Pero el eco de un formidable grito, que retumbó entre las oquedades del bosque, vino á romper de pronto aquel silencio embarazoso.

Cuál se pondrían de encolerizados y fuera de sí los mozos corcubienses, comprenderálo el lector con decirle que el grito era nada menos que un *viva San Crispín* lanzado por sus mortales enemigos.

Habíanse ido reuniendo éstos poco á poco, y conforme recibían la noticia del atropello cometido con su paisano, en la plazue'a que había enfrente de la capilla. En menos de quince minutos estaban allí todos cuantos crispinos habían venido á la fiesta.

Con la premura que el caso requería, deliberóse sobre lo que convenía hacer, y quedó resuelto, como más urgente é

inmediato, acudir en defensa del prisionero, «saliera lo que saliera». Á renglón seguido decidieron romper las hostilidades con el clásico *viva*, y dos de éstos—los que acababan de oír los corcubienses—retumbaron por toda la romería en unísono y formidable coro. Ya se disponían á marchar en busca del enemigo escuadrón, cuando divisaron al paisano que venía hacia ellos. La indignación y la rabia que les acometió al verlo así son imposibles de pintar. Un atroz y vehementísimo deseo de próxima venganza germinó indomable en todos los pechos, y un *muera Corcubias*, expelido por los robustos pulmones de treinta *zapateros*, atronó el espacio y los oídos de la falange corcubiense.

—¡Á esperarles en el *Cristo!*—gritó un crispino, que parecía llevar la voz cantante.

—¡Vamos! —respondieron todos, echando á correr por una honda é infernal calleja que descendía á la carretera.

Poco después salían detrás los de Corcubias, reventando de coraje y dando *mueras* á San Crispín, á los *zapateros*, á las *zapateras* y á todo cuanto de cerca ó de lejos podía tener relación alguna con tan miserable gentuza.

El desfile de la gente formal, iniciado ya desde el momento en que se vió cuán de mala data se ponía el negocio de las rivales huestes, acreció entonces en sumo grado, y poco después apenas quedaba en la romería otra gente si no es los vendedores, y tal cual alumbrado personaje que recorría dando traspiés los puestos de bebidas y tatareando muy grave alguna canción harto profana.

Cuando los de San Crispín llegaron al *Cristo*, ya el sol se había escondido tras un elevado picacho de Occidente, y una mancha parduzca comenzaba á extenderse por el fondo del valle, haciéndose por momentos más grande y oscura.

Por el lado de Oriente mostróse á este tiempo, y como cabalgando sobre una altísima loma, el astro favorito de los poetas. Á poco, sus rayos, vencedores en la lucha con los últimos destellos del padre Sol, iluminaron el vasto panorama, dejando ver en el dicho lugar del *Cristo* el escuadrón de crispinos en espera de sus rivales.

Forma allí el camino un violento recodo á causa de un

ingente peñón que avanza en ángulo saliente. Arriba en el ápice hay una cruz de madera que perpetúa el recuerdo de un asesinato cometido en la persona de un feriante hace algunos años. Una doble hilera de castaños elévase desde allí en dirección á Corcubias y casi paralelamente al río, que corre inmediato.

Poco fué el tiempo que los *sapateros* hubieron de esperar á sus contrarios. Descendían éstos por la pendiente calleja con ímpetu de alud que se desgaja, mas al llegar al *Cristo* y encontrarse con los *sapateros*, pararon en firme, tomando posición á poca distancia de ellos. Todo esto hízose en silencio, sin alaridos, gritos ni insultos de ninguna clase.

Había llegado ese crítico instante en que el hombre ya no habla y sólo apetece accionar como bestia.

En facha, pues, los dos ejércitos de bestias humanas, alumbrado el campo por los rayos del «luar», y sin más ruidos que turbasen el silencio de la noche si no era el débil eco de algún cantar venido de la romería, dió comienzo la batalla más famosa de las nunca habidas entre la mocedad de Corcubias y la de San Crispín.

Gracias al relato que nos hizo cierto sujeto, quien tuvo parte muy principal en ella, podemos ofrecer al lector una descripción que, á falta de otros méritos, tenga el de no ser infiel á la verdad.

Lo primero que hicieron los dos ejércitos fué mirarse unos minutos, como para evaluar sus respectivas fuerzas. Después vióse avanzar algunos pasos uno de los mozos del bando corcubiense, garrote en mano, y mirando con insolencia á la turba enemiga: acción que equivalía á un guante de desafío. Retiróse otra vez á su puesto, y á renglón seguido, destacóse del bando contrario un joven de menuda talla, enjuto, nervioso y seco como un esparto. Sujeto á la muñeca con una correa llevaba un vergajo terminado por un haz de gruesos cordeles embreados.

Éste distancióse de sus compañeros como hasta dos metros; paróse, miró cara á cara á los de enfrente, y ya hacía ánimo de replegarse á su sitio, cuando se vió avanzar de nuevo al que lanzara el guante. Y llegando á su rival, sin

andarse con ninguna de aquellas matemáticas con que suelen descrismarse las personas bien nacidas, levantó en alto la formidable tranca, para dejarla caer luego con toda su fuerza sobre las espaldas del crispino; en las cuales, de cierto hubiera dejado muy buena señal de sí á no haber aquél esquivado el golpe con una habilísima maniobra, que fué encorvarse rápidamente y embestir con la cabeza al enemigo por la horcajadura, de modo que viniese á quedar como cabalgando sobre su cerviz. Hecho esto, apretóle con fuerza los muslos, é irguióse luego con él, en un soberbio arranque, casi increíble en figurilla tal, para dejarlo caer luego sobre el camino. El burlado quedó tendido cuan largo era, y en la posición que dicen *decúbito* los artes de medicina.

Todo esto fué en un abrir y cerrar de ojos.

Oyóse entonces un formidable *viva San Crispín*, al cual respondió otro *viva Corcubias* no menos formidable que el anterior, lanzado por los compañeros del caído. Este, ya en pie y bramando de coraje, sacó un enorme cuchillo del interior de la chaqueta y comenzó á esgrimirlo contra el que tan hábilmente le había burlado. El crispino, á su vez, no daba paz á la mano y alumbraba cada vergajazo á su rival que temblaba el misterio.

Los *vivas* y los *mueras* eran ya un nutrido tiroteo entre los dos bandos, y poco á poco fué reduciéndose la franja de terreno que los separaba, viniendo al fin á encontrarse divididos sólo por un pequeño espacio.

Entonces vióse que multitud de palos se levantaban amenazadores; viéronse brillar algunas hojas metálicas con pálido reflejo al ser heridas por los rayos de la luna; vióse á dos enfurecidas turbas improperarse mutuamente, escupiéndose al rostro los epítetos más horribles y las más soeces palabras del repertorio canallesco; viéronse abatidos hasta el suelo y encumbrados á lo más alto del empíreo, alternativamente, los santos Crispín y Roque; viéronse abofeteadas y deshonoradas moralmente las doncellas de ambos lugares, y ni aun el encono supo perdonar la sacra memoria de los antepasados respectivos; al fin, vióse á dos bandadas, no de hombres, sino de fieras en el paroxismo de la rabia, precipitarse y con-

fundirse en estrecho abrazo de muerte. Cruzábanse las garrotas y entrechocaban, produciendo un ruido seco y siniestro. Luego caían sobre la mollera de alguno que, si había podido resistir el golpe, contestaba en el acto, á la vez que de su boca salía alguna sacrílega blasfemia. Los cuchillos hacían más calladamente su oficio, y ya algunos heridos se revolcaban por el suelo, quién gruñendo maldiciones, quién clamando por sus compañeros con débil y opaca voz. Mas no aflojaba por ello el tesón y bravura en ninguno de los dos bandos. Parecía, por el contrario, que los ayes de los heridos excitaban en ellos mayor encono y más firme resolución de persistir en la lucha hasta destruirse del todo ó salir vencedores del combate. No podía, por lo mismo, decirse que el éxito estuviera ó no dudoso, cuando ninguno se daba por vencido: cosa desusada y que á los de Corcubias hubiera asombrado, si tuvieran entonces la cabeza para asombrarse de algo, pues nunca sus rivales les habían opuesto tan tenaz y firme resistencia.

En fin, que las trazas eran de que aquello no acabaría en tanto permaneciese sano y en pie un solo combatiente.

Y puede que así hubiera sucedido si en medio de la horrible carnicería no se dejara oír una imperiosa y robusta voz que dijo:

—¡Ato á la Guardia civil!

Los combatientes se quedaron suspensos al oír la intimación y, viendo cerca los tricornios de la benemérita, sin más espera desbandáronse en todas direcciones.

Eran dos parejas, á las cuales acompañaba el alcalde de Corcubias, un alguacil y un municipal, armado de una traca formidable. Venía también el médico del pueblo, avisado por el alcalde «para el caso de que fuese menester su ayuda».

La llegada de toda esta fuerza al *Cristo* debíase á la noticia de lo pasado en la romería, transmitida por los primeros en llegar al pueblo.

El alcalde ordenó que el alguacil y una de las parejas hiciesen una requisita por las inmediaciones, á ver si se topaba alguno de los fugados, mientras se acudía á los heridos,

tumbados aquí y allá en mitad del camino, con las ropas llenas de sangre.

Tendido al pie de la peña hallábase uno con los ojos entreabiertos y en absoluta inmovilidad. Tenía en el pecho un boquete grande de navaja, del que pendía un hilo de sangre á medio coagular.

—Señores—dijo el médico con grave expresión, después de examinar minuciosamente la herida y tentar el pulso del joven,—encomendemos á Dios el alma de *Chamorro*.

Chamorro era, en efecto, el infeliz que había pagado con la vida su desinteresada afición á quienes no siempre supieron estimarla en el justo grado.

Descubriéronse todos, poseídos de intensa emoción, y cada cual rezó para sí un padrenuestro por el ánima del difunto.

El alcalde despachó un hombre que fuera en busca del párroco y por camillas para el transporte de los heridos. Al cabo de unos minutos retornó al *Cristo* la pareja enviada á requisar las inmediaciones, trayendo en su compañía al estudiante de Mondoñedo, al ilustre flautista de Corcubias: á *Chinitas*, en una palabra.

Había recibido al principio de la pelea un fuerte varapalo en una canilla, que dió al traste con las pocas ganas que tenía de andar en tales fregados, y como quiera que sus habilidades filarmónicas de nada podían servirle entonces, encontró muy mejor esperar en salvo las resultas de la pelazga y escabullóse con disimulo (una vez hecho tan discreto propósito) hacia un lugar cercano de aquel nuevo campo de Agramante. Cuando vió que llegaba la Guardia civil y el alcalde, su pariente, quiso echar á correr; pero hallóse que el dolor no le dejaba jugar libremente la rodilla, y lleno de rabia, tumbóse al abrigo de un ribazo, que no bastó, empero, para ocultarle á las miradas escrutadoras de los del tricornio. Ayudado de éstos llegó al *Cristo*, y no bien estuvo delante del alcalde, dejóse caer de hinojos, no obstante el dolor de la canilla, exclamando con voz doliente:

—¡Perdón, tío, que yo no me he metido en nada!

El tío agarróle de los cabezones, y zarandeándole lindamente dijo:

—¡Hola, hola, buen peje! ¿Conque también te tenemos á ti por aquí? ¿Para esto es para lo que tú ahorcaste los hábitos, eh? Muerto sea yo ahora mismo cuando tú no vuelvas otra vez á Mondoñedo, aunque diga lo contrario el Padre Santo de Roma.

Dicho lo cual callóse el alcalde, satisfecho al parecer de la amenaza que acababa de fulminar sobre la cabeza de su sobrino.

En éstas y otras apareció el mensajero enviado á Corcubias. Con él venían el cura, el sacris y algunos hombres portando parihuelas de las que sirven en las labores agrícolas.

Acomodados en ellas el muerto y los heridos, quiso el cura que antes de marchar se rezase á coro otro padre-nuestro por *Chamorro*. Hizose así, y espiraban apenas los últimos acentos de la sublime oración, cuando oyóse resonar, vibrante y poderoso, uno de esos « ujurujus » que son obligado final de las cantigas gallegas.

—¡Malditos!—gruñó el alcalde, cerrando los puños al mismo tiempo y levantándolos en alto.

Y como si este incidente hubiese exacerbado en él la irritación que la vista de su sobrino le produjera, dió incontinenti la orden de marcha con desabrida y áspera voz.

Rompía la marcha una de las parejas; seguían luego los de las parihuelas, detrás de éstos la otra pareja, con el municipal y el alguacil; á lo último iban todos los demás personajes.

En esta disposición salieron del *Cristo*, caminando en silencio bajo la bóveda hojosa formada por los árboles de las orillas. Visto así el convoy en medio de la penumbra, que sólo clareaba á trechos algún rayo lunar, ofrecía aspecto bastante parecido al de la *Santa Compañía* (1), que recorre silenciosa los campos y los caminos apartados después de la media noche. Sólo faltaban, para que la ilusión fuese completa, las luces azuladas y misteriosas que las ánimas

(1) *Santa Compañía*. Procesoión de espíritus infernales que, según creencia popular, anda después de media noche por los caminos.

en pena suelen llevar para alumbrarse en sus nocturnas correrías.

Dos ó tres veces rompióse el grave silencio de la noche por unos á modo de relinchos prolongados y de aguda tonalidad, venidos allá de los altos de las montañas, que recrudecieron el enfado de la digna y más importante autoridad de Corcubias.

Eran los ecos de los « ujurujus » expelidos por los romeros de los caseríos y pueblos vecinos que tornaban á sus casas.

No pudiendo tampoco contenerse ahora el irascible señor, descargó una soberbia patada contra el suelo, aprètó los puños y revolviéndolos hacia donde venían los ecos, gruñó más alto que la primera vez:

—¡Malditos, malditos! Ya me las pagaréis.

Momentos después entraban en Corcubias los restos maltrechos de la batalla de San Roque, los cuales fueron llevados provisionalmente al piso bajo del consistorio con lucido acompañamiento de curiosos.

Y cuenta quien lo oyó que hallándose varios vecinos conversando en la plaza sobre el suceso, uno de ellos se dejó decir:

—Abofé (1) dígovos que se portaron como unos valientes los nuestros rapaces.

A cuyas palabras replicó el más viejo del grupo:

—¡Boh! Como unos valientes, y matáronnos á *Chamorro*, que era el que más valía, y aun hiriéronnos á otros cuatro. Como soy *Galacho* y he de morirme, dígovos que los mozos de hoy ya no son como los de mi tiempo, ni estas romerías valen un pito comparadas con las de entonces. ¡Aquéllas, aquéllas sí que había que verlas!

HERMINIO V. VEIGUELA.

(1) *Abofé*. Á buena fe.

NATURALEZA ⁽¹⁾

(FANTASIA)

Lema: Amor es vida.

Cantores de las puras armonías
que guarda en sí la gran Naturaleza;
poetas amadores de los campos
que supísteis decir cosas tan bellas;
prestad á uno que nace
á la vida del Arte y de la idea,
inspiración idílica y sublime,
arrullos de poética elocuencia,
iris de paz, cantigas melodiosas
para engarzar no rimas, sino perlas,
y dulces más y arrobadores cantos
y donaré preseas,
cual los capullos de virgíneas flores
que el Paraiso encierra,
que es el de Dios jardín de los jardines
y es la reina de todas su floresta;
orlando así el romance
de esta encantada castellana lengua,
adorable decir, trino envidiado,
risa de Dios, murmurio de las selvas,
placideces honradas de los pechos,

(1) Poesía premiada con *accésit* á la Flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el día 2 de Octubre último.

música susurrante de arboleda...
y que es el medio de los hombres todos
puro de hablar con El, desde la tierra.

—
El monte, el prado, el río...
¡oh secreto apacible que deleitas
y haces soñar idealidades santas
cual los ángeles sueñan!

Las flores de los valles y los riscos
que crecen placenteras,
salvajes de la vida y los amores,
se mantienen tan fértiles y frescas
por la mano de Dios sólo cuidadas
que nunca de artificios conociera;
los regatuelos que resbalan ledos
codiciosos las besan si las riegan
y el aura, con sosiego y con envidia,
también amorosísima se llega
y lenta, ruborosa y apiadada,
las mueve y las menea
con un sólo castísimo deseo:
el de acallar su amor y adormecerlas.

Un sauce desmayado
á la orilla del lago se destrenza,
y sus ramas, caídas en las ondas
los misterios del fondo curiosean,
como tú, dueña mía, con los ojos
en los secretos de mi amor penetras;
y un cisne enamorado
surca las aguas tras la adusta hembra,
contándole amoroso
sus cuitas y sus quejas;
y no lejos del lago
y también de mí cerca,
grato piar de aves
que suspiros de vírgenes semejan,
le dicen á mi oído, en las canciones
que al aire lanzan sus arpadas lenguas:

que amores los que cantan son su vida,
que amores los que sienten, sólo expresan.
¡Todo es amor en el concierto humano
de la Naturaleza!

Desciende presuroso de la cima
de la montaña enhiesta,
y baja á dar la savia fructuosa
á plantas de esta vega,
copioso manantial que se desliza
entre rosas silvestres y violetas,
y clavellinas, flores de los prados
y flores de las crestas,
que forman natural y no igualada,
deliciosa y artística diadema
que habrá de coronar la frente pura
del Hada incubadora de la idea,
que al fundirse en la mente de los hombres
que cantan y que sueñan,
partos de bendición dan á la vida
con enseñanzas buenas.

Y al pie de la alta cumbre,
donde arranca de chopos la alameda,
entre las grandes, formidables rocas,
que á los ojos humanos amedrentan,
allí, entre helechos vírgenes
y el musgo que arraigó en las duras peñas,
emana, bulliciosa y transparente,
otra fontana, cristalina y fresca,
cuyas aguas, corriendo inquietadoras,
con las flores del prado juguetean,
y al fin del bosque umbroso,
en la laguna de los cisnes entran,
y, cansadas tal vez de su destino,
se rinden, y se aduermen y se aquietan,
y se abren al silencio,
quedando como muertas.

La Luna, que es antorcha de la noche,
y en el espejo de las aguas riela,

acude enamorada
cual cándida y blanquísima doncella
á saber de las ninfas los amores
y á entrar en sus deliquios y querellas,
y en la azul y movable superficie
copia la fronda que á las aguas cerca.

De la Luna la luz y los amores
son amores y luz de los poetas

—

Zagales de los montes y hondonadas,
zagalas de colinas y praderas
que cantáis vuestra fe, llena de amores
y de verdades llena,
al son de la dulzaina enervadora
y al son de la vihuela:
decid amores los que guardan fieles
vuestras almas sinceras,
que no anidan doblez, ni rencor guardan,
cantad almas de niños, almas buenas,
que amor es nudo que jamás desata
la maña ni la fuerza,
y del Cielo vendrán tantas bondades
en premio á vuestra ofrenda,
que habréis de ser ungidos
por la mano Suprema
vosotros, los zagales de mis campos,
moradores sencillos de la tierra.

¡Naturaleza augusta,
eres madre de todas las bellezas!

Y humilde adoro á mi Dios del Cielo
que ha sabido crear Arte tan bella.

¡Mi Dios!... Es el encanto peregrino,
perfume embriagador, magna clemencia,
justicia de justicias,
enjugador de lágrimas y penas,
consuelo de infortunios y quebrantos,
eco de la tristeza,
hechizo del amor, nido de glorias,

compendio de bellezas.....
 ¿Y cómo no ha de ser, si las creadas
 delicias de la tierra
 nacieron á la vida
 por mágico poder de su elocuencia?
 ¡Que es la de Dios palabra
 arrobadora, celestial y bella!
 Si cantar yo acertara todo eso,
 poeta, bardo, trovador yo fuera.

—
 ¡Cuántas veces ¡oh, Dios! vertí á raudales
 lágrimas de dolor y angustia llenas,
 que en la hondura caían de mi pecho
 igual que si cayeran
 dardos envenenados por las hieles
 de las almas más negras!

¡Cuán pobres mis arrestos!
 ¡Cuán débil mi destreza!
 ¡Qué poco sabe el hombre
 ante Dios, que es secreto de las ciencias!

¡Cuántas veces sentí desesperado
 la pobreza en la sangre de mis venas,
 y lloré cuántas, en convulso duelo,
 mi pequeñez, que muere en la impotencial

Los labios gemidores
 quebraron maldiciones de mi lengua,
 y esta mi ardiente fantasía loca
 quedóse tan maltrecha,
 que alguna vez la lira
 pulsé, y estaba muerta.

¡Cuántos abatimientos en el alma!
 ¡Qué crueles mis tristes impacencias!
 Y he llorado, ¡mi Dios! sí, te he llorado
 con honda, triste, inconsolable pena
 al no poder cantarte
 cual Tú, Señor del mundo, merecieras;
 al ver que no en arrullos
 de tórtolas y alondras de la sierra,

de palomas más nítidas que nieve,
de golondrinas bellas
encantadoras y amorosas aves
que en los espacios vuelan,
de jilgueros y pardos ruiseñores
deshízose mi lengua,
entonando con voz cariciadora,
más suave que la brisa cuando besa,
cantares armoniosos no aprendidos,
dulcísimas cadencias,
trovas que en ritmo suave
á Tu oído purísimo cayeran,
y es que no brotan de mi pecho rudo
filigranas de flores y ternezas,
ni remedo los cantos sosegados
que de mi santa madre yo aprendiera,
¡mi madre, que es de todas
las madres de los hombres la más buena!
Más Dios lo quiso y cantaré armonías
con fe en el alma y en el pecho fuerza.

—
Llegué á este valle y templé la cítara,
jugué las manos y rasqué sus cuerdas,
y á los vientos lancé trovas que sólo
Dios y mi madre oyeran,
que otros más que ellos ni escuchar quisieron
notas de un alma ingenua;
y fué, como corona
y aprecio de mi endecha,
un beso de mi madre
y estas palabras que de Dios vinieran
como rayo de luz, nimbo de gloria,
fuego de antorcha en mi noche negra:
—Pulsa el laúd y canta,
canta porque lo quiero: eres poeta.—

Mas he de confesarlo, lloro y lloro
con hondo desconsuelo y honda pena,
que esta mi voz no sabe

cantar cual merecieras
 y cantarte también ¡oh madre mía!
 que hay sentimientos que jamás expresan,
 ni la de oro, pluma de los sabios,
 ni las de amor, estrofas de poetas.

Los poetas son arpas celestiales,
 son flores del Edén de aromas llenas,
 y embriagadoras por el amor santo
 que llevan en su ausencia;
 son de la luz el beso,
 son del amor la misteriosa fuerza,
 son de las cosas puras
 la más casta pureza;
 son de todo lo grande
 el poderoso é inquebrantable emblema,
 son trovadores para el bien nacidos
 y por el bien y la verdad guerrear;
 son de Apolo y las Musas amadores,
 son fervientes de Venus y Minerva,
 son la luz del amor y amor de luces
 y la belleza son de la belleza.

Los poetas son arpas celestiales,
 es voz divina la de los poetas
 que nacieron igual que los querubes
 y un mandato de Dios trajo á la tierra,
 para que en este valle
 de lágrimas y penas,
 endulzasen la vida de los hombres
 y cantasen de Aquél la omnipotencia,
 diciendo en coro á la faz del mundo
 que es Dios Señor de todas las grandezas.

Los poetas no saben canción otra
 que la sublime de las cosas bellas.

—
 El astro soberano de la vida,
 y que los ojos de mi ser recrea,
 rompió las mallas que en vedijas blancas
 las nubes le opusieran,



y á otra parte del mundo que habitamos
desterró á las tinieblas;
y á la vida nació por el Oriente
y estremeció de amor toda la tierra,
que, al choque con la luz, surgió radiante,
de esplendideces llena,
magnífica, amorosa,
ensoñadora y bella,
y el blanco disco que á la vida trajo
plateados reflejos, luz serena,
huyóse á las regiones que sumidas
en las negruras de la noche fueran.

Entonces, sonrió todo á la vida,
y entonces se mostró Naturaleza,
llena de poesía indescriptible,
llena de encantamientos que embelesan,
soberana mansión de los humanos,
eterno altar del Dios de la belleza.

.....

Y por más que te canten
en versos cincelados los poetas,
su Musa no te abarca,
su inspiración no llega
á traducir las puras armonías
que sus ojos contemplan...
y es que, después de Dios, sólo eres grande
y en el arte suprema.

¡Naturaleza angusta:
eres madre de todas las bellezas!

JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

LA ÚLTIMA OBRA DE GALDÓS

La humanidad tiende á perfeccionarse. Todos los humanos guardan ó exteriorizan un vivo anhelo de alcanzar mayores bienes. La lucha por algo mejor es incesante. Unos se contentan con desear, pues no tienen potencia activa. Anémicos de la voluntad, saben gemir, suspirar lamentando las desdichas del mundo, pero permanecen inertes. Son como esos pilares de los caminos, cuyo único oficio es recordar un asesinato, una muerte, una miseria.—(¿Es mío este símil?—¿?) Son brazos de la vida con remota conciencia de su podendumbre. Otros inquietan, buscan, rajan, se deslizan, suben; siempre tras un ideal más ó menos efímero. Son los que pelean por algo que ellos creen mejor y á veces no lo es. Muchos de ellos caen; otros consiguen un triunfo, momentáneo, fugaz, y preparan con él la catástrofe que aniquilará á sus descendientes.

Y entre todas estas luchas va la Naturaleza caminando, con indecisiones aparentes, con más ó menos rapidez, asimilándose tal cosa de aquí, tal otra de allá para modelar el hombre superior: el hombre vencedor de sus contemporáneos: el padre ó el precursor de una época en la cual las medianías sean individuos como este que hoy nos asombra (G. B.) y en la que á su vez haya otros superiores que también serán superados por sus descendientes; y así en lo sucesivo.

Para que nos sean ostensibles estas metamorfosis seculares precisa abarcar con la mirada siglos y siglos, no reducirse al número de años que abarca una generación.

Todos echamos nuestro cuarto á espadas en cuanto se habla de progreso, habiéndose tomado casi ninguno la molestia de reflexionar.

Así hay quien dice:—Cuando la guerra de la Independen-

cia se llevaban las mismas corbatas que ahora: todo vuelve y el hombre siempre es el mismo.

Dicen otros, en cambio:—Ayer íbamos en diligencia y hoy en automóvil.

Y del mismo modo que los primeros niegan el avance con argumentos hueros, ensalzan éstos un progreso, necesario desde luego, aunque no tanto como pretenden; imprescindible, pero de importancia acaso infinitesimal.

El frenético progreso industrial que hoy existe es indicio de ese anhelo exaltado que hace á todos los hombres buscar el mejoramiento. Es una señal elocuente; los resultados en sí es lo de menos: nos reportan beneficios por un lado y nos perjudican por otro. El que haya muchas máquinas será magno; hoy por hoy no lo es todavía. Hoy por hoy, las mil pruebas del efervescente ingenio humano indican solamente un barullo, una lucha de fuerzas encontradas—alentadoras, porque determinarán mañana una orientación sólida—pero nada más. Ahora no podemos llamar á ese *pandemonium* «progreso».

Hay un progreso, verdadero, firme, inquebrantable para el cual las mejoras físicas objetivas no significan más que una parte. Es el progreso inconsciente, laborado lenta y tenazmente en el alma humana. Es la maquinaria interna del hombre la que va modificándose sin cesar; y en uno aparece la modificación lo bastante desarrollada para que todos la notemos, pero sin que á ese «uno» le sirva de nada, sino de estorbo, por requerir mejoras suplementarias. Más adelante llega otro que muestra la mejora primitiva y las suplementarias. Así vamos viendo lentamente la formación del hombre completo.

Es como si uno de nosotros siente el gran dolor que á veces experimenta Sawa y observa que le han brotado alas en los omóplatos; pero no tiene fuerzas para moverlas. Otro más fuerte, en quien también se ha verificado el fenómeno, puede revolotear; saltará las tapias bajas, irá en pequeños revuelos de árbol en árbol. Y éste dará al mundo seres que poseerán las cualidades del hombre y las ventajas del gorrión. Gracias al ejercicio se perfeccionan los órganos voladores y adquieren la resistencia y la amplitud suficientes para remontarse

al igual que las águilas. Á esto le llamo yo «progreso parcial». Ya pueden algunos volar como las águilas, pero no lo serán hasta que sus pulmones resistan la presión de las capas atmosféricas adonde sus alas los lleven, hasta que tengan desarrollados todos los órganos que las costumbres aguilieñas requieren. Entonces, cuando el hombre haya logrado todas las perfecciones parciales inherentes á una determinada perfección, diré que ha subido un escalón del progreso verdad, *definitivo* y firme.

Cabe una objeción: si hay progreso definitivo, ¿cómo admito antes un progreso inacabable y continuo?

Muy sencillo. Un escultor quiere hacer un monumento. Concibe las figuras, diseña el proyecto, termina lo concerniente á ideación: logra un progreso completo, pero *parcial*. Trabaja, lucha, desbasta la piedra ó modela el barro, y al cabo del tiempo, á fuerza de quitar, poner, empujar, romper, queda terminada la cabeza: otro progreso parcial... ¡Vuelta á empezar hasta que termine el resto del cuerpo! Entonces, cuando la figura esté concluída, habrá llegado en su empresa á un «progreso definitivo». Luego, con el pedestal hará las mismas operaciones, hasta llegar á otro progreso definitivo, etc., etc.

Hablo de «progreso definitivo», pero no de progreso *final*. La vida es muy compleja, y aunque se termine en un sentido, quedan otros muchos cabos sueltos. Después de terminadas las estatuas hay que pensar dónde se colocan; después, idear un jardincito ameno en su alrededor, y después, civilizar á los ciudadanos para que no les tiren pegotes de barro, pues de no ser así, como si nada.

El progreso no tiene término, afortunadamente para nosotros, pues de esta manera hay razón de existir, perennes anhelos de crear y beneficios en abundancia. Lo niegan algunos y dicen que para estar trabajando continuamente, sin llegar al término jamás, es preferible no hacer nada. Yo les diría á éstos que leyesen *El optimista*, de Voltaire, y aprenderían que la única felicidad de este mundo se obtiene cultivando nuestro jardín. A nosotros nos debe interesar la comodidad más que el llegar á la meta: el ferrocarril no es la última

palabra de la locomoción, y sin embargo, se viaja mejor en sleeping que en diligencia. Les diría todo esto; pero creo más eficaz cortarles la cabeza, pues son incurables, holgazanes de raza que en sus ocios idean travesuras para molestar á los demás.

Por lo tanto, hechas ya las aclaraciones que he juzgado oportunas, continúo.

Digo que hay un momento en el cual se completa una perfección, una mejora en la maquinaria interna del hombre; y entonces sí puede asegurarse que ha llegado su progreso verdadero y real. En el interior del hombre ha encontrado algo su cristalización, y eso es lo importante. Ese puede ser el punto de Arquímedes, y por él variar de posición el mundo.

Pues bueno. Yo quiero haceros notar un progreso que ha venido elaborándose en los humanos.

En tiempos de Arquímedes se supo que un hombre, desde su gabinete, podía imaginar un procedimiento para incendiar flotas. Después se vió que una predicación podía derribar sociedades, poner punto y aparte en la Historia. Es decir, se vió la supremacía de las ideas. Este fué un paso. Y también fué un tropezón: acaeció el reinado *espiritual*, calamidad nunca bien combatida. Se despreció al cuerpo y llegó su anemia y, de rechazo, la cerebral. Fué como sembrar sal en el terreno donde estaba la semilla fructífera del intelectualismo. A pesar de todo, logró brotar, á costa de trabajos ímprobos, una florecilla raquílica, pero, no obstante, bella. Era el grito, formulado más ó menos artificiosamente, de los hastiados, que desde el fondo de su desesperanza miraban á la vida risueña con envidia y deseos. Buscaban con furia insensata, consabida en toda reacción, la vida intensa. «¡No pensar! ¡Vivir! ¡Sentir y gozar la vida como la gente bruta, ignorante y sencillal! ¿De qué me sirve mi saber, si paso por el mundo y no gusto lo que hay en él de sabroso y digno!» Así clamaban: el cerebro entró al servicio de la concupiscencia. La tortura del cuerpo, encaminada á purificar el espíritu, trajo fácilmente el satanismo, el sadismo, el refinamiento de los placeres carnales. Era esto último lo mismo que antes,

sólo que todo lo contrario. Y no digo ninguna tontería: de los éxtasis de Santa Teresa á las novelas de la Rachilde no hay más que un paso. Las ideas, en sus evoluciones, son el ciclista que «riza el bucle»: tan pronto está en su posición natural como invertido, boca abajo, y con todo, sigue su camino y avanza. Los «flagelantes» rizaron el bucle y se hicieron lascivos y ostentadores de su crápula.

¿Qué había de bueno en el cambio? Primero, que era un cambio, una oscilación indicadora de que se aproximaba el minuto en el cual parase la balanza en fiel. Segundo, que los humanos volvían de nuevo los ojos hacia la vida. No era posible evitar que la mirasen con lujuria, porque las empobrecidas generaciones anteriores habían engendrado aquéllas con sangre pobre; los habían hecho viejos, y el viejo que nunca fué joven es natural que mire torpemente los desnudos. Pero era conveniente que la costumbre de adorar la carne se impusiera para que los jóvenes sanos que vinieran detrás, al descubrir y contemplar con entusiasmo el cuerpo desnudo, vieran: en la forma exterior, la armonía, la línea, la belleza, ¡digna de un culto!; en la constitución interna, el mecanismo maravilloso, el manantial de especulaciones fecundas en resultados benéficos y encantadores.

..... No obstante, vayamos sin correr. Después de la generación que supo llamar refinamiento á su raquitismo y de su enfermedad sacar bellezas, agrupáronse los partidos intelectuales en patrullas: unos pregonando la vida física, otros el arte contra la ciencia, otros la ciencia contra el arte.

Y así, en un caos maravilloso, llegamos á la época actual.

Ya de los países más adelantados ó de los cerebros de vanguardia van viniendo enseñanzas, críticas, estudios de hombres sabios que compaginan los extremos de la vida tenidos por incompatibles; y la obra científica llega en forma clara, accesible para todos, repleta de beneficios inmediatos, y las obras de filosofía traen un aspecto bello, no desdeñando zonas del vivir aparentemente desligadas de las zonas intelectuales.

Ya se canta á la Vida en todas sus manifestaciones, y en

la manzana sana se ve una belleza, y en la manzana podrida un mundo misterioso y grande. El arte mata á la lujuria matando á la castidad. La ciencia descubre maravillas en la putrefacción y fealdad humanas; lo mismo que Goya, en sus caprichos, hace con lo macabro y horrible grandiosidades magnas.

Todo esto cantan ya libros recientes. Todo esto va siendo claro para nosotros hasta sin necesidad de libros.

Pero queda un cabo suelto ¡importantísimo! que concreta la situación filosófica de hoy. Aunque ya en teoría se ha llegado á una fórmula francamente definitiva, aunque los predicadores predicán sensatamente y los oyentes corroboran y aclaman convencidos la excelencia de las ideas nuevas... no las practican. A despecho de nuestros convencimientos, no obedecen los actos á las voliciones; ó á despecho de la voluntad, no corresponde nuestra conducta á lo que racionalmente debiera esperarse, dada nuestra manera de pensar.

Hay en nosotros un desequilibrio: hemos obtenido cerebro á trueque de salud, intelectualismo á costa de casi atrofiar órganos que no creímos importantes y son indispensables—según ahora resulta—para realizar los proyectos que en el magín se idean. De ahí el absurdo, el ilogismo de que hagamos mil disparates á ciencia y conciencia de que nos son perjudiciales y no nos molestemos en lograr dones cuyo beneficio conocemos también sobradamente.

El tratamiento de este mal corre á cargo de la patología y de la terapéutica. Es una deficiencia física bien fácil de curar. Estamos sencillamente en el caso de quien tiene alas de condor y fuerza de pájaro mosca. Basta un reconstituyente y una gimnasia moderada para que volemos como las propias águilas. Lo demás: el acostumar los pulmones y el hacer penetrante la mirada para distinguir los hombres-insectos que se arrastran por la tierra es cuestión de costumbre.

Hasta ahora conozco un solo hombre que se aproxima á ese envidiable grado de perfección: el *héroe* de amor y ciencia, Guillermo Bruno.

Y quiero suponer que no existe ninguno fuera de las tablas, en la vida real, que haya alcanzado su perfección.

¿De qué nos sirve, pues, ver un hombre que no existe?

Yo os lo diré. Nadie apenas se guía por su razón—ya lo hemos dicho,—así es que necesitan los incrédulos el estímulo del ejemplo y además la garantía viviente de que un hombre cumple las profecías optimistas de antaño, y que á ese pueden verle quienesquiera que sean y, viéndole, comprobar lo que les venga en ganas. Los panurgos, para quienes el colmo de la listeza es *ser vivos*, que presumen de incredulidad—indicio de su experiencia, según ellos; cerrazon de inteligencia, según yo—y cuyo lema nobiliario es éste: «Santo Tomé, ver y creer», no se convencen ni un poquito mientras se «atestigua con muertos»; ó con no nacidos, que es igual para el caso. Hay otras personas que les basta conocer la ley de la gravedad para creer que todos los graves caen—los que ellas ven y los que no ven.

Y si alguien les dice que esos graves han ascendido en vez de caer, consultan con su inteligencia; ésta les dice que «todo cuerpo sumergido en un flúido pierde una parte de su peso igual al peso del volumen del flúido que desaloja»—y en vista de eso creen también, aunque no lo han visto, que los graves han ascendido ó pueden ascender el día de mañana.

Yo soy de estos últimos. Somos personas que aspiramos á poner en práctica los consejos de la razón. Y yo, como los demás, me encuentro en la situación de una persona que viaja y llega á un país antípoda, en costumbres, al suyo. Necesito conocer un habitante:

«Quiero ver cómo vive un semejante mío en este país donde no se hace nada de lo que para mí es habitual. Quiero ver cómo vive, no para convencerme de que puede vivir—á pesar de hacer lo contrario que yo, pues de eso estoy convencido *a priori*,—sino para hacer yo lo mismo.

Me dicen las guías que en este país del Dr. Bruno se tiene por norma el trabajo y no la holgazanería, se rinde culto á la verdad, no á la mentira; y así todo lo demás. No me extraña que sean éstas sus costumbres, pues dicen que es el país de la felicidad y la perfección. Pero se me presentan complicaciones, dudas precisas de aclarar: trabajar siempre es absurdo; holgarán de cierto modo, aunque sólo sea para más

amar el trabajo. ¿Cómo descansan? También tendrán su manera de practicar la verdad; pues una misma verdad puede formularse de maneras distintas y no todas igualmente eficaces. Mi pensamiento idea, conoce todas las generalidades, pero le es imposible precaver las infinitas complicaciones que puedan presentarse en la vida. Si yo tuviera práctica, si mi naturaleza tuviera el hábito del recto obrar—si estuviese en mi pueblo—tendría salida oportuna, pero soy neófito: cada novedad es un problema. Necesito ver cómo se conduce un personaje, inventado, poco importa, cuyo concepto de una vida mejor es perfectamente razonable: sus acciones me servirán de guías y de estímulo.

Por eso es conveniente ver á Guillermo Bruno, *personaje no comprobado por la realidad*.

Objeción: puede haber quien pida ayuda á su buen juicio, y á pesar de todo «no le convenza» la creación galdosiana: la encuentre irreal, formada según la conveniencia, el capricho ó la utopía.

Vamos á estudiarlo. Yo contaré lo que he visto y pienso. Después hablaremos.

He visto á un ser—no le llamaré hombre, ya que no parece humano á los muchos—que vive en plena discordancia con sus... semejantes. Todos ellos dicen que Guillermo es un hombre áspero, brutal, autoritario, exclusivista. Concuerdan también en reputarle médico sin par.

Lo es, sí; pero es mucho más, amigos míos.

Es un sabio y es una voluntad.

Con la primera virtud se da á entender que no se limita á los conocimientos médicos, sino á todo lo que necesita conocer el hombre para su mejor conducta en la vida. Con la segunda, que practica las máximas de su profundo y amplísimo saber.

Conquista la sabiduría con el trabajo tenaz y constante, y sigue conquistándola con el mismo procedimiento, sin cesar y sin decaer, pues cuanto más estudia *sabe que sabe más* y que hay mucho terreno completamente inexplorado. Cada nueva conquista le trae nuevos problemas. Al llegar á la cima de una montaña ve que hay otras montañas detrás. Y ello no

le desanima, porque también hay alicientes en los montes, y no cuestras, para las personas que saben contemplar.

Cuando en su camino le detiene algún mísero, que en su pobreza espiritual no ha sabido comprenderle, y le insulta, opone el calificativo « sin juicio » á las injurias.— Á su mujer, por ejemplo: « ¡Mujer sin juicio, calla! »— Sólo ve enfermos en los insultadores; cura si le llaman y si no se lo impiden, pero no se detiene en superfluidades, pues mil enfermos esperan y no es justo que padezcan unos porque á otros se les antoje perder el tiempo.

Ningún miserable se atreve á detenerle, pues como á Mowgli, el hombre lobo de Rudyard Kipling, le basta con la mirada para imponer su autoridad á las fieras selváticas. Continúa, dejando en cada uno la conciencia de que ha pasado un invencible, y dejando—¿qué más?—heridas; pero son heridas de cirujano, que saja, corta, despedaza sin miramientos allí donde ve un miembro gangrenado.

Este es el ser que admiro. El dramaturgo le ha hecho vivir. Para esto ha imaginado una trama dramática... ¿Ha imaginado una trama dramática, ó, más bien, se le ha impuesto al dramaturgo esa trama como deducción lógica del carácter atribuído al protagonista?

Vamos á verlo.

Guillermo Bruno, que en el momento del drama se nos presenta grande y superior, fué también hombre como los demás. Pertenece á una generación contemporánea nuestra. Nació en este momento crítico de evolución, en el cual, después de mil tanteos, van á ponerse de acuerdo el corazón y la cabeza y va á surgir de este matrimonio la voluntad, madre de todas las acciones siguientes. El hombre recorre un camino en forma de S; y Guillermo ha llegado en la mitad de su vida á ese punto de inversión de la curva, á ese momento en que la dirección cambia insensiblemente.

Si el dramaturgo nos hubiera presentado al personaje en época más avanzada, cuando los hombres estuvieran ya definitivamente perfeccionados, sería el protagonista más rectilíneo, sin un pasado turbulento. No ha sido así: le presenta en el « período de transición »: tenemos la doble ventaja de

verle regenerado y de saber cómo dió el salto del « hombre-fiera » al « hombre ».

Fué—como perspicazmente observa Manuel Bueno—por el dolor. Aunque su anhelo era el de una vida alta, padecía el mal de todos: ataxia. Necesitó el reactivo de la desgracia, la conmoción de una crisis profunda, el reconstituyente del dolor. Profundamente humana, reveladora de un conocimiento exacto del alma contemporánea es esta observación.

En su primera etapa de la vida se casó—la mujer, para él como para los demás, se hizo imprescindible—y quiso realizar el ideal de matrimonio lógico que su imaginación veía. No supo: era novel en esas cuestiones; y no faltó quien aprovechara la ignorancia justificable de la mujer, el empeño modificador del esposo, é introdujese el adulterio en el hogar de Guillermo Bruno. ¿No encontráis esto natural? ¿No os parece que, dadas las cosas como estaban, casi tenía que suceder aquello? La ignorancia de unos, la poca práctica de otros, la malicia de los que acechan, bastó para desarrollar el drama. Bruno, al cabo del tiempo, culpa únicamente al hombre — ¡mil veces maldito! — no con rencor de marido ultrajado, sino como filósofo perseguidor de la paz. Sabe que el hombre es quien dirige, que en manos varoniles está la dicha venidera: la mujer es un instrumento del hombre (1): si éste es canalla, sea, pues, ¡mil veces maldito!

La catástrofe conmovió por el momento las fibras de Guillermo Bruno: era el amante burlado, el visionario á quien disipan su ideal, el científico á quien rompen el crisol de experimentaciones; se enfureció, maldijo, amenazó. En su naturaleza despertaron todos los instintos de fiera no extinguidos en él por completo, y anatemas de hombre vulgar salieron de sus labios, habló de conciencia, de castigo inexorable y eterno, prometió venganza... Todo eso eran palabras, despecho... La asustaba con encontrarla más tarde. ¿Cómo, si pensaba buscar en el suicidio la solución!... Hoy, al cabo de los años, cuenta su lucha de aquellos días. Eran convulsiones de su

(1) Véase en el número de esta REVISTA correspondiente á Noviembre: « Cosas de la vida: la educación de la mujer ».

naturaleza fiera, irracional .. Después, ¡oh, la tranquilidad de un alma que no tiene sedimentos fangosos, agitada momentáneamente por vientos atávicos más bien que por volcanes internos!...

Su amor á la vida terrestre encontró un asidero no despreciable: una razón de existir, que era, al mismo tiempo, promesa de satisfacciones y goces futuros.

El impulso estaba dado, la razón ayudada, el perfeccionamiento en marcha.

Cuando ya regenerado ve á su mujer con idénticas preocupaciones, idénticas mezquindades que antaño, exclama: «¡Siempre la misma!» en el tono de los grandes, algo sonriente, algo compasivo, algo lamentador.

Y desde esta frase es su conducta de ejemplaridad maravillosa.

Siguiendo el mandato de Nietzsche, dice «enemigo» y no «malvado», «enfermo» y no «infame», «insensato» y no «pecador».

Comprende, por eso no condena. Hay que destruir para curar; por eso no compadece y es inflexible.

No obstante, hay un momento en el que su inflexibilidad está á punto de ceder al cariño de su vida, al influjo adulator del sentimiento contentadizo.

Resabios de la vida imperfecta, ¡cuánto pelean antes de morir!... Pero es un titubeo instantáneo. Apenas descubre á su debilidad, se levanta fuerte y seguro de sí.

¡Id observando la superabundancia de vida humana que hay en esto!

Cuando Guillermo entró en casa de Paulina hubo algo en su inconsciente que presintió el peligro, y sin él mismo darse cuenta se encastilló, rodeándose de espinas para hacerse más inexpugnable. Mientras teme á la sugestión de la mujer que para él significó tanto, exagera su innata severidad y se muestra casi hostil, áspero, insociable. Sin confesárselo teme una escena íntima y procura evitarla de antemano. Pero reacciona, se da cuenta de que hay acurrucado en un rincón del espíritu un intruso, y sin titubear le ahoga; entonces respira libre, no teme á nada; abre sus arcas sin temor á que

le arrebatan las riquezas; es suficientemente rico para que le roben; despierta el médico de almas y aconseja, manda, muestra su pensamiento tal cual es.

(Yo creo que también esto va siendo humano, real, *nuestro*.)

El sabio ha triunfado por completo. Ha triunfado en sí mismo. Antes le faltaba poco; había conseguido crear un paraíso, donde se movía libre, dueño de sí; pero allá fuera, en el mundo, tenía una cuenta que saldar: era ésta.

Ya es hora, pues, de que veamos el recinto de un ser sabio, fuerte y amoroso.

Y aquí lo que es sorpresa para muchos. Los habitantes de la casa enfermería-edén del Dr. Bruno hablan de él con términos opuestos á los que usaban los de fuera: cariñoso, toda bondad, rectitud, embelleciendo la vida con jardines, flores, músicas, bienestar, alegría...

¡No parece el mismo! Pero ¿lo es? ¡Ya lo creo! ¿Qué razones hay para opinar lo contrario? Fijarse bien: todavía no le conocíamos á fondo. En el primer acto supimos de él por referencias de gentes inaptas para juzgar grandes. En el segundo le vimos guarecido en el baluarte que erigió su ser pasional, aún no extinguido, temeroso de una conquista ó derrota. En el tercero permaneció duro y rígido, para así despertar la dormida voluntad de Paulina. Sólo ahora le vemos en su centro, dueño de sí, libre, sin temores.

Hasta aquí había sido real. ¿Es el mismo éste y aquél? No. ¿Se contradicen? No; éste es aquél más perfecto. Ya hemos expuesto el por qué no le vemos perfecto hasta ahora. ¿Es real en este nuevo grado de personalidad? Ignoro las bases sensatas de una negación. En cambio me es suficiente dirigir un vistazo al orden de evolución seguido por la humanidad—expuesto por mí en los comienzos de este artículo—para convencerme de que la perfección de Guillermo Bruno es el grado inmediato superior al que hoy han alcanzado los seres más altos (1).

(1) Los concupiscentes no conciben que el trabajo, la actividad incesante, los mil placeres de la vida del sabio basten á dominar el lujurioso prurito de gozar carnalmente á todas las mujeres que con él vi-

El hombre incomparable aparece en su jardín, confiado, generoso, contento al ventilar el único rincón de su espíritu donde no llegaba la luz.

Contemplamos el retiro maravilloso, logrado «cultivando su jardín», por un hombre que ha conseguido aunar la perfección en el terreno del amor y en el de la ciencia.

Observad cómo, analizando el protagonista de la obra galdosiana, llegamos á concretar la tesis de la obra misma.

Queda otro personaje de primera magnitud, Paulina, sobre el que no habré de hablar tanto, pues no es objeto de controversias, pero del cual me place elogiar ciertos detalles.

¿Qué veo en la conducta de Paulina con su esposo? Una cuestión científica, social, filosófica; un estudio en el que se expresa lo que la mujer es y lo que debe ser y lo que será, y cómo y cuándo y de qué manera. Tema propio de un libro de psicología sociológica. Y con ese tema ha conseguido hacer Galdós una obra bellísima, literaria, poética. Para esto se necesitan fuerzas de titán... ó mejor dicho, esto nace sólo cuando se posee un sentido realista como no hay dos.

Allí está la mujer que todos conocemos: es Fulana y Fulana (nombre cada cual la que tenga más cerca). ¿Es mala esa mujer? No lo creo. Es un mecanismo de muñeca de lujo, es un juguete destinado á sufrir en manos de todos. Educada por burócratas, insignes á fuerza de ociosidad, es irresponsable de que su espíritu busque las frivolidades.

Voy á confesar que en el primer acto, cuando la conozco y escucho sus lamentaciones, su historia, sus terrores, me inclino á su favor. No conozco aún al esposo, y encuentro muy verosímiles los miedos de Paulina. Es una habilidad del dramaturgo esta de explotar nuestra imperdonable ligereza de juicios. Cuando la oigo quejarse de que su marido la empujó al adulterio por quererla convertir á una existencia de laboratorio y formulismos químicos, surge en mi in-

ven, y creen inverosímil la castidad del doctor. No quiero perder el tiempo en probarles que su lascivia les impide raciocinar. ¿Decís que las goza? Bueno, ¿y qué? Eso supondría algo para un católico; pero el doctor no lo es, aunque diga otra cosa.

terior con gran facilidad un germen de malquerencia contra el hombre déspota y exclusivista. Y es que ¡hay tantas forzadas á sufrir los caprichos arbitrarios del esposo! Tan frecuente es que el hombre, por el mero hecho de serlo, quiera imponer sus gustos á la esposa, forzarla á que tenga sus mismas aficiones, obligarla á que reprima toda expansión propia de temperamento femenino, que sin titubeos admito y apoyo las quejas de Paulina. Sólo cuando conozco al doctor comprendo mi precipitación de juicio. Aquí se trata de un hombre completo; en los casos de la vida que yo conozco se trata de tiránicos despreciables que no han conseguido jamás dominarse á sí mismos y quieren encarcelar á los débiles que están bajo su férula.

Si consultáis lo que decía yo aquí mismo el mes pasado sobre la educación de la mujer, poco tendré que añadir.

Paulina tiene en su marido un hombre con títulos suficientes para erigirse dominador, y la que comenzó maldiciéndole concluye sometida, sin concebir otra cosa en la existencia que venerar y seguir al hombre fuerte que antes odió. Mi afirmación se ve plenamente confirmada: lo más incompatible con la naturaleza de Paulina, lo que menos á propósito para ella podíamos suponer, ¡lo que ya una vez rechazó!, la seduce y conquista cuando el hombre, perfectamente apto ahora para imponer, le hace «sentir la influencia de un hombre entero».

Tiene Paulina una frase en el tercer acto que es la naturaleza: la mujer hablando por boca de una mujer: «Emprende un camino de perfección», dice, poco más ó menos, Abdalá.—«Sola no podré»—contesta. ¡No podrá, no! Ni ella ni otra. Necesita el sostén de un brazo viril. Su naturaleza le anhela doblemente, porque algo le dice que el único asidero le tiene al alcance de la mano, precisamente en su marido.

¿Por qué Paulina comprende esta vez la grandeza de quien antes se la antojaba cruel ogro? Guillermo no supo imponerse antaño, no era todavía digno de dominar. Esa es una razón. Otra: según hemos dicho, es necesario que un golpe rudo conmueva las fibras puras, acaso intactas, inertes, de

nuestro ser para que las tendencias perversas del espíritu se nos modifiquen y originen la dicha.

Paulina necesita sufrir—como ya sufrió Guillermo—la purificación por el fuego: la desgracia.

Ahora que están estudiados los dos personajes que sustentaban el drama y encarnan la idea, pienso hablar de «técnica» de lo que *sobra* y lo que *desentona*. Con gran repugnancia me sumerjo en estas aguas podridas, enfangadas por lugares comunes y estereotipadas frases de *argot* teatral que corresponden á otros tantos conceptos momificados, pétreos, inmutables: los reparos que voy á combatir proceden del *gran público*; és e jamás razona por completo, y como la obra teatral está á merced de sus juicios, hay que ayudarle á bien pensar.

La familia Varona, *sobra*—dicen por ahí; y una autoridad lo corrobora: Miquis. Pero es que Miquis sólo ve en *Amor y Ciencia* propósito de señalar solución al adulterio. Y de ser así, tiene razón. Miquis en todo lo que dice es consecuente con su error base. Para el hecho de que Bruno perdona á Paulina, no hacen falta comparsas. Pero sí hacen falta de proponernos observar la conducta que guarda con sus semejantes un hombre que ha vencido.

¿Acaso no representan nada en nuestras vidas esas personas consejeras, malvadas ó inconscientes que forman «nuestros conocimientos?» Pues son el todo. Forman á nuestro alrededor una atmósfera densa que aniquila nuestra voluntad ó proporciona punto de apoyo para que nuestras alas puedan volar más alto.—Yo no tengo creencias: yo me uno con la mujer que me plazca: es un acto en contra de la moral vigente, pero le ejecuto porque estoy decidido á romper con lo que me desagrada. ¿Habré vencido, habré terminado con decir impúdicamente: ¡abajo la religión! ¡abajo el matrimonio? Habré lanzado un grito—ni más ni menos—y un grito pueril: el provocar á las creencias de otros es preocuparse de ellos. No basta con guarecerse tras el escándalo. Después del primer paso, el más teatral, el que levanta de ordinario más gritos, viene la guerra sorda, incesante, de minucia. Y en estas luchas entran, como elemento impor-

tantísimo, personas aparentemente desligadas de nuestro hogar: la portera que murmurará de nosotros y se mostrará grosera porque no somos santos; la familia amiga que se creará con derecho á dar consejos. Mil personas que no podemos ahora imaginar, entrando en nuestra casa y aprovechando mi ausencia, introducirán en el ánimo de mi querida desconfianzas, dudas, motivos de querella que minarían y derrumbarían mi hogar si yo, desde el primer momento, no tuviera inflexibilidad y constancia para sacudir á los mosquitos, pequeños, sí, pero portadores de fieb. es.

Y no es tan fácil desembarazarse de esas personas. Ya véis á Pepe Rey. En cambio á Guillermo Bruno ¿qué daño le hace la familia Varona?

—«Ninguno; porque son muñecos que el dramaturgo echa fuera cuando no le hacen falta. Si fueran D.^a Perfecta veríamos.»—No hay tal. Es que Guillermo Bruno tiene á la sociedad atada: se ha hecho imprescindible; le dejarán acercarse porque le necesitan; su ciencia le abre las puertas. Implanta en su jardín las costumbres que se le antojan y extirpa á la persona perjudicial antes de que se le acerque.

El doctor ha puesto con su fama terror respetuoso en los ánimos, y los Varona, sólo con una palabra, se van sin rechistar.

Vosotros decís: «De nada sirve en el drama la intervención de la familia Varona»; y yo digo lo mismo, en otro sentido: «La familia Varona está en el drama para demostrar que de nada sirve».

Hay otra tecla. La cuestión del símbolo y la tesis.

Si en el cartel hubiésemos leído antes del estreno: «En donde se verá, entre otras cosas importantes, de cómo un hombre puede lograr la dicha terrena, á pesar de las adversidades del destino y las perversidades de sus semejantes, fomentando la armonía—imprescindible á la dicha total del *Amor y la Ciencia*», de rezar así en el cartel—digo,—todos habrían encontrado explícitos los acontecimientos teatrales. Pero resulta que preconcebimos claves, jeroglíficos, tendencias solapadas que hacen peligrar las obras en muchas ocasiones.

Gracias á que la crítica respetable—Bueno, Miquis—ha ensalzado. Pero ni el primero analizó con la justeza de otras veces—tal vez porque su idiosincrasia escéptica ve un ensueño en la obra de Galdós y evita el decirlo claramente,—ni el segundo está en lo cierto, á mi juicio, elevando á la categoría de tesis el accidente—principalísimo, sí, pero accidente—del adulterio.

¿En qué consiste una tan franca diversidad de opiniones?

En la existencia de símbolo, no; ya lo digo. Si el dramaturgo presentara personajes totalmente antihumanos, fórmulas, abstracciones que representaran tal ó cual fase de una idea ó cualidades nacionales, históricas, filosóficas, habría símbolo. Pero en este caso los personajes son tan explícitos y humanos, lo que les acontece está dentro del orden natural de las cosas de tal manera que imaginar clave misteriosa, emblemática, simbólica es padecer, como las discípulas de Guillermo Bruno, la monomanía de dar giros fantásticos á las cosas más naturales y sencillas.

... Á no ser que interpreten como símbolo del fanatismo á la señora de Varona por el hecho de ser fanática (?); y á la hermana de la Caridad como representación del catolicismo humilde porque es católica y humilde; así, desde luego, todos somos símbolos: la tienda de Sturgess y Foley es símbolo de la industria; la librería de Fe puede antojársme símbolo del trabajo intelectual; el escaparate de los diamantes Benicia, emblema del lujo superfluo y vanalmente ostentoso; y del hecho fortuito de estar ambas tiendas pared por medio, podría sacar otro símbolo fecundo en reflexiones de contraste.

Se ha dicho también que varía el tono, el procedimiento en este acto.

Reflexionad y veréis cómo es un error producido por el escepticismo: como no llegáis á persuadiros de que un hombre puede hacer tanto se os antoja el jardín, y lo demás, fantasía.

Sin embargo, es simplemente un medio exótico.

Construid un buen teatro en un pueblo y representad, copiada al pie de la letra, una recepción de cualquier palacio

madrileño; el de Cerralbo, por ejemplo. Los sencillos é ingenuos aldeanos tendrían la impresión de que se representaba un cuento de hadas, príncipes y castillos mágicos. No hay exageración. Si le dicen que aquello existe, no lo negará porque, de oídas, sabe los lujos que usan en las ciudades. Pero el hombre de la corte no tiene referencias de un *non plus ultra* desconocido: todo lo que existe se trae á la capital. Como apenas hay jardines del Dr. Bruno y los que haya están recónditos, resulta que suponéis ficción de poesía, idealismo puro lo que es perfectamente realizable—y de no existir, existirá. Imaginad que trasladasen á los espectadores de *Amor y ciencia* de aquí á China y á las veinticuatro horas estuviesen ya de regreso: el cincuenta por ciento negarían rotundamente la realidad del Imperio Celeste; á los demás «les parecería un sueño».

Conviene puntualizar que el realismo no consiste en reproducir lo que vemos todos los días, ni lo que existe, sino en copiar lo cierto: lo que sucede ó lo que evidentemente sucederá de seguir las cosas como hasta hoy.

En tocante á que el último acto sobre... Yo tengo la monomanía de imaginar siempre la continuación de los dramas que veo; hasta el punto de que varias veces he pensado escribir comedias cuyo primer acto fuese el postrero de producciones conocidas.

Y es que *el desentlace* rara vez es tal.

Si *Amor y ciencia* hubiese terminado con el arranque de Paulina:—¡Al taller! etc.,—yo me hubiera quedado sin saber á qué atenerme porque á ningún arranque le doy crédito.—¿Se arrepentiría después? De transigir él, ¿sería por debilidad ó por cálculo previsto y maduro? Ese hombre, al decir de las gentes, se ha formado una existencia aparte y dichosa: ¿cómo es?

Todas mis exigencias son satisfechas en pleno al ver el interior mágico; se disipan dudas, se aclaran suposiciones, se ensancha el alma respirando aquel aire que es nuestro anhelo, constante suspirar de nuestras ilusiones. Advertencia y ejemplo esperanzador este acto, pues en los anteriores vimos los trabajos y miserias sufridos.

Mucho más tendría que decir si fuera recordando todas las fibras de mi ser que han vibrado á la conmoción de múltiples detalles; pero ya es excesiva la prolijidad de este escrito, aunque todo lo apuntado, y más, es bien digno de cita y alabanza.

MANUEL ABRIL.

CUENTOS CORTOS

I

El correo de Tomillejas.

Chiquitín, regordete, afeitado el rostro, limpio y aseado el vestido, la mirada escudriñadora y los labios ligeramente fruncidos como dispuestos á la risa, nunca desmedida ni imprudente, sino oportuna y silenciosa, el correo de Tomillejas á la capital, y viceversa, era un tipo digno de estudio, y bien merece que el lector pierda algunos minutos de tiempo á cambio de conocer un rasgo característico del sujeto en cuestión, rasgo original en la forma, antiguo, por desgracia, en el fondo, debido al interés y al egoísmo humanos que en todas las clases y en todos los tiempos avasallan nuestro espíritu y desvían de su espontáneo impulso nuestras más puras afecciones.

Me hospedaba yo en Tomillejas, ó como el pueblo se llama, que al correr de la pluma no lo recuerdo á punto fijo, en casa de un amigo, vecino frontero de lo que pudiéramos llamar administración de correos, y el funcionario público encargado de la dependencia entraba muchas tardes en nuestro patio para tomar bajo el toldo y entre macetas de ebónibus una taza de café y echar una partida de mus.

Del alcalde abajo Pedrín le llamaba todo el mundo en sus barbas, ó mejor dicho en sus carrillos, porque como he advertido, las llevaba afeitadas; tenía esa malicia propia del lugareño, que consiste en desconfiar por sistema, sin dar una contestación afirmativa ó negativa aun en el asunto más baladí, y era hablador sempiterno; pero el muy ladino nunca se espontaneaba confesando sus gustos é inclinaciones: cuando

se le acosaba para que declarase su parecer en una cuestión, salía del paso contando un chascarrillo.

Como viese mi amigo que yo gustaba de hablar con Pedrín y de estudiarle en sus detalles, díjome un día que para conocerle bien no había sino asistir un rato á las horas de oficina, cuando guardaba las cartas en su valija de cuero, recibía encargos para la capital, ensillaba su potro y partía á galope más satisfecho que Gonzalo de Córdova después de haber atravesado el Garellano.

Acepté gustoso la idea y, poniéndola por obra, una tarde, después de comer, mandamos llevar el café á casa de Pedrín, vendiéndole la curiosidad por fineza, y luego del consabido mus nos brindamos á hacerle compañía en tanto disponía sus bártulos, para el viaj que entre ida, distribución de encargos y vuelta á Tomillejas, no pasaría de cuatro horas.

Era de ver cómo al ir envalijando las cartas, con sólo ver la letra del sobre ó leer el nombre de la persona á quien iba dirigida, nos refería su probable contenido, contándonos de pasada la historia de remitente y consignatario, y sacando á relucir ingratitudes de amigo, infidelidades conyugales, deudas no satisfechas, todo lo que es comidilla usual entre gentes que saben murmurar con maestría.

Al acercarse la hora de partir, y mientras hacía los últimos preparativos de marcha, fueron entrando en la habitación, que servía de oficina, dormitorio y gabinete de recibir, algunas personas que venían á hacerle encargos, no como funcionario público, sino como amigo particular.

—Acérquese á casa de D. Fulano—decía uno—y avísele que el asunto del majuelo se devuelve hoy informado al gobernador.

—Dígale á D. Zutano—añadía otro—que la renta no se la puedo llevar el día 1.º, pero que cuente con ella segura para el 15.

—Lléguese por la tienda del Pasiego—encargaba una mujer—y que cuando mande al chico me envíe de camino media docena de servilletas adamascadas.

Los que conocían las prácticas de Pedrín, venían ya con un papel pequeño, donde, escrita con tal cual mérito caligrá-

fico y estilo que corría parejas con la escritura, le daban la apuntación; los que ignoraban esta costumbre, tenían que escribir allí mismo el objeto del recado, y alguna vez tomé yo la pluma y apunté lo que el comitente, persona de pocas letras, no sabía hacer por su mano.

No paré mientes en que para cada encargo reclamase Pedrín su apuntación, porque haciéndole muchos esta previsión era una necesidad á fin de que no se le olvidase ninguno; lo que me causó extrañeza fué el ver que todos los papelitos extendíalos sobre la mesa por el orden con que se los iban entregando, pero separados unos de otros, de forma que se pudiesen revisar de un solo golpe de vista.

Conviene saber que algunos de los comitentes, no todos, entregaban una módica cantidad como retribución del servicio reclamado, 15, 20 céntimos, un real en perros el más rumboso, y Pedrín colocaba con cuidado sobre cada una de las apuntaciones su dinero correspondiente.

Llegó la hora de partir: ensilló Pedrín el potro, y cuando se marchó la gente, llegándose á la mesa donde estaban las apuntaciones, se inclinó de bruces y sopló con fuerza; claro está que los papelitos que tenían dinero encima resistieron el impulso violento producido por los pulmones de Pedrín, y que las apuntaciones desprovistas de aquél pesapapeles tan codiciado volaron repentinamente hasta caer en el suelo. Hecha esta operación preliminar, envolvió en cada papel los céntimos entregados por el dueño; sin duda de este modo podría calificar en tiempo oportuno la importancia del encargo con arreglo á la propina recibida: echóselas todas en el bolsillo de su chaquetón, nos dirigió una sonrisa burlona, montó á caballo, despidióse de nosotros, y haciendo tomar al potro el paso castellano, desapareció á lo lejos de la calle Real.

—¡Así es el hombre!—dijo mi amigo.—Sólo el dinero hace peso en su voluntad; la virtud desaparece al más ligero sopló. No presta un favor quien no recibe otro á cambio, como el correo de Tomillejas.

II

El hombre de mundo.

Galvecilla era un lugarejo de Andalucía, pintorescamente situado entre un oquedal y un arroyo caudaloso al que daban nombre de río los habitantes del pueblo, sin perjuicio de tercero, porque esto no aumentaba la cuota de contribución.

En el pueblo había, entre otras cosas notables, un convento de monjas, un café á estilo de Sevilla y una muchacha de ojos azules, llamada Trini por sus paisanos, hija de un retirado de carabineros y de una bendita señora que era el *non plus* haciendo *crochet* y relatando las aprehensiones de su marido.

Trini era rubia y bonita, pero se hallaba desposeída en absoluto de ese don que se llama gracia, no sabiendo contestar con agudezas á los chicleos que se le dirigían, así se las pagasen á peso de oro, y cuidado que á la chica le hacían falta veinte reales para completar un duro. Trini no tenía *gancho*, según la fraseología de los señoritos del pueblo.

Así las cosas, fué á Galvecilla, para visitar varios olivares que le pertenecían, Pepe Muñoz, muchacho sevillano, calavera escarmentado, un si es ó no es taciturno y con sus tanticos de extravagante. Huérfano y rico, dió sus primeros pasos en la vida sin freno que le sujetase, y al cabo de algún tiempo reunió un caudal inmenso de ingratitudes y desengaños. Tomó por amigos á los buscavidas que le adulaban para ocupar un puesto en su mesa, y quiso hallar la mujer de sus ensueños entre las meretrices que, como mariposas en torno de la luz, revoloteaban al rededor de su fortuna.

Educado en esta escuela, aprendió á dudar de todo: para él la amistad era una especulación y el amor un objeto de comercio. No supo cribar el trigo y separar las granzas.

Trini con sus hermosas prendas de carácter impresionó á Pepe Muñoz. Adivinó en ella una mujer distinta de las que había tratado: modesta, sencilla, trabajadora, que no murmuraba de las vecinas y que por lo mismo tenía poca conversación.

Una tarde que Pepe Muñoz se hallaba tomando cerveza en el café de que se hizo mérito al comienzo de la presente narración, la desconfianza que emponzoñaba de continuo el pensamiento de nuestro galán vino á sembrar cizaña en el campo de sus amores, y la horrible duda fué desde aquel instante el tormento de su alma, la nube que obscureció el cielo azul de sus alegrías.

El amor de Trini podía ser deseo de riqueza y su aparente bondad hipocresía.

La duda es siempre relámpago precursor de tormenta en la meteorología de las pasiones.

Cierta noche serena de estío, resguardada Trini por los fuertes barrotes de la plateresca reja de su cuarto, y abandonando su mano suave y torneada entre las de su amante, hubo de exclamar en el arretrato de la pasión:

—Si tú me abandonases, me encerraría en un convento.

La írase hizo efecto en la imaginación suspicaz del rico sevillano, y dudando de todo, como siempre, quiso poner á prueba el amor de la pobre niña.

Al efecto, pretextó asuntos urgentes de la administración de sus haciendas para regresar á Sevilla, escaseó las cartas al principio, dejó de escribir luego, y de esta forma, corriente y común entre novios malavenidos, dió por cortadas sus relaciones con la galvecillana.

Pero ¡ah! que andando el tiempo hubieron de decirle que Trini había entrado de novicia en el convento.

El hecho impresionó á Pepe Muñoz, porque, y esta circunstancia es preciso hacerla constar, amaba á Trini.

Durante el año que duró el noviciado, el galán no se dió por enterado del suceso, y á pesar de que lo deseaba, no quiso ir á Galvecilla pensando si se habrían confabulado todos los del pueblo para engañarle.

El tiempo pasaba de prisa, muy de prisa, como siempre que queremos detenerle, pues parece que se burla de nosotros, y llegó el momento en que Trini iba á profesar.

Este día, al rayar el alba, apareció Pepe Muñoz en el pueblo, procurando esparcir por todos los medios que estuvieron á su alcance la nueva de su llegada, á fin de que se su-

piese en el convento y, mejor aún, en casa de los padres de Trini.

Fuése al oquedal con su escopeta y su perro, el único amigo de quien no dudaba.

A las diez de la mañana las campanas del convento, con fúnebre tañido, anunciarían al pueblo que Trini abandonaba el mundo de las vanidades y de las concupiscencias, y Pepe Muñoz iba contando los minutos con la vista fija en un precioso cronómetro de oro, que oprimía, convulso, entre sus manos.

Cubría el rostro del descreído galán una palidez cadavérica; su corazón latía con violencia; sus ojos, que habían encontrado un hueco entre las ramas de los árboles por donde se divisaba el convento, se hallaban inmóviles, como queriendo descubrir á través de los muros lo que sucedía en el interior del edificio.

Por fin las campanas de la santa reclusión hicieron saber á Galvecilla que en el convento entraba una monja más.

Ya no había remedio.

Pepe Muñoz, excitado por la desesperación, echó á correr hacia el pueblo y parecía que intentaba apagar con sus manos crispadas aquel lastimero son que el eco transmitía á lo lejos, de viña en viña y de árbol en árbol.

Llegó á la puerta del convento á tiempo que salían los ancianos padres de Trini entre un grupo de hombres y mujeres del pueblo vestidos todos como en fiesta de Corpus.

Los pobres viejos, preñados de lágrimas los ojos, llevaban retratada en su semblante la pena que los afligía.

Pepe Muñoz los vió pasar escondido tras un pilar de los soportales de la casa Ayuntamiento y fingió hacer una caricia al perro para ocultar una lágrima que rodaba por su mejilla.

Tuvo mucha razón Ventura de la Vega cuando dijo

que no basta pensar mal
para ser hombre de mundo.

III

La bandera del batallón.

CUENTI-DRAMA SEMI-SERIO

Interlocutores:

CATALINA, dama.—BELTRÁN y MUÑOZ, galanes.

GERTRUDIS, característica.

La escena se desarrolla en un pueblo de Aragón durante la primera guerra carlista.—Sala amueblada modestamente.—Al foro ventana que da sobre la plaza del pueblo.—Á la izquierda la puerta de entrada.—Á la derecha una cómoda con floreros y una imagen de la Virgen del Pilar.—En la pared un retrato ecuestre, en litografía, del que después fué Conde de Montemolin.—Es de día.—Un gato negro duerme en un sofá colocado en sitio conveniente.

GERTRUDIS.—¡Cuando digo que tú no tienes entusiasmo por la causa del Pretendiente!

CATALINA.—Mire usted, tía, lo que yo quiero es que mi marido esté á mi lado y no exponga su vida por un señor á quien no conoce.

GERTRUDIS.—¡Tú eres hija de tu padre!

CATALINA.—Sí, señora; hija de legítimo matrimonio.

GERTRUDIS.—Es que tu padre tenía sus barruntos de liberal.

CATALINA.—Mi padre quería mucho á mi madre y no la hubiera abandonado nunca por nada ní por nadie. A no ser cuando la de los franceses... Eso sí... Ya sabe usted que él...

GERTRUDIS.—A honra tendría yo que mi marido se batiera por el verdadero rey y por la religión.

CATALINA.—¡Otra, pues!... Con un rey ó con otro yo no he dejar de ir á misa los domingos, ni de comulgar en las festividades de la Virgen.

GERTRUDIS.—Si yo fuese hombre, estaría al lado de tu marido.

CATALINA.—Y yo también; mas como soy mujer, viceversa.
(*Pausa.*) Parece que no se tirotea tanto.

GERTRUDIS.—(*Se asoma á la ventana.*) ¡Si yo viera entrar en el pueblo á D. Carlos!...

CATALINA.—(*Se asoma también.*) ¡Pues si yo viera entrar á mi marido! Dos velas de cera pongo á la Virgen como Beltrán haya salido de esta con vida.

GERTRUDIS.—Al comienzo de la calle Real viene un paisano corriendo con una bandera en la mano.

CATALINA.—(*Le palpita fuertemente el corazón, se colorean sus mejillas y se le arrasan en lágrimas los ojos.*) ¡Es él! ¡Beltrán!... Nos ha visto... Saluda con la bandera... La Virgen me ha oído. ¡Bendita sea la Madre de Dios!

GERTRUDIS.—Por fin, zurrámos á los cristinos.

CATALINA.—Ó lo otro.

GERTRUDIS.—No llores, muchacha; si le tienes ahí.

CATALINA.—Es que el corazón cariñoso despide con lágrimas al viajero y con lágrimas le recibe.

GERTRUDIS.—¡Vaya una bandera bonita! (*Saca medio cuerpo fuera de la ventana y grita con fuerza: ¡Viva D. Carlos! Catalina se arrodilla delante de la imagen de la Pilarica y reza en voz baja. Gertrudis se retira de la ventana. Momentos después sale Beltrán con una bandera en la diestra y un fusil en la otra mano: su mujer al verle da un grito de alegría y se levanta, arrojándose en sus brazos. Beltrán la estrecha con efusión sin soltar el arma ni la bandera; después deja ambos objetos junto á la cómoda.*)

BELTRÁN.—Creí no volverte á ver.

CATALINA.—¡Cuánto he llorado. Beltrán de mi alma!

GERTRUDIS.—¿Conque hemos vencido?

BELTRÁN.—Ellos á nosotros, como decía el del cuento. ¿No ve usted que vengo de escondite?

CATALINA.—¿Y esa bandera?

BELTRÁN.—Pus que la cogí, y santas pascuas. Pero expuse la pelleja. ¡Qué manera de llover balas!... Éste cae... el otro también... En la guerra no hay caridad, ni religión, ni prójimo. Ello mismo lo dice, ¿qué es la guerra? Matarse unos á otros los hijos de Dios. Esto va malo, me dije, arrea, y protegido por un cercado pude ganar la arboleda colocándome fuera del alcance de las balas.

GERTRUDIS.—(*En la ventana.*) ¿Y no sabemos por quién ha quedado la victoria?

BELTRÁN.—Si tiene usted comezón de saberlo, mande un propio que le traiga la noticia. (*Abraza á su mujer.*) Yo no puedo ir, que tengo las manos ocupadas.

GERTRUDIS.—Beltrán, esos que vienen por ahí ¿son cristinos?

BELTRÁN.—(*Mirando hacia donde dice Gertrudis.*) No hay más que verles el morrión.

CATALINA.—Vienen en son de paz.

BELTRÁN.—Una cosa es verlos así y otra tenerlos delante haciendo fuego. ¡Demontre! El batallón á que quité la bandera tenía el mismo uniforme, pintiparado uno con otro. ¡No traen bandera!... Tía Gertrudis, ¿se quiere usted apostar dos libras de tocino magro á que esta bandera es la de ese batallón?

GERTRUDIS.—Pues hay que ocultarla, no sea que alguno les haya dado soplo.

BELTRÁN.—Tiene usted razón; hay hombres para todo.

GERTRUDIS.—Vale por dos el prevenido. Voy á esconderla en el desván.

BELTRÁN.—Tómela, pues. (*Gertrudis coge la bandera y desaparece por la única puerta que da entrada á la habitación. Beltrán y Catalina permanecen asomados á la ventana.*) No hay duda de que han vencido. ¡Ya ves! Se meten en el pueblo como gallo en su corral. ¡Otra te pego! Ese capitán es aquel que estuvo alojado en tu casa antes de casarnos, y que te hacía cucamonas ¡Qué contrario me fué siempre ese mozo!

CATALINA.—¿Por qué se detendrá el batallón delante de nuestra casa? ¡Cómo nos miran!

BELTRÁN.—¡Y qué ojos nos echa el oficialete de marras!... Se separa de las filas... Habla con el comandante... ¡Y dale con mirar!... Se dirige hacia aquí... Ciertos son los... Catalina, me temo un atropello. (*Se quitan de la ventana.*) Tú le despreciaste por mí, y quizá quiera hoy tomar venganza.

CATALINA.—Sube... Silencio; él llega. (*Sale Muñoz. Es un apuesto militar; su mirada expresiva, su figura elegante, sus modales distinguidos. Catalina y Beltrán le contemplan recelosos sin separarse uno de otro.*)

MUÑOZ.—(*En la puerta*). Santos y buenos días.

BELTRÁN.—(*Con entrecortado acento*). ¿Qué... qué... qué quiere usted?

MUÑOZ.—La honra de mi batallón, que escondida tienen ustedes en esta casa.

CATALINA.—(*Respirando fuerte*). ¡Ah! ¿La bandera?

BELTRÁN.—Aquí no tenemos bandera ninguna, no, señor; viene usted equivocado.

MUÑOZ.—Es inútil la negativa. Se sabe positivamente que usted oculta la bandera, y el batallón está dispuesto á recuperarla, aunque para ello tengamos que destruir el lugar.

BELTRÁN.—Soy aragonés, y no puedo ni mentir ni ceder. La bandera la tengo yo; pero no la entrego.

MUÑOZ.—Para todo hay arreglo; sin necesidad de entregarla, puede usted dejársela quitar, y luego como si no hubiera pasado nada.

CATALINA.—(*Bajo á su marido*). Dásela.

BELTRÁN.—Nunca.

MUÑOZ.—Piénselo usted bien.

BELTRÁN.—Está pensado.

MUÑOZ.—(*Afectando sangre fría, cierra la puerta y arroja la llave por la ventana; Beltrán quiere estorbarle la acción, pero llega tarde*). De aquí no he de salir sino muerto ó con la bandera. Mi palabra está empeñada. (*Se sienta en el sofá, se quita el chacó y se limpia luego el sudor de la frente; todo esto con la tranquilidad del que va a pedir un vaso de refresco en un aguaducho*). No aceptando usted la paz, forzoso será que se declare la guerra. Nos batiremos.

BELTRÁN.—¿Batirnos aquí encerrados? ¡Hombre de Dios, si no tenemos armas iguales!...

MUÑOZ.—Echamos suertes. Nos hacemos fuego una vez uno y otra vez otro. ¡Ah! Tenga usted entendido que si muero, el batallón se encargará de vengar mi muerte. (*El gato se despierta y huele el chacó que Muñoz tiene colocado sobre el sofá*).

CATALINA.—(*Poseída de horrible angustia, murmura al oído de Beltrán*). Dale la bandera.

BELTRÁN.—Antes me dejo hacer pedazos.

MUÑOZ.—Tenemos que ajustar cuentas atrasadas. (*Pasa repetidas veces la mano por el lomo del gato, que se restriega, haciendo rum-rum, contra el uniforme de su nuevo amigo.*) ¿Usted no se acuerda de mí?

BELTRÁN.—Ya me malicio yo por dónde va usted. Desde que le vi no se me despintó su cara.

MUÑOZ.—Yo amaba á Catalina, con la dulce esperanza de verme correspondido, y con el honrado propósito de unirme á ella en matrimonio; pero los azares de la guerra me obligaron á abandonar este pueblo, y usted, aprovechándose de mi ausencia, consiguió hacerse dueño del cariño de la inocente joven, apoderándose de un tesoro sobre el cual yo tenía, si se me permite la frase, cierto derecho de prelación. (*Beltrán y Catalina le miran asombrados.*) Pero hay más: no contento con usurparme, ¡usurparme! no retiro la palabra, la mujer que había yo codiciado para esposa, hoy, entre el fragor del combate, se presenta usted, enviado por Satán, arrebatándome el objeto que, después de Catalina, yo más idolatraba: la bandera del batallón.

BELTRÁN.—Mire usted, señor oficial, yo no entiendo de filosofías. La chica me dió su mano porque me quería; y la bandera... pues nada... que cayó herido al suelo el abandonado... la cogí, y santas pascuas. Bien de balas me enviaron cuando corría con ella.

MUÑOZ.—Las cosas no pueden continuar de este modo. Una de dos: ó me entrega usted la bandera y se queda con Catalina, ó me entrega usted á Catalina y se queda con la bandera.

BELTRÁN.—(*Mirando á su mujer.*) ¡Este hombre está loco!... (*Á Muñoz.*) Tiene usted razón. Los dos no cabemos en el mundo.

MUÑOZ.—Sí cabemos, y sobra todavía. Lo malo es que usted no quiere aceptar la capitulación que le propongo. Vaya usted cargando el fusil mientras yo escribo nuestros nombres en dos pedazos de papel. Catalina sacará uno á la suerte; el que primero salga es el que primero tira. ¡Oh! Si muere usted, me llevaré á su mujer, es decir, á su viuda, á la bandera y hasta el gato que, por lo visto, ha simpatizado conmigo.

CATALINA.—Para matar á mi marido será preciso que antes me mate usted á mí. (*Óyese la Marcha real tocada por una banda militar.*)

MUÑOZ.—(*Se levanta lleno de alegría, y cambiando de tono dice:*) ¡Ya está la bandera en nuestro poder! Esa es la señal que me lo avisa. Amigo Beltrán, todo cuanto aquí ha pasado ha sido una broma inventada por mí para ganar tiempo, con objeto de que los soldados registrasen la casa. Me he valido de este ardid para apoderarme de la bandera, evitando así un día de luto para el pueblo.

BELTRÁN.—¿Me jura usted que respecto á Catalina no tiene las intenciones que dijo?

MUÑOZ.—Lo juro por la Pilarica: tengo amores en Tafalla.

BELTRÁN.—Ahí va mi mano: todo lo perdono. (*Se estrechan las manos como dos buenos amigos, como dos hombres honrados.*)

GERTRUDIS.—(*Dentro.*) ¡Beltrán, esos pícaros de cristinos han cogido la bandera!

BELTRÁN.—Conste que yo no la he entregado.

MUÑOZ.—Constará en el acta.

CATALINA.—¡Eh, sargento!... ¿Quiere usted hacer el favor de subir esa llave? (*Cae el telón y se acaba el cuentidrama.*)

IV

La cofradía del Corpus Christi.

(HISTÓRICO)

En la provincia de Guadalajara, y á once leguas de Sacedón, existe un pueblecito situado sobre la meseta que forma el ángulo saliente de un cerro. Las buenas condiciones higiénicas de la localidad, su clima saludable, las sencillas costumbres de sus habitantes y sus piadosos sentimientos producían un indecible bienestar á los vecinos del pueblo en cuestión, allá por el año de gracia de 1614, reinando en España la majestad católica de D. Felipe III.

Pareja, como hoy se pronuncia, ó Parexa, como entonces se escribía, era el nombre del pueblo, aunque si queremos poner los puntos á las íes hemos de llamarle villa, designándole por lo tanto con la categoría municipal que le corresponde; y no quiero ponderar cómo en aquella época de espíritu esencialmente religioso, el vecindario de Pareja cumplía á no poder más los preceptos del dogma y de la disciplina, celebrando las fiestas de la Iglesia con relativa suntuosidad y ostentación.

Posible es que hubiese varias congregaciones ó hermandades, que las habría seguramente, bajo la denominación de éste ó del otro santo y de la Madre de Dios en sus diferentes advocaciones; pero de lo que no nos cabe ningún linaje de duda es de que existía una cofradía dedicada á fomentar el culto á la Sagrada Forma, porque el libro de las actas y cuentas ha venido á parar á mis manos, y por él he sacado en consecuencia que en la villa de Pareja se hallaba funcionando por lo menos desde el año 1563 la cofradía del *Corpus Christi*.

Sucedió que los cofrades, movidos tal vez de un exceso de celo religioso, y queriendo dar á la fiesta de la Eucaristía cierta solemnidad profana, aunque con equivocado criterio, celebraron una merienda el día del Corpus, sufragando el gasto á expensas de los fondos de la congregación, acto que se repitió, si bien en más baja escala, el día de la Natividad de Nuestra Señora; y los mayordomos, que lo eran á la sazón Felipe Monsalve y Bautista Gómez, llevados de una indiscutible ingenuidad, sentaron en la cuenta del año 1614 las siguientes partidas:

«Más dan por descargo 82 reales y medio de diez cabritos que compraron para el día del Señor, para todos los cofrades y sacristanes y criados.

«Más dan por descargo 3 reales que pagaron al cortador de matar los cabritos y vino para él y sus ayudantes.

«Más dan por descargo 19 reales que gastaron en melones y peras y vino el día de Nuestra Señora de Septiembre, en colación que se da á los cofrades después de la oración y oficios que se dicen.»

Cofrades y mayordomos, dándose unos á otros las razones ó fundamentos que motivaron el dispensio y la necesidad de formalizar su asiento en el libro de la hermandad, quedaron satisfechos y tranquilos sin contar con la huésped, ó mejor dicho con el huésped; éste fué el Visitador general del Obispado de Cuenca, quien se presentó de allí á poco, y disintiendo del concepto que los hermanos de la cofradía del Corpus demostraron tener en la distribución del caudal común, escribió en el libro, con airada pluma, el párrafo siguiente:

«Otrosí, habiendo mirado las dichas cuentas con atención, hallo haberse pasado en ellas gastos muy excesivos en comidas y bebidas, profanidades ajenas de la institución de los cabildos dedicados á la veneración y culto de Nuestro Señor, por lo cual, y por estar al presente tan necesitada la iglesia de esta villa con la obra del andén que hace tan costosa y necesitada, pedía y pidió, y siendo necesario mandó á los cofrades, y en particular á los mayordomos, que no consuman los frutos y rentas de la dicha cofradía en semejantes desórdenes, sino en sacrificios y sufragios, y lo que sobrase acudan con ello á la dicha iglesia, y desde luego se aplicaba y aplicó la dicha obra; de suerte que por lo menos se dé en cada un año á la dicha fábrica de esta cofradía 5.000 maravedís (unas 36,75 pesetas) por el tiempo referido ó más según la devoción de los dichos cofrades.»

Como habrá observado el lector, amén del rapapolvo y del apercibimiento del Visitador general, éste impuso una especie de multa ó castigo á los cofrades, obligándoles á entregar para la obra de la iglesia del pueblo, no el sobrante de la cuenta anual, sino 5.000 maravedís en cada un año, de forma que si el superávit no alcanzaba á esta cantidad, los hermanos tenían que rascar sus faltriqueras pelo arriba y desembolsar dinero á prorrata para completar el minimum de entrega señalado por la autoridad eclesiástica.

Hoy se arreglan las cosas de muy distinta manera: cualquier asociación podrá hacer dispendios de la índole del de los diez cabritos; pero á buen seguro que al consignar la cantidad en sus libros lo efectuará de modo que no llame la

atención; por lo tanto, si no ha mejorado la manera de ser de las asociaciones, hemos conseguido dar buena forma á los documentos escritos, y esto, para los que no somos muy exigentes, constituye un progreso. Estas minucias de la historia, aunque parece que se hallan desprovistas de interés, encierran provechosa enseñanza, porque después de doscientos noventa y un años, algunas Sociedades de nuestra época conservan el espíritu que animaba, en las tardes de merendona, á la cofradía del Corpus Christi.

CARLOS CAMBRONERO.

EL DELINCUENTE NATO-PROFESIONAL

CAPITULO V

Casos prácticos demostrativos de la efectividad del tipo del criminal nato y de sus caracteres.

I

El tipo del verdadero criminal es uno de los más persistentes y al mismo tiempo de los más perceptibles é inconfundibles. En medio de las incesantes transformaciones que por efecto del desarrollo de la civilización vienen experimentando, no ya el delito, sino las manifestaciones todas de la vida individual y social, persisten cuantas formas de la delincuencia natural, no de la artificialmente creada por las leyes, conocidas desde épocas remotísimas, si bien disminuyendo las unas, como acontece con las determinadas por la violencia, y creciendo las otras como las basadas en la astucia, y persisten también, sin más que algunas modificaciones que no afectan á su esencialidad, los tipos criminales, en especial del malhechor *nato-profesional*. Este malhechor fué el mismo así en la antigüedad como en la Edad Media y en la Moderna, y lo es también en los distintos países, lo cual demuestra que tan terrible enemigo de la sociedad responde en todos sus actos criminosos á una naturaleza especial predispuesta para ellos, y cuyo influjo es superior al de los agentes externos contrarios.

El criminal *nato* de nuestros días, sin exceptuar al *profesional*, parece ser una reproducción del de otros tiempos, y el español, en sí, en su manera de ser y en sus crímenes se diferencian muy poco del de las demás naciones. Nace con

predisposición heredada, con anormalidades fisio-psíquicas, cual sucedió, por ejemplo, al bandido gallego Casanova, nieto del tristemente célebre Balseiro, que murió ahorcado, é hijo de padre también condenado á la pena de muerte y de madre que lo ha sido á la de reclusión perpetua, y si el medio ambiente es favorable á las exteriorizaciones por actos de su morbosidad criminal, comienza casi desde niño su funesta carrera, y en otro caso, ó queda en estado de latente su maldad innata, ó se manifiesta muy tarde, aunque rara vez deje de producirse. Esto es lo que hemos visto en los delinquentes españoles y lo que veremos en los extranjeros.

El notable alienista doctor Cullere, entre los muchos casos prácticos y ejemplos que en apoyo de sus ideas ha reunido en el muy estimable libro titulado *Las fronteras de la locura*, presenta uno muy característico del criminal nato, razón por la cual de él diremos algo. Comienza el doctor Cullere expresando que «una mujer hermana de una idiota, madre de una histérica, y que ella misma tenía dificultad para hablar, pero que no era *afásica* ni paralítica, tenía á su lado á su buena madre, anciana venerable», á quien la reciente muerte de su marido había puesto en la libre posesión de su parte de bienes de la sociedad conyugal y de los regalos que la había hecho el marido; que las malas lenguas del pueblo decían que la madre no volvería á ver á París, y que «entonces se sucedió una serie de extrañas escenas».

¿Cuáles fueron éstas? El doctor Cullere las menciona en los siguientes términos: «La madre fué como secuestrada; no se la permitió comunicarse ni con la familia ni con los extraños; se dejaba á la anciana en completa obscuridad días enteros, ó bien se alumbraba con lámparas que no se apagaban más que por la tarde; al amanecer se la servía una comida abundante y hacia el crepúsculo una taza de café con leche; estaba prohibido á los criados decir á la prisionera el día que era de la semana ó del mes; en todas las cosas se trataba de desorientar á la pobre anciana para arrancarle palabras que fuesen verdaderos despropósitos y adecuadas al designio de hacerla pasar por demente; que en presencia de personas extrañas y cuando podía hablar con libertad la madre se pro-

ducía con discreción, sin faltar á las reglas del buen sentido, y cuando se presentaba su hija guardaba silencio; que algunas veces la madre y la hija se encerraban á solas, cuidando ésta de que estuviesen bien cerradas las puertas; pero hubo oídos indiscretos que percibieron los gemidos de la anciana, y al día siguiente los criados hallaron su cuerpo cubierto de cardenales; que si los hechos de la hija eran malos, sus palabras, por el contrario, eran dulces y melosas; que cuando se la pedían noticias de su madre, retenida en el lecho, se restregaba el rostro en ademán de enjugarse una falsa lágrima, prorrumpiendo en sollozos y expresando un vivo dolor; que ante estas demostraciones hipócritas no podía inferirse lo que verdaderamente ocurría, y que lo cierto fué que la madre no volvió á ver á París».

Al exponer su opinión el docto alienista, hace notar, con razón, que la observación de este caso aleja de la locura, cualquiera que sea su grado, y acerca al crimen, porque aquella mujer tuvo para obrar un motivo que desgraciadamente ejerce mucho poder sobre gran número de individuos, pero no explica las crueldades, «y añade que estas crueldades» descubren una perversión moral preparada por la herencia mórbida. Con efecto, aquella hija desnaturalizada y ferozmente cruel, que con fría serenidad meditó y llevó á cabo el lento martirio de su desventurada madre hasta ocasionar la muerte para anticipar el hacerse dueña de sus bienes, no era una loca, era una pervertida moralmente; como dice el doctor Cullere, era una *criminal instintiva*. Los principales, los más valiosos de los caracteres que hemos señalado á las mujeres criminales de esta índole se advierten en ella: sus actos lo demuestran.

II

Si el distinguido autor de *Las fronteras de la locura* nos ha dado á conocer este tan repulsivo tipo de la mujer criminal, que lo es por morbosidades morales congénitas, no es menos notable, menos característico y menos repulsivo el que César Lombroso ha estudiado al hacerlo magistralmente de

La antropología criminal y sus recientes progresos. Este tipo de criminal *nato*, desprovisto en absoluto de los sentimientos de *probidad y piedad*, es el de Gabriela Bompard, cuyo crimen, por sus extraordinarias circunstancias, causó profunda sensación, no ya en París, donde tuvo lugar, sino en todos los pueblos.

Al hacer Lombroso el retrato físico-psíquico de la Gabriela, se produce en estos términos: «Presenta, según las fotografías y según los magníficos estudios de Brouardel, Ballet y Mott, todos los caracteres de los criminales natos, aunque en la mujer sean tan excepcionales. Su talla es de un metro cuarenta y seis centímetros, el desarrollo de sus caderas y pechos rudimentario, los cabellos encrespados, las arrugas anormales, precoces, palidez lívida del rostro, el lóbulo de la oreja bastante desarrollado, la nariz corta y remangada, la mandíbula muy abultada para una mujer, y, sobre todo, *asimetría*. Añádase á esto la *hyperestesia* histérica en el *brygma* en los puntos ovarios, la obtusidad visual, afectiva y sensitiva y la reducción de la cámara visual, el odio al padre, la indiferencia y la apatía cínica».

«Con esto —prosigue diciendo Lombroso—hay lo suficiente para encontrar el tipo criminal, y por otra parte, todo el prestigio de su muy conocida belleza ha provenido de la mala aureola que le deparó el vicio precoz. Fué de una precocidad y de un ardor grandísimos en la disipación, pudiendo referirse á ello su gusto sanguinario homicida; con agrado debió asentir á la idea de un asesinato. ¿No fué ella la que muchos días antes del crimen confeccionó el saco fatal? ¿No fué ella quien atrajo á la víctima y concurrió materialmente á la perpetración del homicidio? Después del crimen durmió tranquilamente en la misma habitación, al lado del cadáver de la víctima, circunstancia que he observado con frecuencia en bastantes criminales natos.»

Aun cuando las anteriores líneas dan á conocer demasiado la psicología de Gabriela Bompard, la ponen más de relieve las siguientes: «El brusco cambio sobrevenido en su conducta es fácilmente explicable: de cómplice se hizo acusadora. ¿Por qué? Es un rasgo, un hábito, que se reconoce en los cri-

minales asociados, el denunciarse, y después el ensayar atenuar su criminalidad, pretendiendo haber sufrido la dominación de sus cómplices, y además esta desgraciada, cual verdadera mujer que es determinada por los hábitos de los criminales, no podía sofocar en sí la vanidad del crimen, tenía necesidad de hablar, de expansionarse con un tercero, añadiendo á todo la comedia de la mujer virtuosa. Por otra parte, la fuente de todos sus pensamientos se encuentra en la herencia. En la línea paterna tenía un tío con extravagancias de carácter, y en la línea materna otro enajenado mentalmente. Según su padre, Gabriela padecía convulsiones durante su infancia, lo cual hacía sospechar una antigua meningitis infantil, diciéndose de ella que era viciosa, embustera, sin pensar más que en los hombres y en los adornos. Decía á su padre: «Prefiero mil veces ir á la galera que repasar una camisa». Esto dicho, se compagina muy bien con la pereza y el horror del criminal *nato* al trabajo. También manifestaba que no quería casarse porque no le habría bastado un solo hombre. Distinguía el bien del mal, pero no podía dominar sus malos impulsos».

III

Nada podemos ni debemos añadir á este estudio tan completo y tan bien meditado, hecho por el ilustre Lombroso, de la degenerada que con la impasibilidad que toca con la ferocidad propia de los por naturaleza predispuestos realizó uno de los crímenes que más resonancia tuvieron en el siglo último. El tipo del *delincuente nato*, con todos sus más salientes caracteres, con la precocidad, con el amor al vicio y al ocio, con la mentira, con la fría premeditación, con la impasibilidad después de haber cometido el asesinato, con la vanidad, etc., etc., aparecen claramente dibujados. Ante el retrato fisio-psíquico de la Gabriela, como ante los otros que hemos presentado, no cabe negar la efectividad de la existencia del delincuente *instintivo*. Al mismo efecto sirven también algunos de los observados por Alfredo Nicéforo y Escipión Sighele-

De entre los que ponen de manifiesto en *La mala vida en Roma*, escogemos como muestra los dos siguientes, en quienes falta el sentimiento de probidad únicamente:

«Juan M... y Francisco D..., de cincuenta y ocho años el primero y de sesenta y tres el segundo—escriben Nicéforo y Sighele,—amigos ambos desde los veinte años, ejercitaban en nuestra ciudad (Roma) una ingeniosa estafa. Presentábanse á personas de honradez dudosa y de fama equívoca, proponiéndoles la fabricación de moneda falsa, en la cual decían ser peritísimos, á muy poca costa, y acompañaban sus explicaciones con la presentación de estampillas, metales fundidos, etc. Si las personas á quienes se dirigían aceptaban, se hacían anticipar algún dinero y no volvían á dejarse ver; el estafado callaba por no comprometerse, pues se hallaba unido á la dolosa falsificación. Los estafadores iban á sacar dinero á otra parte por el mismo procedimiento.»

«Juan M..., como director—prosiguen,—era el encargado de trazar y desarrollar los planos. Francisco D... era el corre, ve y díle, llevaba cartas, ejecutaba comisiones y traducía en actos el pensamiento de su amigo. El primero había sido condenado á cinco años de reclusión por fabricar moneda falsa; fué detenido por estafas, acusado tres veces por tal delito y detenido nuevamente por expendedor de moneda falsa. Es indudable que ejercía gran influencia sobre su compañero, hasta el punto de valerse de él como ejecutor de negocios sucios, infiriéndose de ello, probada la complicidad de ambos durante más de trece años de vida equívoca, que Francisco D... representaba la mente directora, constituyendo los dos una verdadera pareja criminal en su compleja función de íncubo y súcubo.»

«¡Triste vida, exclaman los distinguidos sociólogos criminalistas, la que ambos compinches habían llevado con una completa desorganización del sentido moral, hasta el extremo de no sentir remordimiento alguno por los delitos que cometían!» Y como complemento de estas consideraciones, de las que se induce que, por sus caracteres y manera de ser, deben sin vacilación incluirse entre los malhechores objeto de este estudio, añaden: «Francisco no consideraba la falsificación

como hecho inmoral; para él era un medio de ganarse honradamente la vida, como cualquiera otro, teniendo, en cambio, á la estafa por medio reprobado de lucro. Juan M..., con sus cabellos y bigote enteramente blancos y con sus ojos y mirada penetrantes, ofrece á primera vista todos los caracteres del tipo estafador. Es femíneo, lleno de atención y cortesía, adulador, y sus frases están informadas por un servilismo continuo; su voz es suplicante y humilde; inclínase con gesto deprecativo, con una ligera oscilación; comunica á la frase extrañas inflexiones, que parecen implorar piedad; pero con todo esto, su falta de remordimiento es absoluta y la anestesia moral máxima: es el delincuente por instinto».

Estos dos tipos de *criminales natos* tienen su contraposición en uno del que ya nos hemos ocupado en otro estudio, diferencia que, lejos de ser un argumento en contra de nuestras ideas, viene á confirmarlas, pues depende de la naturaleza de los sentimientos ausentes y del mayor ó menor grado de la morbosidad moral. Nos referimos al cura Bourdes, que cometió diversos delitos y cayó en 1889 en poder de la justicia. Con razón ha sido Bourdes presentado por varios escritores como uno de los más característicos *delincuentes natos*. Efectivamente, en él se reconocieron desde los primeros años de la vida cualidades que ya denunciaban una naturaleza morbosa, cualidades que con el tiempo fueron desarrollándose y fortaleciéndose, llevándole al delito, pero no á una sola de las especies de éste, sino á varias de ellas. En él predominaba y, por lo tanto, se hacía más de notar, la falta del sentimiento de probidad, y de aquí sus repetidos atentados contra la propiedad. Ya en el Seminario de Périgueux, donde entró de muchacho, se dió á conocer por sus malas inclinaciones é instintos, siendo muchos los robos que cometió en él, por lo que fué expulsado. Habiéndose refugiado en un establecimiento de Bourg Saint-Andrée, no pudo conseguir, á causa de su inmoralidad, el que le ordenase el obispo. Pasó á Marsella, y, entre otras hazañas, robó á un predicador é intentó envenenar á un abate, que le perdonó. Nombrado Vicario en el año 1865, manifestó extraordinario celo en asistir á los moribundos, pero no por caridad, sino

para los más odiosos fines, pues aprovechándose de la tribulación y del aturdimiento de las familias, rara vez salía con las manos vacías. También se dedicó á la estafa, intentando, entre otras, una dirigida contra la casa Roguet, de París, cuyo hecho le puso en manos de la justicia, consiguiendo burlar la vigilancia de la policía; pero á poco fué capturado en un convento. Ascendiendo en la escala de la criminalidad y poniendo en descubierta su falta del sentimiento de *piEDAD*, que ya había indicado con la tentativa de envenenamiento, llegó al asesinato, cometiendo el horrible del cura de Saint-Ciry, siendo declarado loco y encerrado en el manicomio de Montpellier, del que se fugó á los nueve años. Detenido de nuevo, fueron varios los tribunales que le reclamaron por distintos delitos contra el pudor, violaciones y falsedades.

De estas breves indicaciones de su vida, y atendiendo á los datos de las modernas escuelas criminológico-positivistas, se desprende que el presbítero Bourdes no era un loco, sino un verdadero *criminal nato*, pues sus delitos respondieron siempre á un motivo, ó cuando menos era, bajo el punto de vista más favorable, un degenerado afecto de la llamada locura moral. En él obró, mucho menos que en otros, el medio ambiente: el factor antropológico fué el que descolló.

IV

Pondremos ya término á este trabajo, al que hemos dado mayor extensión de la que nos habíamos propuesto; pero antes diremos algo respecto á un malhechor de nuestro país, que únicamente entre los *natos* ó *instintivos* puede incluirse, y del que se ocupó D. Pedro Armengol y Cornet, tan conocido por sus obras jurídicas, en su estimable libro sobre la *Reincidencia*.

«En mi ejercicio de la abogacía—dice el Sr. Armengol—fuí defensor de una desgraciada madre de familia acusada de complicidad en la fabricación de moneda falsa: abandonados sus hijos al cuidado de algunos amigos, el mayor de ellos,

de doce años entonces, fué procesado por hurto de unos pañuelos y fué absuelto de la instancia: pasé entonces á desempeñar el cargo de Relator, y en los doce años que le ejerzo, sólo en mi relatoría he despachado siete causas distintas contra el mismo joven, por hurtos unas, por robos otras, y apenas ha extinguido una condena, vuelve á reincidir.»

Aun cuando no sea la opinión del Sr. Armengol, que tanto se inspiró en las teorías *correccionalistas* á la sazón dominantes, y mucho menos de la casi totalidad de los funcionarios de la vetusta justicia histórica, que *misoneistas* no han traspasado las fronteras del desautorizado *clasicismo*, creemos que el factor *antropológico* ó individual, auxiliado por el *medio ambiente*, determinó la formación del joven malhechor, induciéndose así de los hechos de haber cometido su primer delito cuando apenas tenía doce años de edad, y de haber realizado no pocos hurtos y robos antes de salir de la juventud. El delito y la subsiguiente prisión de su madre fueron la ocasión para exteriorizarse su morbosidad moral, exacerbada después por las cárceles, focos de corrupción los más dañosos, y por la atmósfera que tuvo que respirar.

Tal fué su génesis y tal lo es también la de la generalidad de los verdaderos criminales, de aquellos á quienes únicamente la ocasión (*criminaloides*), ó la pasión exaltada (*pasionales*), ó la perturbación mental (*locos*), no determinan y hacen obrar en el sentido en que lo realizan.

Como á ninguna de estas tres últimas especies pueden referirse, y como en su naturaleza viciada ó anormal está la causa efectiva de su criminalidad, no ha habido error al considerarles cual *criminales natos, instintivos é incorregibles*. No pueden confundirse con los demás malhechores, pues sus caracteres psíquicos, y muy comúnmente los orgánicos, les distancian de un modo clarísimo. Esto es lo que resulta de todo lo que hemos expuesto, y muy particularmente de los casos referidos y de los retratos que hemos procurado bosquejar. El proceso de su formación es casi idéntico, ya que no igual; sus caracteres fisio-psíquicos, muy parecidos, variando tan sólo según que se acentúan más ó menos algunas de las anormalidades indicadas, ó faltan por completo, ó

tan sólo uno de ellos, los sentimientos fundamentales de probidad y de piedad; y el desarrollo de la criminalidad proveniente de tales anormalidades, deficiencias y caracteres depende en alto grado de las influencias externas. Negar la existencia del *criminal instintivo* es negar la realidad. Con todo fundamento han dicho los sociólogos criminalistas de la escuela positiva, en especial los de la italiana, y confirmado muy distinguidos jefes de las prisiones y funcionarios de la policía, que son fácilmente distinguibles los unos de los otros, los delincuentes de ocasión, los locos, los meramente por hábito adquirido y los instintivos.

El tipo principal de estos últimos, el que forma el núcleo más numeroso, el que se diseña con más pronunciados rasgos, lo es indudablemente el *ladrón profesional*, que, casi sin excepción, manifiesta prematuramente sus inclinaciones, cuando todavía no tiene verdadera conciencia de sus actos. ¿Á qué es debido? Antes decía el pueblo en uno de sus adagios: «el ladrón se hace»; ahora dice la ciencia: «el ladrón nace, y el medio ambiente, el ejemplo, la educación, la miseria, etc., continúan y desarrollan la obra de la naturaleza». Lo que se aplica al ladrón profesional en particular, es aplicable al malhechor nato en general. No delinque en virtud de una volición libre y consciente, no es un ser normal: delinque por una especie de fatalidad, por causas á las que no pudo sustraerse, por influjos que no le es dado contrarrestar; es anormal, y sus anormalidades determinan la índole y el alcance de sus actos. De aquí su precocidad en el vicio y en los delitos, la persistencia en éstos, la habitualidad en sus comisiones, la frialdad con que realiza los mayores crímenes, la satisfacción que le produce la celebridad con ellos alcanzada, su incorregibilidad y los demás caracteres de que nos hemos hecho cargo.

Ejército tan temible cuanto numeroso el de los criminales natos, bien merece que se le preste la mayor atención y que las personas competentes le dediquen sus conocimientos y su inteligencia. Así como las enfermedades físicas no pueden combatirse con éxito sin estudiar y observar mucho á los enfermos, no pueden serlo tampoco las morales sin conocer

Íntimamente á los á ellas afectos. La criminalidad es una gravísima dolencia social que, lejos de disminuir, crece. Este desarrollo en muchos es debido á que, cegados por el *apriorismo clásico*, los legisladores no han considerado lo bastante al sujeto del delito, al delincuente, y por lo tanto no han aplicado eficaz remedio. Las cárceles, los presidios y las demás penas en uso son impotentes contra cierta clase de criminales, y muy principalmente contra el *nato*. Conocida su naturaleza y precisados sus caracteres, de tales conocimientos y precisión surgirá una nueva *higiene social*, y con ella se conseguirán más favorables resultados. En tal convencimiento, siguiendo las nuevas corrientes de la ciencia criminológica y reconociendo nuestra poca competencia, venimos realizando algunos estudios referentes á los criminales. De ellos forma parte el actual.

MANUEL GIL MAESTRE.

HORACIANISMO

Notas bibliográficas.—Siglos XV, XVI y XVII.

Según hemos tenido ocasión de observar anteriormente, pocas producciones del espíritu humano han logrado la transcendencia en el espacio y en el tiempo que las poesías de Horacio. Y como quiera que la bibliografía, poderosísimo auxiliar de las letras, es la ciencia que mejor pone de manifiesto y con más adecuación dicha transcendencia, vamos á hacer un ligerísimo catálogo, notas más bien, de las ediciones más notables de la obra inmortal que llevó á cabo el perínclito ingenio de la Pulla, y hallamos tan oportunas las presentes notas, cuanto que algunos preceptistas *muy caracterizados*, enumerando las ediciones de las referidas poesías, principian por mencionar *verbigratia* la de Leyden de 1629, y citan después solamente la de Dacier de 1709, la de Campenón de 1821 y muy pocas más; siendo así, como se verá en seguida, que asusta verdaderamente el colosal movimiento que para la literatura y la bibliografía han ofrecido aquellos imperecederos versos. He aquí ahora, por orden cronológico, expuestas algunas de las más notables ediciones que pueden servir de estudio y cotejo á los amantes de la obra venusina:

1471?—OPERA ABSQUE NOTA. Edición incunable (1), sin fecha, considerada por la generalidad de los horacianistas como la primera del inmortal poeta. No tiene consignados lugar de

(1) Conócese por los horacianistas más de veinte interesantes ediciones *incunables*, llamando así (según el criterio bibliográfico y la Academia Española) á los libros anteriores á 1501. — Háblase de dos ediciones de 1470, las cuales no se ha podido llegar á analizar, y mucho menos se ha verificado esta fecha.—El gran Diccionario de Graesse, el *Trésor*, no registra ninguna edición de Horacio con la fecha de 1471.

la impresión ni escudo de impresor. Aunque con signo dubitativo, nosotros hemos sospechado que esta edición podrá ser de 1471, porque aquel maestro tipógrafo debió expedir desde sus prensas otros muchos libros con los mismos tipos que el de que se trata, en uno de los cuales, que posee la Biblioteca Imperial de París, la epístola de San Basilio *De officiis vitae solitariae*, hay una inscripción en cuatro versos, seguida de la fecha M.CCCC.LXXI. Esta preciosísima edición in-4 comprende 157 ff., letra redonda, grosera, sin foliación, signaturas, reclamos ni *iniciales*, y ha logrado venderse en los mercados extranjeros hasta en 41 libras esterlinas. Por último, ésta que también debe llamarse edición príncipe (1), no obstante ser poco correcta, ha suministrado á Gesner algunas curiosas observaciones que se hallan en el *Horacio* publicado por dicho escritor en 1752.

1471?—Existe otra antigua edición de Horacio in-4 m., igualmente que la anterior, sin lugar, fecha ni nombre de impresor, y sin foliación, reclamo ni signatura, en bellos caracteres redondos. No tiene epígrafe ó título y comienza por un sumario. Se ha cotizado también entre horacianistas y bibliófilos á buen precio, alcanzando hasta 37 libras esterlinas.

1471.—HORATII OPUSCULA. (*Romae, Joh.—Philipp. de Lignamine, 1471.*) In-fol. Notabilísima por haber salido de las prensas del ilustrado cronista, biógrafo y á la vez impresor Lignamine, quien inserta al frente de esta preciosa edición una carta intitulada *Pongie lingua*. Describe esta edición M.

(1) Según la bibliografía más admitida y la 12.^a edición del Diccionario de la Real Academia Española, recibe el nombre de *príncipe* aquella edición primera de un libro, del cual se han hecho otras muchas ediciones.

El insigne gramático, polígrafo y autor del *Dictionnaire du XIX siècle*, Pedro Larousse, dice en este libro que hay una edición de las obras de Horacio de 1473, in-4, mirada según dicho enciclopedista como edición *príncipe*, la cual no puede considerarse así, puesto que ya hemos reseñado otra que merece aquel honor. Por otra parte, el eminente bibliógrafo Brunet, en su magnífico *Manuel du Libraire*, reseñando las ediciones de Horacio, pasa del año 1471 al 1474, y por consiguiente no menciona ni poco ni mucho la edición á que alude Larousse.

Fea en los preliminares del *Horacio* publicado por aquél en Roma, 1811.

1474.—OPERA. (*Neapolis, Arnoldus de Bruxella, 1474, die xv nov.*) In-4. De esta edición sólo se conoce un ejemplar en la biblioteca de lord Spencer. Consta de 168 hojas y carece de foliación, reclamos y signaturas. La edición de Nápoles se formó con la edición príncipe, antes citada, y de ésta tomó las lecciones viciosas; pero el editor tuvo á la vista varios manuscritos que le proporcionaron buenas variantes.

1474.—HOKATHI OPERA. (*Mediolani, Ant. Zarotus, 1474.*) In-4 m. Edición rara, si bien no tanto como las anteriores. En los mercados franceses ha alcanzado algún bello ejemplar el precio de 900 francos. El Comentario de Acrón (1) sobre Horacio (*Acronis Commentaria, 1.^a edic.*), también de las prensas de Zarot, puede considerarse como la continuación de la presente edición, y asimismo la *Scholia horatiana que (sic) feruntur Acronis, etc. Praga, 1858, 3 vol. 8.^o*

1474.—EPISTOLAE ET ODAE. (*Ferrariae, Augustinus Carnerius, 1474.*) In-4. También rarísima edición, de la que se sabe existe un solo ejemplar en la ya mencionada biblioteca de lord Spencer. Carece de foliación, reclamos y signaturas.

1476.—OPERA. (*Impressum est opa. et impensis Philippi de Lanagnia civis mediolanensis. Anno... mccccxvj. die. xvi Februarii. Amen.*). In-fol. Rara igualmente y muy buscada por los colectores.

1477.—OPERA. (*Mediolani, Phil. de Lavagnia, 3 id. maii.*) In fol. Esta edición, aunque apreciada por su antigua fecha, ofrece lección tan deficiente que en ella se echan de menos versos enteros.

1477.—OPERA. (*Tarvisii, per Hermmanum Levilapidem.*) In fol. No se ha puesto bien en claro por los bibliógrafos si esta edición es la misma ó se confunde con esta otra:

(1) Helenio Acrón, escoliasta latino, que floreció hacia fines del siglo IV de nuestra Era. Su celeberrimo libro *Commentaria*, ya mencionado, se ha reproducido en multitud de ediciones de Horacio y ha dado gran luz á los humanistas, filólogos y traductores modernos. Acrón también escribió magníficos Comentarios de Terencio, Persio y otros poetas de la latinidad.

1478.—*OPERA...* (*Absque nota.*) In-fol. Caracteres romanos; sin foliación ni reclamo, pero con un índice. Le precede una curiosa carta de Strazzaloris, defendiendo á Horacio contra los detractores de éste en la Edad Media.

1478.—*OPERA.* (*Venetiis, per Philippus Condam Petri... 18 sept.*) In fol. Es una reimpresión del artículo anterior, con análogas cualidades y las mismas faltas Signatura: a-p.

1479.—*ODAE ET ARS POETICA, cum explanationibus Acronis et Porphyriionis (1) absque nota.* In-fol. De dudosa fecha, sin foliación, reclamos ni signaturas. Algunos bibliófilos creen que esta edición es anterior á la milanese de Zarot de 1474, ya reseñada. Hay al principio cinco folios que contienen una carta de Aloinsis Toscanus á Helius Partenopeius, otra dirigida por éste á aquél y dos biografías de Horacio; la primera oda comienza por consiguiente en el folio 6.º

1479?—*HORATHI ODAE ET ARS POETICA, cum comment. Acronis et Porphyriionis, absque nota.* In-4 m. Antigua edición, de fecha incierta, en caracteres romanos, sin foliación, reclamo ni signatura. Comienza también por dos biografías del inmortal poeta latino. No hay datos para afirmar que esta edición sea diferente de la anterior; y tal vez sea un ejemplar incompleto de aquélla.

1480.—*INCIPIUNT EPISTOLE (sic).*—Colofón: *Finis. Impressum Cadomi per Magistros Jacobum durandas et Egidium qui ione Anno domini Millesimo quadringentesimo... etc.* In-8 m. Volumen pequeño, rarísimo, el primero y el único libro impreso en Caen (capital de la Baja Normandía, Francia) en el siglo XV. Signatura: a-e.

1481.—*OPERA OMNIA, cum comment. Porphyriionis et Acronis.* In-fol. Precédele una carta de Regius á Alvisius Morocenus, fechada en Padua á mediados de Agosto (*idibus*) de 1481. Aunque media esta circunstancia, es probable que el libro en

(1) Fué éste un filósofo neoplatónico, cuyo verdadero nombre era *Malk*, que en siriaco significa *rey*, y que se ha grecificado por *porphyrius*, esto es, purpuratus. Nació en 233 de J. C. en Tiro (colonia fenicia en Siria), estudió en Atenas con Longino y en Roma con Plotino, de quien fué discípulo predilecto. Murió en Roma el año 304. Fué escritor polígrafo y un gran escoliasta de Horacio.

cuestión se imprimiera en Venecia. La 2.^a parte de las dos en que está dividida esta edición contiene también otra carta de Luis de Trazarolis á Angel Phascolus.

1482.—CHRISTOPHORI LANDINI (1) *florent in Q. Horatii opera omnia interpretationes.*—*Impressum per Antonium Miscominum, Florentiae, 1482.* In-fol. Primera edición de Horacio con este comentario, bella y muy estimada, pero no de gran rareza. Está, sin embargo, avalorada por seis fojas preliminares que comprenden, además del prólogo de Landino, una oda de Policiano (2) á Horacio. El tal comentario ha sido objeto de reiteradas reimpresiones (en 1483, 1486, 1490, 1491), todas ellas venecianas, y á pesar de ser bellísima alguna de ellas, gozan de escasa demanda en el mercado bibliográfico.

1486.—OPERA, *cum comment. Acronis et Porphyronis.*—*Mediolani, Ant. Zarotus, 5 id. Mart.; 1486.* In-fol. El texto es poco más ó menos (quizá algo más correcto) que el de las repetidas ediciones venecianas.

1490.—OPERA, *cum comment. Acronis, Porphyronis et Sandini.*—*Venetiis, G. Arivabenus, pridie non. Febr., 1490.* In-fol. Reimpresión con algunas diferencias en Venecia (1492, 1495, 1498, 1499); todas estas ediciones no han logrado alcanzar más que una mediana estimación.

1498.—LIBRI IV CARMINUM. *Lipsiae, Tanner.*—CARMEN EPODON. *Ibid., id.*—CARMEN SAECULARE. *Ibid., id.*—EPISTOLARUM LIBER. *Ibid., id.*—SERMONUM S. *Satyrar opus. Ibid., id. (Absque anno)* En conjunto, 5 partes, en 1 vol. in-4. J. Honorius

(1) Bouillet y otros biógrafos omiten el nombre y vida de Cristóbal Landino, escritor italiano del siglo XV, humanista distinguido y autor de varias obras, entre ellas de *Quaestionum camaldulesium libri IV, Formulario de epistole vulgare, Lo stesso*, etc., y el comentario de Horacio de que aquí se trata.

(2) Angel Policiano nació en 1454 en Monte-Pulciano, de donde tomó su nombre, y murió en 1494. Fué profesor de literatura griega y latina en Florencia y obtuvo el favor de los Médicis. Dejó elegantes poesías latinas, fué escritor polígrafo y muy fecundo y contribuyó mucho á extender el conocimiento de las literaturas clásicas y el buen gusto de la antigüedad.

Crispus Cubitensis ha sido el editor de este libro poco común y conocido.

1498.—HORATIJ FLACCI (sic) VENUSSINI POETE (sic) LIRICI OPERA... *Elaboratum impressumque est Hoc... opus... in... urbe Argentina, opera & impensis Johannis Reinhardi cognomento Gurninger... quarto idus Marcij (sic) absolutum vero Anno domini M. ccc. xcviii.* In-fol Esta edición, publicada por Jacobo Locher, puede considerarse en el rango de las ediciones *principes*, no habiendo podido ser hecha á presencia de los textos impresos, sino de manuscritos encontrados en Alemania. Está ilustrada con grabados en madera, representando los asuntos de las poesías de Horacio. El más notable de todos los grabados está en el segundo folio: representa las nueve Musas, entre las cuales Caliope sentada en un trono corona á Horacio. Es muy raro encontrar un ejemplar bien conservado de esta edición (1).

1501.—HORATIUS. *Venetiis, apud Aldum Romanum..* In-8. Edición preciosa y casi tan rara como la de Virgilio de igual fecha. Un bello ejemplar de grandes márgenes y con las iniciales pintadas se ha vendido en mil francos. Hoy día, si se encontrara alguno en los mercados, subiría su valor hasta dos mil francos. Esta primera edición *aldina* ha sido falsificada en Lyon, sin fecha y con caracteres casi semejantes á los de Aldo. La falsificación, no obstante, ha resultado también rara y de precio.

1502. - HORATIUS ITA ENMENDATUS, UT EJUS INTERPRETES NON MULTUM DESIDERES LECTOR CANDIDISSIME. *Mediolani, apud Alexandrum Minutianum...* Bella edición, cuyos ejemplares son raros. Los bibliógrafos citan otra edición del mismo tipógrafo y de fecha 1501.

1503.—HORATIUS... *Florentiae impensa Philippi (Juntae)* In-8. Edición no menos rara que la precedente de Aldo, cuyo texto reproduce con pequeñas variantes. El prólogo aparece bajo el nombre de Benedictus Philologus.

(1) Esta edición, así como las anteriormente citadas de Venecia, 1478, son las de que hace mérito especial D. Javier de Burgos en el eruditísimo prólogo de su magistral traducción y comentario, titulado *Las poesías de Horacio*, Madrid, 1820, 4 vol. en 4.º

1503.—OPERA, *cum notis Mancinelli et Jodoci Badii* (1) *explanatione*. París, 1503, 2 tom. en 1 vol. 4.º m. Texto de la edición veneciana de 1492, pero con algunas nuevas lecciones, muy útiles para los horacianistas.

El Horacio con el comentario de Badius Ascensius (véase la nota al pie) ha sido reimpresso en París, 1511, in-fol. *Idem idem* en 1516, in-fol. Aún hay una cuarta edición Ascensius, *idem idem* en 1519, *cum quatuor commentariis Acronis, Porphyronis, Mancinelli et Ascensii, cumque annot. Math. Bonfinis* (2) *et Aldii Manutii* (3) *a Philologo recognitis*.

1509.—HORATII POEMATA... *Venetiis, apud Aldum*... In-8. Esta edición no es menos rara que la de 1501; es algo más correcta y está aumentada con un tratado *De metrorum generibus* y con algunas notas. Hay una copia de la precedente edición hecha en Londres (*Lugduni*) en 1511, in-8; está editada por Simón Charpentier y el título de la obra lleva una flor de lis roja.

1514.—HORATIUS. *Florentiæ, impensis Phil. Juntae*... (4).

(1) Los Badius fueron célebres impresores del siglo XVI. Uno de ellos nació en Assche, cerca de Bruselas, de donde tomó el nombre de *Ascensius*; fundó en París una imprenta de donde salió gran número de ediciones estimadas; tuvo por yerno á Roberto Etiennes. Conrado, hijo del Badius anterior, se asoció á su cuñado Roberto Etienne é hizo con éste gran número de publicaciones importantes.

(2) Los nombres de Bonfin é igualmente Mancinelli están omitidos en los diccionarios biográficos que tenemos á la vista.

(3) Los Manutios, familia de impresores italianos, que se designa también bajo el nombre de *Aldos*, tuvo por jefe á Aldo Manutio, llamado el *Viejo*, quien nació en 1447 en el Estado Romano y murió en Venecia en 1515. Después de haber hecho un profundo estudio de las literaturas clásicas, fundó en Venecia una imprenta destinada á reproducir los modelos de la antigüedad. Sus ediciones tienen la autoridad de los manuscritos.

Su hijo Pablo y su nieto Aldo, llamado el *Joven*, sostuvieron á la mayor altura aquel taller tipográfico, del cual se ha publicado los *Annales* debidos á la pluma de Mr. Renouard.

(4) Los Junta, en italiano *Giunta*, familia célebre de impresores, establecidos en Florencia y en Venecia á mitad del siglo XV. Felipe Junta obtuvo del Papa León X el privilegio por diez años de imprimir los autores griegos y latinos.

In-8. Edición poco común. Los herederos del famoso tipógrafo reimprimieron dicha edición en 1519, in-8.

1515.—Q. HORATII FLACCI, EPODON LIBER, EJUSDEM DE ARTE POÉTICA, ITEM EPISTOLARUM LIBRI DUO: *in faonte denique Horatii vita per Petrum Crinitum Florent. Argentorati, ex aedibus Matthiae Schurerii...* In-4. El mismo Schurer había publicado ya en Strasburgo (*Argentoratum*): *Sermonum sen Satyrarum libri II*, 1514, in-4; cuyos tres volúmenes reunidos completan una edición de las obras de Horacio, que es muy rara y tiene bastante mérito. En 1516, 1517 y 1520 han sufrido aquellas partes algunas reimpresiones.

1518.—Q. HORATII FLACII POEMATA... *Adnotationes aliquot Mattiae Bonfinis, etc Excusa Lugduni sumptibus Bartholomei trot.* In-16 m. Rara y muy solicitada.

1519.—HORATII POEMATA OMNIA; CENTIMETRUM MARIII SERVII; ANNOTATIONES ALDI MANUTII, *etc. Venetiis in aed. Aldi et Andreae soceri...* In-8. Edición más correcta que las de 1501 y 1509, en la cual faltan, sin embargo, los dos primeros versos de la oda 6.^a del libro segundo. Los ejemplares están abundantes.

1521.—HORATII POEMATA. *Venetiis, Alexander Pagaminus.* In-24. Edición rara y notable por la exigüidad y bizarría de los caracteres.

1523.—POEMATA OMNIA, STUDIO AC DILIGENTIA H. GLAREANI (1) RECOGNITA EJUSDEM ANNOTATIONIBUS ILLUSTRATA. *Friburgi-Briogviae.* In-8. Texto de la edición aldina de 1519, con algunas correcciones arbitrarias. Es de poca estima entre los *amateurs*.

1527.—Q. H. FL. POEMATA OMNIA, *etc. Venetiis, in aedibus Aldi...* In-8. Copia textual de la edición de 1519 y con la misma omisión.

1528.—HORATII OPERA, ACCEDIT NIC. PEROTTI (2) LIBELLUS

(1) Enrique Loriti, llamado el *Glareano*, por ser natural de Glaris, cantón de Suiza. Nació en 1488 y murió en 1563. Fué uno de los propagadores de la ciencia en el siglo XVI. Dejó comentarios sobre casi todos los poetas é historiadores de la antigüedad, principalmente sobre Horacio. Tuvo amistad íntima con Erasmo.

(2) Nicolás Perotti, Arzobispo de Siponto en 1458. Dejó, entre

DE METRIS ODARUM HORATIANARUM. *Paris. Sim. Colineus.* In-8. Texto de Aldo, edición correcta bastante bella y que ya se ha hecho rara. Reimpresiones en la oficina del mismo Colines, de 1531, 1533, 1539 y 1543, unas in-8, otras in-16.

1543.—OPERA CUM QUATUOR COMMENTARIIS, ACRONIS, PORPHYRIONIS ET MANCINELLI, JOD. BADI... *Parisis, Jo. Foucher.* In-fol. Edición poco buscada: precio bajo.

1544.—OMNIA POEMATA. *Cum ratione carminum et argumentis ubique insertis, interpretibus Acrone, Porphyrione, Jano Parrhasio (1), Ant. Mancinello, nec non Jod. Badio Ascensio, scholiisque Erasmi (2), Politiani, Sabellici (3), etc. Praeterea annotatt. Ant. Tylesii, Fr. Robortelli (4) atque H. Claveani: Nic. Perotti libellus de metris odarum. Venetiis, Hier. Scotus.* In-fol. Edición muy interesante para los horacianistas, por los muchos y nuevos comentarios que la acompañan. Se reimprimió en Venecia en 1553, 1559, 1562 y 1567.

1544.—POEMATA. (*Ratio mensuum, quibus odae ejusdem poetae tenentur: Centimetrum Marii Servii; variae lectiones*

otras muchas obras, *Comentarios sobre Plinio el naturalista, Notas sobre Marcial*, etc. Se encontraron entre sus comentarios algunas de las fábulas de Fedro, y se ha tratado de hacerle pasar por el verdadero autor de todas las fábulas atribuidas al liberto de Augusto.

(1) Aulo Jano Parrhasio, cuyo verdadero nombre es Juan Parrasio, filólogo, nacido en Cosenza, 1470, murió en 1533. Fué profesor de humanidades en Milán, Roma, etc. Enrique Etienne publicó sus obras (París, 1567), en las que se hallan notas sobre Plauto, Cicerón, Claudio, etc.

(2) Desiderio Erasmo: nació en Rotterdam, 1467. Fué preceptor de un hijo de Jacobo IV, Rey de Escocia; después fué en unión de Tomás Moro muy querido de Enrique VIII. Enseñó el griego en Oxford y Cambridge. Recibió muchos honores del Rey de Francia Francisco I y del de España Carlos V. Fué el hombre más sabio de su siglo y sostuvo una correspondencia con Lutero.

(3) M. Ant. Sabellici nació en Roma en 1436, y fué profesor de Retórica en Venecia.

(4) Fr. Robortello, filólogo, nació en Udina, 1516; murió en 1567. Estudió las bellas letras en la Universidad de Padua. Además de buenas ediciones de los clásicos griegos, se le deben obras históricas de la antigua Roma, etc.

ex vetustiss. cod. Parisiis, Rob. Stephanus... (1). In-8. Este mismo celeberrimo tipógrafo dió otra edición horaciana ilustrada con escolios y argumentos del mismo Etienne en 1549.

1545. — POEMATA. París. Mich. Vascosan (2). Cinco partes en 1 vol. In-4.

1555. — OPERA. *Cum commentariis Acronis et Porphyrii, admixtis C. Aemilii, Julii Modesti et Terentii Scauri annotatiunculis*; edita per Georg. Fabricium. Basileae, Henr. Petrus ... In-fol. Aun cuando ha permanecido mucho tiempo sin valor en el mercado, esta edición, á causa de los numerosos y eruditos comentarios de que está enriquecida, merece ciertamente mencionarse, como las de 1570 y 1580, in fol., producidas por las mismas prensas y que no encierran menos de cuarenta comentadores, tanto antiguos como modernos.

1555. — HORATIUS. *M. Antonii Mureti* (3) *in eundem annotationes...* etc. *Venetiis, apud Aldum Manutium*. In-8. Nueva edición comentada por Muret, según un antiguo manuscrito. La imprenta aldina la reprodujo en 1599, 1561 y 1564.

1561. — Q. HORATIUS FLACCUS. *Ex fide atque auctoritate decem librorum manuscriptorum, opera Dionysii Lambini*(4) *emendatus...*, etc. *Lugduni, Joan. Tornesius*. In-4. Primera

(1) Roberto Etienne (Stephanus) nació en París en 1503; murió en 1559. Fué á la vez el más hábil impresor y uno de los hombres más sabios de su tiempo. Estuvo protegido por Francisco I y abrazó el calvinismo. Escribió entre otras obras: *Thesaurus linguae latinae*; *Dictionary latino-gallicum*, etc.

(2) Miguel Vascosan, célebre impresor, nació hacia 1500, en Amiens; establecióse en París y casó con una cuñada de Roberto Etienne. Fué uno de los primeros que volvieron á poner en boga el carácter gótico. Publicó estimadísimas ediciones de los clásicos griegos y latinos.

(3) Francisco Antonio Muret, sabio literato, nació en Muret, cerca de Limoges, en 1526. Fué profesor de literatura, de derecho y de teología. Entre otras obras, escribió una colección titulada *Variae lectiones*, que ha contribuído mucho á depurar los textos de los clásicos. Fué amigo de Escalígero, Lambin y Turnedo.

(4) Dionisio Lambin, sabio comentarista francés, nació en 1516 y fué profesor de lengua griega. Escribió comentarios sobre Cicerón, Lucrecio, Plauto y Horacio. Su estilo es proverbial en Francia por la lentitud, y por ello existe la voz *lambiner* en los diccionarios franceses.

edición de este famoso comentario, la cual es desconocida de muchos biógrafos del comentarista francés.

1566. — Q. HORATIUS. *Ex fide atque auctoritate decem librorum mss., opera Dion. Lambini emendatus... His adjecimus Jo.—Mich. Bruti in IV libros carminum atque in librum epodon explicationes. Venetiis, apud Paul. Manutium.* In-4. Edición muy buscada. Tanto de ésta como de la anteriormente reseñada se han hecho innumerables reimpresiones; la última de ellas en Coblentz, 1829, in-8.

1566. — HORATIUS FLACCUS. *Antuerpiae, ex off. Plantiniana* (1). In-16. Los rarísimos ejemplares de esta edición los ha visto Mr. Deschamps, encuadernados lujosamente al uso antiguo, y han logrado gran precio. Mr. Brunet no cita esta edición.

1566. — HORATIUS, *ad Mureti, Lambini, aliorumque edit. collatus, etc., ad Theod. Pulmanno. Antuerpiae, ex offic. Chr. Plantini...* In-12. Esta edición es menos completa que la que dió la famosa imprenta holandesa más tarde en 1577.

1576. — POEMATA *omnia, cum indice Th. Treteri. Antuerpiae, Plantinus.* In-8. Edición muy solicitada á causa del Índice.

1577. — POEMATA, *novis scholiis et argumentis ab H. Stephano illustrata; ejusdem H. Stephani diatribæ de hac sua editione... etc. Apud. H. Stephanum.* In-8. Ésta es una nueva revisión con la comprobación del manuscrito hecha con una sabia crítica. Hay una segunda edición de 1588 y otra reimpresión de 1600.

1585. — J. CERUTII, *in Horatii carmina, epodos, satiras atque epistolas paraphrasis (cum textu). Veronae, H. Discipulus...* In-4.

1585. — QVINCTI (sic) HORATII POEMATA OMNIA. *Quibus adiunximus I. Juvenalis et A. Persij opera... etc., Londini...* In-16.

(1) Así llamada de Cristóbal Plantin, célebre impresor, nacido en Tours, 1514. Se estableció en Amberes é imprimió grandes progresos en el arte de la tipografía. Nuestro Felipe II le nombró su primer impresor de cámara y le encargó una reimpresión de la *Biblia Políglota* de Alcalá, cuya obra fué el modelo de dicha oficina tipográfica.

1599.—OBRAS DE HORACIO, *con la declaración magistral en lengua castellana, por Villén de Biedma* (1). Granada, Mena. In-4 m. Edición rara, pero poco preciosa.

1608.—HORATHI, *opera cum erudito Laevini Torrentini commentario nunc primum edito... etc., Autuerpiae, ex offic. plantiniana. Moreti.* In-4. Edición muy estimada á causa del comentario.

1608.—HORATHI, *opera cum notii Dan. Hensii* (2). *Ex officina plantiniana.* In-8.

1611.—HORATIUS, *cum commentariis et enarrationibus commentatoris veteris et Jac. Cruquii: accedit Jani Donsae commentariolus... etc. Ex officina plantiniana, etc.* Á pesar del mérito que los horacianistas reconocen en el comentario de Cruquio, esta edición (que es copia exacta de la de Leyden, 1597), merece poca estima en general.

1613.—OPERA, *cum notis Jani Rutgersii* (3). *Parisiis Rob. Estephanus.* In-12. Bastante buena edición, hecha según el texto de Heinsio; los ejemplares, algún tanto raros.

(1) Este caballero, único español que aparece en estos fastos bibliográficos, debió ser muy conocido en su casa á las horas de comer, más que á las de *traducir y comentar* al Venusino, porque los diccionarios biográficos callan dicho nombre y Ticknor no lo incluye entre los horacianistas. En cambio D. Javier de Burgos, en el prólogo de *Las poesías de Horacio* dice: «La obra de Villén de Biedma (impresa en Granada en 1599) es obra de un *pedante*, en la cual, agregando las faltas contra la sintaxis castellana á las cometidas en la inteligencia del texto, se pueden contar por un cálculo moderadísimo *seis errores por página*. Y tal es, sin embargo, el libro que con más frecuencia consultan aún hoy (1820) los profesores encargados de enseñar la lengua de Horacio, que por lo común carecen de medios y de oportunidad para adquirir las obras de los comentadores ó las traducciones *extranjeras* y de tiempo y de estímulo para consultarlas».

(2) Daniel Heinsio, filólogo holandés, nació en Gante en 1580, fué discípulo de Escalígero, profesor de historia en Leyden y después bibliotecario en la misma ciudad. Era un ardiente calvinista. Escribió una multitud de comentarios á los clásicos griegos y latinos. Escribió también versos latinos, entre los que merece citarse el poema *De contemptu mortis*. Sostuvo vivísimas controversias con Balzac.

(3) Juan Rutgers nació en Dordrecht, 1589; era tío de Heinsio y discípulo de Vossio. Se le deben notas sobre muchos clásicos latinos *Variarum lectionum liber; Poemata; etc.*

1625. — HORATHI poemata cum scholiis edidit Joannes Bond (1). Parisiis, Seb. Chappelet... In-12. Esta edición es hoy de escasa importancia. La primera edición comentada por Juan Bond apareció en Londres, 1608, in-8, y aunque este trabajo no es de los más notables, se ha reimpresso muchas veces para uso de los escolares.

1626. — HORATHI FLACCII sapientia... in usum scholarum editae. Lugd. Batavorum. ex offic. Bonaventurae et Abrahami Elzeviriorum (2). In-8. Edición preciosa y rara en caracteres itálicos.

1627. — OPERA OMNIA, cum novis argumentis Sedani, ex Typograph. et tipis novissimis Joan. Fannoni... In-32. (Contiene una vida de Horacio.) Es una linda edición con caracteres muy menudos.

1629. — Q. HORATIUS FLACCUS. *Accedunt nunc D. Heinsii de satyra horaciana libri duo... etc.* Lugd.-Batavorum ex officina elzeviriana. In-16. Edición elegante y apreciada, que no se encuentra fácilmente completa y bien conservada.

1642. — HORATHI opera. Paris. Ayp. reg. In-fol. Edición de las que logran menos precio.

1670. — HORATIUS FLACCUS, cum commentariis... Joan. Bond; acur. Corn. Schrevelio (3). Lugd. Batav., ex offic. hacciana. In-8. Esta edición en letra itálica forma parte de la

(1) Juan Bond, filósofo inglés, nació en 1550; ejerció también la medicina, además del profesorado. Se le debe un comentario sobre Horacio y otro acerca de Persio.

(2) Familia célebre de libreros é impresores holandeses que floreció en los siglos XVI y XVII; los más conocidos son Buenaventura Elzeviro, impresor en Leyden, y Abraham, su hermano y consocio, á quienes se les debe los modelos de tipografía que han inmortalizado aquel apellido. Sus ediciones, casi todas en pequeño tamaño, son notables por la belleza y la nitidez de los caracteres. El último impresor de esta familia fué Daniel, hijo de Buenaventura, y cuya oficina estuvo en Amsterdam.

(3) Cornelio Schrevelio, filólogo de Harlem, nacido en 1615. Dirigió mucho tiempo el Colegio de Leyden. Compuso, entre otras obras, *Levicon manuale graeco-latinum*, fué uno de los principales colaboradores de la colección llamada *Variorum* y comentó á Horacio, Virgilio, Juvenal, Terencio, etc.

Variorum, de la cual hablamos en la nota al pie. De esta edición es difícil encontrar ejemplares bien conservados.

1676.—HORATIUS FLACCUS. *Heinsius ex emendatissimis editionibus expressit et repraesentavit. Amst. Dan. Elzevir.* In-24. Edición de bastante valor; los bellos ejemplares, caros.

1676.—HORATII FLACCI. *Poemata, scholiis... illustrata a Joan Bond... Amstelodami, apud Dan. Elzevirium.* In-12. Edición muy linda, aunque poco correcta.

1891.—OPERA, *interpret. et notis illust. Lud. Desprez, in usum Delphini. Paris.* In-4. Edición muy usual, aunque el comentario es de poca importancia; ha sufrido más de veinte reimpresiones.

1695.—OPERA, *interpretat. et notis illustravit Lud. Desprez; accedunt Horatii vita, et Aldus Manutius de metris horatianis Amstelodami.* In-8. Esta edición en letra redonda es muy poco conocida; ha sido reimpresa en la Haya.

1696.—OPERA, *cum notis Ed. a Zurck. Harlemi, Braan.* In-8. Edición correctísima, bastante difícil de conseguir en el mercado.

1699.—QUINTUS HORATIUS FLACCUS. *Accedunt J. Rutgersii lectiones venusinae (edente P. Burmanno). Traj. Batav., Fr. Halma.* In-12. Esta edición reproduce el texto de Heinsio, de quien, como dijimos, era pariente Rutgers. Está ejecutada con una notable perfección tipográfica.

* * *

En la imposibilidad de hacer una biblioteca horaciana completa, como sería nuestro deseo, nos hemos circunscrito á ofrecer á nuestros lectores un *impromptu* bibliográfico (que no otra cosa son las presentes notas) de las más notables ediciones de Horacio durante los siglos XV, XVI y XVII, dejando indicado tan sólo con aquella rápida enumeración el movimiento bibliográfico y editorial á que dió lugar la inmortal obra del Venusino; y á la vez el triste, el tristísimo fenómeno de que, entre las setenta y tantas ediciones que hemos indicado, solamente una, fechada en 1599, es debida á un español y á las prensas tipográficas granadinas; es ciertamente deplorable (y no nos cansaremos de repetirlo) que mientras

Italia, Alemania, Francia é Inglaterra han honrado el nombre del perínclito vate de la corte de Augusto, ora escribiendo atinados comentarios sobre la obra horaciana, ó ya publicando hermosísimas y codiciadas ediciones salidas de las prensas de los Aldos, Etiennes, Bodonis, Plantinos y Elzeviros, según acabamos de ver, es lamentable, repetimos, que en España, literaria y tipográficamente, se eche de menos aquella honrosa competencia á que etnográficamente parecía tener derecho la patria que, en aquellas centurias, fué envidiable plantel de humanistas, de sabios y de poetas, aquella nación eminentemente latina, cuna de Séneca, de Quintiliano, de Marcial, y cuyo más preclaro blasón está ornado con los nombres de Nebrija, Oliva, Sánchez, Abril, Fr. Luis de León y otros muchos.

Aunque no entra de lleno en el espíritu de nuestras presentes indicaciones, no dejaremos de manifestar que de principios del siglo XVIII acá el movimiento literario y tipográfico, cuanto á las poesías de Horacio, ha aumentado de una manera vertiginosa, si bien, como es consiguiente, estas *modernas* ediciones no son en manera alguna raras y preciosas, entre otras razones por lo abundante de las mismas, los pocos años que por ellas han pasado sin imprimirles la *pátina* del tiempo y el extraordinario vuelo que ha tomado el divino arte de Gutenberg. Fuera por otra parte injusto omitir los nombres de dos notables comentaristas, Bentley (1) y Cuningam (2), cuyos trabajos críticos han dado lugar á magníficas ediciones salidas de las prensas de Amsterdam, Londres, el Haya, París, Leipzig, Roma, etc., etc.

Los talleres tipográficos extranjeros no han sido menos

(1) Ricardo Bentley, sabio crítico inglés, que nació en 1660 y murió en 1742; fué primero maestro de escuela, después bibliotecario y, por último, Director del Colegio de la Trinidad en Cambridge. Hizo eruditos trabajos sobre los clásicos griegos y escribió comentarios muy discutidos por nuestro D. Javier de Burgos y otros horacianistas, acerca del príncipe de los líricos latinos.

(2) Los diccionarios biográficos omiten el nombre de este comentarista de Horacio. Según el referido Burgos, dicho comentador introdujo muchas variantes inútiles y arbitrarias que, en general, servirán sólo para aumentar el trabajo de los editores venideros.

fecundos en publicar numerosas y muy apreciadas ediciones de las partes separadas de las poesías de Horacio, respecto de lo cual deben mencionarse las prensas de Londres, Bolonia, Francfort, Leipzig, Roma y otras.

El bajo nivel á que se ha colocado España respecto á comentar y á editar á Horacio es no menos inferior por lo que toca á traducciones completas, de aquel inmortal poeta. Leyendo á los bibliógrafos más eminentes se comprueba dicha lastimosa aseveración. Mientras los países extranjeros ofrecen multitud de traducciones completa, España sólo nos ha legado la intitulada *Horacio español ó poesías lyricas de Q. Horacio, traducidas en prosa (!) por el P. Urbano Campos (1), ilustradas y aumentadas por L. Mínguez de San Fernando*. Madrid, 1783, in-8 (2.^a edición; la 1.^a apareció en León, 1682, in-12), y la de D. Javier de Burgos, 1820, en Madrid, reimpresa en Paris, 1841. Entre las ediciones extranjeras de este género debe mencionarse la edición políglota publicada por J. B. Monfalcón, titulada: *Oeuvres complètes d'Horace, en six langues (texte latin, traduction en prose française, par Monfalcon; en vers allemands, par Wieland; en vers anglais, par Francis; en vers italiens, par Gargalla; en vers espagnols, par Burgos)*... Lyon... 1834. In-8. La traducción francesa de Andres Dacier es demasiado literal y de escasa elegancia; únicamente la avaloran las sabias notas que la acompañan. Más escogido es el estilo, sin dejar de tener curiosísimos comentarios de la obra de Horacio, dispuestas por orden cronológico y traducidas en francés por el P. Noel Sanadón. De unas y otras son innumerables las ediciones.

Para terminar estas ligeras notas indicamos á los amantes de la obra inmortal del Venusino las siguientes utilísimas obras: HORACIO EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y

(1) De este comentario y traducción dice D. Javier de Burgos: «Es una malísima y mutiladísima versión de escuela, que cuando más podría servir á los principiantes en el laberinto de las construcciones figuradas, bien que con gran riesgo de extraviarlos». Este traductor dedicó su obra á la *Santisima Trinidad* y ya en la original nuncupatoria deja ver ostensiblemente lo pésimo de su gusto y lo gongorino y de bajo vuelo de su estilo y de su literatura.

Pelayo. Madrid, 2 vol. in-8 (contenidas ó formando parte de la *Colección de Escritores Castellanos*).—*Bibliotheca Horatiana, sive syllabus editionum Q. Horatii, interpretationum, versionum, ab anno 1470 ad annum 1770. Lipsiae, 1775, in-8. Ernesti (F. H.)*.—*CLAVIS HORATIANA, sive indices rerum et verborum philologico-crit. in opera Horatii. Berolini, 1802, 2 vol. in-8.*—*HORATII EMBLEMATA, imaginibus (ciii) in aes incis, notisque illustrata, studio Othonis Vaenii. Autuerp., H. Verdussen, 1607, in-4.* (Esta curiosísima obra se ha traducido al castellano con el título de *Teatro moral de la vida humana*, y se ha impreso en Bruselas, 1669 y 1672, in-fol.)—*BIBLIOGRAPHIE HORATIENNE, par Mr. Paul de Lacroix. París, 1878, etc.*

ENRIQUE PRUGENT.

COSAS DE ANTAÑO ⁽¹⁾

El edicto fijado en las puertas de la parroquia de San Miguel y casa de Ayuntamiento era un reflejo de los deseos que había expresado S. M. y de los acuerdos del Concejo. Y las condiciones que se requerían para entrar en la suerte de la elección eran las de ser naturales de esta villa, ó estar recibidos al menos por Madrid, en ella como vecinos seis años antes de la elección que se iba á practicar, tener tres años continuados de parroquialidad y haber, como ya se ha dicho, sacramentado, ó cumplido con la Iglesia que se dice en estos tiempos, las tres cuaresmas inmediatas en dicha parroquia, para cuya comprobación y calificado habrían de presentar los elementos de justificación, así como también los que les conviniera para la de haber de ser hijosdalgo en la secretaría del Ayuntamiento, á cargo en aquel tiempo de D. Vicente Francisco Verdugo.

A 19 de Abril, se dirige á dicho Sr. Secretario el cura párroco de San Miguel, haciéndole presente que en cumplimiento del edicto fijado á las puertas del templo—cuyo contenido se hizo notorio en la parroquia de su gobierno y cuidado,—el no haber comparecido más feligrés que uno á sacar la certificación de llevar tres años continuos de residencia y parroquialidad en la citada iglesia, y haber recibido en ella los Santos Sacramentos de penitencia y comunión en cumplimiento de los mandatos de nuestra madre la Iglesia, y hacía además presente la extrañeza que le causaba el que no acudieran otras personas, siendo así que en la feligresía de San Miguel tenía su casa y domicilio, á más del Patronato de la capilla mayor, el Excmo. Sr. Marqués de Estepa y Conde de Barajas, quien asimismo estaba matriculado tres años

(1) Véase la página 619 de este tomo.

continuos en ella y cumplido con los preceptos de la Iglesia; juntamente con la anterior se contenía dentro de su territorio parroquial la casa del Excmo. Sr. Duque de Huéscar, en donde la familia de éste vivía, y que cumplió y cumplía siempre los mandatos de la Iglesia, no obstante estar esta excelencia al servicio de S. M., por lo que no había podido cumplir con lo mandado por la Iglesia.

Y lo que acabamos de leer lo exponía el cura párroco de San Miguel, según hemos dicho, al secretario del Ayuntamiento en un informe, en cumplimiento de lo que le tenía prevenido. El 23 de Abril se reunieron el regidor y regidores de Madrid para el nombramiento del caballero ciudadano de la parroquia tantas veces citada, y viendo Madrid que concurrían todas las circunstancias que para tal acto se requieren en el Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Silva, Alvarez de Toledo y Portugal, Haro, Beausón, Sotomayor, Guzmán, Fernández Manrique, Acevedo, Fonseca, Zúñiga, Enríquez de Rivera y de Cabrera, Sandoval y Rojas, Duque de Huéscar, Marqués de la Ciudad de Coria, de Eliche y Tarazona; Conde de Morentes y de Fuentes; Caballero de la Orden de Calatrava, Gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, Brigadier de los Reales Ejércitos, Comandante en Jefe de la brigada de Carabineros Reales é Inspector privativo de ella, se acordó de conformidad nombrarle por tal caballero diputado y escribirle una carta haciéndoselo saber, y la que llegaría á sus manos por las del Duque de Alba, que era su padre.

Al Sr. Conde de Altamira se le nombró también como capitular para que concurriera con el caballero ciudadano al juramento del Rey y de su hijo el Príncipe D. Carlos Antonio.

En la ciudad condal estaba el Duque de Huéscar, y á Barcelona hubo que dirigirle la carta que hemos indicado noticiándole el acuerdo de Madrid.

Las gracias y el reconocimiento que ya había expresado su señor padre el Duque de Alba, hizolo presente el de Huéscar, en un pliego que envió desde la ciudad de Zaragoza, quedando muy obligado para Madrid y más por tener de compañero en tan grande solemnidad á su primo el Sr. Conde de Altamira.

Y siendo preciso otorgar el poder á ambos representantes, se acordó en la sesión de 19 de Mayo.

Dicho poder era comprensivo de los dos, del Conde de Altamira y del Duque de Huéscar; pero este último señor no lo pudo ser, ya que el Rey le negó la licencia necesaria, sustituyéndole el Excmo. Sr. Marqués de Estepa, no sirviendo ni para su señor primo el capitular de la villa D. Ventura de Moscoso, Osorio, Phelípez, de Guzmán, Dávila, Roxas, Hurtado de Mendoza, Navarra, Fernández de Córdoba, Conde de Altamira, de Monte Agudo, de Azarcollar, de Colle y de Losada; Marqués de Leganés, de Morata de Pozo, de Monasterio y de Almazán; Duque de Sanlúcar la Mayor y de Medina de las Torres, Príncipe de Aracena, Señor de Monzón y Cobia y de las fortalezas de Navia, Castroverde y Buzón, de las Siete Villas de Campos, de las de Barca Muñoz y Villashayas, de la Villa y Montañas de Boñar, Concejo de Valdellorma, de las Villas de Prioro, Mogrovejo, Valderrueda, Valverde y Villar del Rey y de las Islas de Cerarga, Guarda mayor del Rey, Capitán de una de las compañías de hombres de armas de Castilla, Regidor perpetuo de todas las ciudades y villas de voto en Cortes, Alguacil mayor perpetuo del Santo Tribunal de la Inquisición de Sevilla, Alcaide del real palacio y sitio del Buen Retiro y Alférez mayor perpetuo también de esta villa.

Otorgado el poder el mismo día 19 de Mayo por el Concejo, recibieron los Sres. Duque de Huéscar y Conde de Altamira la alta y honrosa investidura de representantes de la villa para hacer saber á los Reyes la fidelidad de este noble pueblo y el deseo que tenía de respetar las órdenes y mandatos de S. M., así como éste debería jurar el respeto y confirmación á Madrid en sus fueros y privilegios, como lo habían venido haciendo sus reales antecesores.

Pero, como se ha dicho, la negación de licencia que recibió Huéscar del Rey anuló este poder y se confirió otro á los señores Marqués de Estepa y Conde de Altamira á 9 de Junio, y semejante al reseñado.

No se crea que el nombrado á sustituir al Duque de Huéscar en el cargo de caballero diputado por el Concejo de 4 de



Junio era hombre sin títulos, pues casi tantos como los anteriores tenía el Excmo. Sr. D. Juan Bautista Centurión Fernández de Córdoba, Osorio, Velasco, Arias, Carrillo, Mendoza, Albornoz, Pacheco, López de Ayala, Zapata, Cárdenas, Portocarrero, Ruelas, Melgarexo, Jiménez Cisneros, Grande de España de primera clase, Marqués de Estepa, de Almunia del Aulla, Ribolas, Monte de Bay y la Alameda; Conde de Fuensalida, Colmenar, Casapalma y Barajas, Patrono perpetuo del insigne Colegio mayor de San Clemente de los Españoles de la ciudad de Bolonia; Señor del estado de Villarias y de las villas de Pedraxa, Lillo, Huecas, Humanes, Guadamur, Las Posadas y Rexas; Alguacil mayor perpetuo de la impérial ciudad de Toledo, Alférez mayor perpetuo de la ciudad de Málaga, Patrono general de todas las iglesias y conventos del estado de Estepa y señor de lo espiritual y temporal del dicho Estado.

El Marqués de Estepa dió las gracias por su nombramiento, deseando corresponder á los favores recibidos, y á 9 de Junio acordaba el Ayuntamiento otorgar los poderes al Conde de Altamira y Marqués de Estepa, poderes que ampliados como eran los deseos de S. M. se otorgaron el día 7 de Julio.

El juramento de fidelidad y pleito homenaje se llevo á efecto.

JOSÉ RINCÓN Y LAZCANO.

(Concluirá.)

POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

Desde mi última crónica, lo primero que hay que registrar son las elecciones municipales. ¡Terceras elecciones celebradas en el transcurso de un año! Primero las de diputados provinciales, luego las de diputados á Cortes, y por fin, las de concejales. Por fortuna, se va prosperando, y ya esos asuntos no preocupan más que á los candidatos: el resto del país paga ó cobra, según que sea votado ó votante, y con un poquito de diplomacia en Gobernación, sale la cosa á gusto de todos, y hasta puede decirse que ha habido sinceridad en la elección. Salen siempre las mismas personas, y hasta otra.

Y no hablemos más de esto, porque no merece la pena.

* * *

Más importante es la constitución definitiva del Congreso de los Diputados, con la nota semicómica de estar formado por diputados de todas las edades, desde el casi centenario Marqués de la Vega de Armijo hasta los menores de edad, y sobre todo, la lectura de los presupuestos y el elocuente discurso de D. José Echegaray, que ha sabido llevar á esa labor el mismo sello de problema oculto de sus dramas. No de otro modo se comprende que un hombre del talento de Echegaray haga suyo el disparatado y ruinoso presupuesto de Osma, dando de mano al lógico, progresivo y patriótico de Villaverde, y que, haciendo uso de su oratoria—no tan eficaz como cuando D. José debutaba en política,—pretenda convencer al país de que hay penuria donde hay sobra de cuarenta millones, que se desea la prosperidad de la Nación negando elementos á Guerra y Marina, que son sus bases, y á

Agricultura, Instrucción pública y Comunicaciones, que son sus fuentes. El efecto es, naturalmente, de sorpresa al oír tales afirmaciones, por bien dichas que estén, y como por la mano se va á pensar que algún secreto tiene el Ministro, cuyo secreto sale al fin al decir que si se quiere mejorar y dotar todo, es mejor hacer un empréstito grande, y con él hacerlo todo de una vez. Éste es el problema; ésta es, sin duda, la esencia del discurso de Echegaray, que en su talento ha comprendido que es preciso hacer resaltar el contraste para que se fije el país en esa su última afirmación, que es la real; pues sabe muy bien que en España sólo se pueden hacer las cosas así, de una vez; si no, no se hacen. ¡Cómo se han de hacer con Gobiernos mensuales!

*
* *

Sigue en importancia el viaje del Rey á Alemania y Austria, que, como anuncié, ha sido para él un cinematógrafo de soldados y parientes; para Alemania, un fracaso, y para Inglaterra, la solución que estaba prevista. Y por hoy no puedo decir más de este viaje, pues no ha llegado el momento.

Como única consecuencia clara de esta excursión, está la cuestión de bodas reales: la ya anunciada de la Infanta Teresa con su primo Fernando de Baviera, que, en general, ha sido bien recibida en España, y la próxima á comunicarse oficialmente del Rey con la Princesa Victoria de Battemberg, que, salvo por los partidarios del germanismo, ha hecho, también en conjunto, buen efecto. Aún se discutirá y entonces veremos. Ahora no conviene prejuzgar nada.

*
* *

Entre si la cosa era buena ó mala y si debían ó no suprimirse, se subastaron los consumos en Madrid, lo que dió origen á un pequeño alboroto sin consecuencias. La sola cifra de la subasta justificaba esto y más, pero la cosa se apagó pronto. En España hay sangre por cuestiones políticas,

pero no por cuestiones de alimentación. Somos sobrios y... ¡sobrios!

Planteada ya la cuestión, procede preguntar: ¿Se pueden suprimir los consumos? Y se debe contestar: Sí, se pueden y se deben suprimir, y si no se hace es porque no se quiere. Así, en redondo.

*
* *

Como el mes ha sido accidentado, hay que apuntar también el hecho de que los estudiantes han estado y siguen en huelga. —¿Huelga de estudiantes? ¿Qué quiere decir eso?— me preguntaba un extranjero. Y rojo de vergüenza, le contesté bruscamente: —No sé.—¿Qué iba á contestarle? ¡Es tan absurda la frase! ¡La huelga de la ciencia futura!

¿Quién tiene la culpa? Todos: el Gobierno débil, el Claustro de profesores débil también y los estudiantes que se han propuesto y consiguen pasar el curso en fiesta continua.

Hágase justicia estricta una vez y acabará todo. ¿Faltaron los catedráticos? Castígueseles como se deba. ¿Faltaron é insistieron en su falta los estudiantes? Hágase á unos perder curso y á otros perder carrera. Y sosténgase con energía lo hecho y no volverá á suceder. ¿Que es sensible para los padres? Haber educado bien á sus hijos. En España nueve décimas partes del problema nacional es cuestión de educación, particular y social.

*
* *

Y vamos á lo último y más culminante: á los sucesos de Barcelona. Aunque se diga lo contrario, el asunto es de fácil juicio y de clara exposición. Por tolerancias, debilidades y... ¡tente pluma! el catalanismo, separatismo ó carlismo, que las tres cosas es, ha sido tolerado, consentido y fomentado en Barcelona, en cuya ciudad nació y se circunscribió; hoy está en toda la montaña de Cataluña. Llegó un momento en que ¡la agresión, el insulto á España, al Ejército en su representación, tomó carácter agudo, llegando al público ¡Muera España! ¡Muera el Ejército! Y éste, que esperó que la Patria fuese defendida y castigados los traidores, viendo que así no

era, hizo lo que debía: ¡Saltar por la ley para salvar la ley!
 ¿Quién se atreverá á acusarle de tal falta? ¿Quién será tan poco patriota que le censure?

Consecuencia: una cuestión política, sobre si debían ó no suspenderse en Barcelona las garantías constitucionales, y después de conseguir esta ley el Gobierno, el absurdo, lo inverosímil de siempre en España: la caída del Gobierno que consigue la ley y que tenía la obligación moral y material de extirpar de raíz tan peligroso cáncer.

¿Á que obedece esta crisis, que deja latente la cuestión, para que muy pronto resulte con gravísimos caracteres y con inmenso peligro para España? ¿Ha sido miedo? ¿Ha sido imposición? No se comprende esto, cuando entre los Ministros, al menos Weyler, contaba con el apoyo del país sensato y de todo el Ejército, aunque tuviese enfrente la conjura de los Generales.

¿Ha sido cumplimiento del convenio, de que ahora fuese Presidente Moret y luego Canalejas?

Más parece esto y más disparatada es entonces la solución, que encierra graves peligros.

Sea como sea, conviene estudiar al nuevo Gabinete. Ya se supone por qué ha venido. Ahora, ¿á qué ha venido? ¿Sólo á aprobar los presupuestos? No es presumible. De todos modos y aunque aún sea pronto, ya se puede hacer un ligero análisis de él.

Desde luego, tiene de todo, de bueno y de malo: de malo la realidad, el presente; de bueno, las esperanzas, el futuro.

De malo, la mala sombra del Sr. Moret en los asuntos de España; de malo, el Duque de Almodóvar en Estado; de malo Romanones, cuyas talentos y energías deben emplearse en un Ministerio de labor nacional, como Fomento ó Instrucción, y no en uno de labor personal y casi familiar como Gobernación, en el que sus arrestos pueden resultar travesuras perjudiciales.

De dudoso, el General Luque en Guerra; pues es reformista confesado y puede resultar un Linares, y el Ejército no necesita reformas, sino formas: su labor es muy expuesta, tanto más, cuanto que, según dicen, trae al Ministerio amo

res especiales para algún elemento armado, y por tanto se ha de encontrar con oposición en los otros. Por de pronto ya no se entiende con García Prieto.

Igualmente dudosa es la personalidad de Concas, que no basta ser un héroe para ser un buen Ministro; y una cosa análoga sucede con el Sr. Santamaría de Paredes, al que puede ocurrir lo que á su colega Sánchez Román: ser distinguido catedrático y notable publicista y no encajar, sin embargo, en la práctica de los Consejos de la Corona.

De bueno tiene el nuevo Gabinete la afirmación de Moret de haber recogido la bandera de Villaverde, afirmación ratificada por la entrada de Gasset y por la futura, para cuando fracase Concas, de Cobián en Marina.

Y de bueno también la personalidad de Salvador en Hacienda, pues no sólo su nombre llena los huecos del Gabinete, sino que da la esperanza de que la primera modificación ministerial traiga no sólo á Cobián á Marina, sino á Besada á Hacienda y á Salvador á Guerra, que está necesitando un hombre civil, de talento, de energía, entendido en el asunto y que sin prejuicios ni compromisos, haga el ejército que en España se necesite, pero serio, bueno, fuerte, bien atendido, bien considerado, y por tanto útil para la Patria y satisfecho.

He ahí el esbozo de la vida ministerial. ¿Impedirá su desarrollo el convenio con Canalejas para la presidencia de turno de éste?

* * *

Del exterior, lo más saliente, sin duda alguna, es la revolución de Rusia, que está ya en pleno período de desbordamiento y que ya no es posible detener, ni aun prever cuál será el resultado, ni la orientación que produzca este inmenso trastorno, si bien parece indicarse una disgregación que acaso pueda dar origen á nuevas nacionalidades. El fracaso de Withe es ya indudable: la vuelta del terror con Trepoff sería la señal de que todo arreglo era imposible.

El ataque á los judíos ha sido una torpeza indisculpable de los malaconsejados que malaconsejan al inútil Zar: si temían que ellos fuesen los causantes del movimiento, nunca

debieron acercarse á él. Ahora la revolución, cuyos directores son aún desconocidos, tiene la fuerza del pueblo y del ejército, la ilustración de las clases medias y el dinero de los judíos. ¿Quién detiene ya á esa poderosísima avalancha?

En cambio la península escandinava sigue su evolución y separación pacífica: ya son dos reinos separados Suecia y Noruega: ya este último, por un tranquilo plebiscito, ha elegido la monarquía como forma de gobierno y el monarca que ha de regirla, que es un Príncipe danés, y por tanto, un apoyo más para Inglaterra, el día que tenga que encerrar á Alemania en el Báltico.

El imperio germánico sigue encontrándose el vacío cada vez mayor á su alrededor. La soberbia teutónica no ve ó no quiere ver que va á la ruina, pretendiendo ir á la gloria. Allá ellos, ya que España parece que al fin se libró de esa funesta unión.

Nota digna de atención es la comunicación de Mr. Loubet á las Cámaras francesas: una especie de testamento político, cuya importancia puede ser inmensa para el porvenir de la nación vecina. Pronto se ha de ver si los franceses han atendido las indicaciones que les hace el digno ciudadano, que ha hecho, á pesar de su modestia, resaltar más el valor de la República francesa y ha salvado los escollos más difíciles por que ha pasado desde su fundación.

Parece acallado el choque entre las potencias y Turquía, acaso porque en los actuales momentos no era conveniente otra cosa; pero sigue, como siempre, la cuestión sobre el tapete.

La incógnita de la conferencia de Algeciras empezará á despejarse muy pronto. ¡Quiera Dios que no sea negativa para España!

ABDESLAN-BEN-URIZ EL ICHUDEF.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

La justicia y el foro en las legislaciones comparadas, por DON LEOPOLDO GONZÁLEZ REVILLA, oficial letrado del Consejo de Estado y abogado en ejercicio, con una carta-prólogo del EXCMO. SEÑOR D. JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ. — *Contiene las leyes vigentes en Europa y en América sobre organización judicial, enjuiciamiento civil y criminal y ejercicio de la abogacía.* — Un tomo en 8.º, de xv-413 páginas. — Precio, 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias.

Circularon mucho, por vía de propaganda los primeros folletos de esta publicación, dedicados á tratar de las *legislaciones inglesa, alemana é italiana*, y fueron recibidos con grandes encomios por el público profesional, tanto en España como en el extranjero. Ahora el Sr. González Revilla ha reunido dichos folletos en un volumen, añadiendo nuevos estudios que alcanzan á todas las legislaciones de Europa y América, incluso las más recónditas del Norte y Oriente de Europa; entre ellas es estudiada la legislación rusa más reciente, con pormenores de difícilísimo hallazgo. Las corrientes feministas modernas han influido también en el autor, y con ocasión de la reciente ley francesa permitiendo á la mujer el ejercicio de la abogacía, ha incluido en este libro una curiosa nota biográfica de todas las abogadas que existen en el mundo, con expresión de sus respectivos trabajos, y un capítulo dedicado á defender la capacidad de la mujer para el ejercicio del foro, en el cual se incluyen cuantas disposiciones legales han sido dictadas sobre el particular desde los remotos tiempos de la célebre abogada romana Calpurnia, que, por lo atrevido de su lenguaje, dió motivo á que la mujer estuviese tanto tiempo expulsada de los tribunales.

Ha necesitado el Sr. González Revilla, para reunir los copiosos materiales de su libro, llevar á cabo penosas investigaciones, valiéndose de la herramienta por excelencia en esta clase de trabajos, el uso de los idiomas extranjeros, pues hasta el presente eran exiguos los antecedentes sobre la materia escritos en castellano, y ni en francés ni en ningún otro idioma existe colección de datos legislativos como la actual. Ya el autor tenía dadas buenas pruebas de sus aficiones á las investigaciones jurídico-comparadas en sus otros libros *La hipoteca naval en España* y *Elementos del derecho mercantil y legislación mercantil comparada*, tan conocidos de los doctos, el último de los cuales ha llegado á la sexta edición.

Con razón dice de *La justicia y el foro* su ilustre y autorizado prologuista, D. José Canalejas:

«No conozco estudio tan completo, ni propio ni extraño, y eso que procuro seguir con atención lo que se escribe y publica, singularmente en Francia y en Italia. En la biblioteca de todo jurista consulto figurará pronto este interesantísimo libro, como figuran ya otros que acreditan su gran cultura y su laboriosidad insuperable.»

Es de notar que el Sr. González Revilla no se ha contentado con estudiar las leyes en sus textos, sino que, queriendo hallarse mejor documentado, ha hecho diversos viajes para estudiar personalmente el funcionamiento de los tribunales en los países en que se ocupa, y así, el estudio resulta *vivido*, por decirlo así, tomado por completo de la misma realidad. Especialmente por lo que hace á Inglaterra, Francia é Italia, los detalles de observación resultan de gran relieve y como una verdadera representación del modo de practicarse en esos países la función judicial.

Es, pues, incuestionable la utilidad general, aun para el gran público, de la obra mencionada. Con tratados internacionales recientes, que autorizan recíprocamente á los españoles y á nuestros hermanos de América Central al reconocimiento de sus títulos de abogados en unos y otros países; en creciente aumento la curiosidad que á todos nos inspira la manera de vivir las instituciones jurídicas similares en el conjunto de los pueblos civilizados, interés que está de acuerdo con la multiplicidad de relaciones materiales y morales establecidas entre los hombres de unos y otros, y que contribuye con las luces de la experiencia histórica, como Bentham reconocía, á cimentar más sólidamente todo intento de modificar y mejorar la legislación patria, hemos de convenir en la oportuna aparición de este libro, de datos tan fiel y pacientemente buscados, tan recientes y expuestos con tanta claridad como ingenio, procurando, por las artes de la amenidad, que no *pesen* al lector.

Sobre todo, es de grandísima oportunidad la publicación de esta obra por hallarse ahora sobre el telar parlamentario español las reformas judiciales, no bien orientadas al través de tantos proyectos, ponencias y contraponencias como vienen sonando desde hace unos años. La obra del Sr. González Revilla estudia las leyes orgánicas, las de enjuiciamiento civil y criminal y las de ejercicio del foro vigentes en Inglaterra, Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Austria Hungría, Suiza, Países Bajos, Dinamarca, Suecia, Noruega, Bulgaria, Servia, Rumania, Grecia, Turquía, Egipto, Rusia, Portugal, México, República Argentina, Chile, Colombia, Honduras, Venezuela y Brasil. Á su interesante contenido deben acogerse los confeccionadores de las futuras leyes españolas para seleccionar lo que más convenga en una materia tan necesitada de reforma en España: á la vista tienen cuanto existe; de desear es que nuestra patria tenga *lo mejor*.

Felicitemos al Sr. González Revilla y hacemos votos por que el éxito de su nueva obra, que se anticipó á la misma en forma verdaderamente inusitada, se confirme ahora plenamente, como es lógico esperar, y por que, sostenido su autor por la fortuna, se

decida á preparar el segundo volumen que anuncia, acerca de la crítica de las reformas judiciales que van á plantearse en España, deduciendo consecuencias de los sistemas legales existentes en el mundo civilizado, que tanto y tan bien ha estudiado.

JOSÉ DE CÁRDENAS.

* * *

Concepto real del arte en la literatura, por UBALDO ROMERO QUIÑONES.

Es el Sr. Quiñones un trabajador incansable, fértil y fecundo como hay pocos. Yo, después de leído este libro de que os hablo, me figuro la vida ejemplar de Quiñones. Estudioso, tenaz, va nutriendo su cerebro con las diversas instrucciones del saber humano, y luego compone lentamente y sin cesar opúsculos, folletos, libros sustanciosos y extensos, con la perseverante paciencia que caracteriza á los productores de incesante labor.

No se desanima, pues sabe que en la Naturaleza nada se pierde. Si hoy nace un mal, una inmoralidad, una obra antiestética, sirve de contrapeso, como de fuerza para que se determine una reacción, una fuerza contraria: un bien, una moralidad, una obra estética.

«Puede haber inmoralidad—dice—en los actos individuales, en el grupo, en la familia, en las sociedades: jamás prevalece en las naciones, porque la sabia Naturaleza las elimina de la Humanidad.»

«El gusto de la Belleza puede perderse en el individuo por desequilibrio mental; por herencia fisiológica puede cultivarse con el mal gusto en las familias y en los pueblos; pero jamás prospera en la especie humana, que obedece á las leyes de renovación y de perfección progresiva.»

Por estas razones no se desanima y trabaja, seguro de que el Bien, la Verdad y la Belleza resplandecerán á la corta ó á la larga.

No quiero hacer un resumen del libro, porque si aquí pudiera con tres palabras decir todo lo que el Sr. Quiñones ha dicho en doscientas páginas, sería cosa de preguntar: ¿Entonces para qué tanto papel emborronado?

Cuando el autor ha llenado doscientas páginas, es porque las doscientas son necesarias. Leed, pues, la obra y veréis. Yo me limito á copiar dos ó tres frases que, no estando ligadas inseparablemente al asunto, me parecen dignísimas de mención:

«Determinación es la modalidad, expansión del ser, no el límite de la expansión.»

«La sangre arterial y venosa forman un par cuya fuerza electromotriz es igual á 0,75, siendo la de un par de ácido nítrico de 100.»

«Entre la expansión del Bien y la repulsión del relativo Mal,

surge este planeta de la nebulosa, con sus vueltas de medio gan- chete, sus gérmenes en evolución, y el Idilio dualista de la Hu- manidad su fin supremo.»

Basta ya para que os forméis idea de las diversas cuestiones que trata D. Ubaldo Romero, de su estilo y su dialéctica.



Alma en los labios, por FELIPE TRIGO.

Leed esta obra. ¿Quiénes? Todos, pero especialmente los que comenzáis á vivir.

Los ya maduros tienen demasiado arraigadas las costumbres, y preferirán reirse del libro antes que variar su conducta. Hoy por hoy, consiste la nobleza del hombre en tener «ideas fijas». Así es que un hombre, á cierta edad, se pertrecha de absurdos, los momifica, se los inculca y dice: «Yo tengo mis ideas». Ese hombre ya es irreductible. Tiene sus ideas, y no habrá fuerza humana que le haga variar ó conmover sus opiniones. Cuando ese caballero lee un pensamiento nuevo, audaz, no le analiza, pues tal vez peligraran sus digestiones al esforzar el cerebro, y prefiere calificarle de absurdo.

La mayoría carece de inteligencia para comprender, de voluntad para ejecutar; por lo tanto, también de nobleza para reconocer lo que no es de sus reinos, pero puede ser de otros.

Por eso digo que no son precisamente los hombres *hechos* los que deben leer *Alma en los labios*.

Vosotros los que tanteáis por los pasillos sin acertar con la puerta de la alcoba buscada, sin saber orientaros en las tinieblas, pues para vosotros la *obscuridad es todavía oscuridad*, leed *Alma en los labios*.

Son muchos los que están necesitados de obras como ésta. Yo veo á unos que tienen novias y más novias; yo veo á otros que van rodando de prostituta en modista; yo veo, en fin, millares que siguen vidas varias, pero semejantes á las de sus antepasados. Y una mirada sagaz verá también que esos miles de seres siguen tales caminos porque sí, porque fueron los de sus padres ó son los de sus compañeros. No se les ocurre pensar si habrá otra cosa mejor en la vida, y de este modo crecen y llegan á su vez á tener «sus ideas». Entonces es cuando exclaman orgullosos, como si exhibieran patente de sensatez, y algo melancólicos: «¡Si pudiéramos comenzar de nuevo, y lo pasado pasado!» En realidad, lo dicen por rutina, por coquetería; pero, de todos modos, expresan una verdad profunda: perdieron, malgastaron su vida.

Y digo exactamente igual de las mujeres. ¡Ah, las mujeres! Tú, mujer, coge esa novela y léela á hurtadillas; como te hacen ignorar mucho, tal vez te cause impresión imperecedera. Léela á hurtadillas, porque de lo contrario, quizá te la quitasen; pero ten en cuenta que no se trata de un libro merecedor, en buena ley, de

semejante ocultación. Tiene enseñanza sana, que te hará feliz si la practicas, y que deberás aprender á despecho de padres, amigos, amigas..... y de ti misma, pues no será tu espíritu añejo quien menos proteste. Tal vez no puedas por ti sola llevar á cabo el impulso titanesco, pero tenle como anhelo perenne y procura que te encuentre propicia el esposo liberador, si es que se acerca á ti.

Tal vez oigáis que la obra, como producción artística, está lamentablemente descuidada, sobre todo en cuanto á lenguaje, es cierto; pero no os preocupe: ahora se trata de la enseñanza que aporta, y ésta es colosal, enorme. Encontraréis grandezas y mucho bello á pesar de las deficiencias de forma, lo cual casi es argumentación á favor de las excelencias.

Leed *Alma en los labios*. No desechadla aunque os parezca absurda. No consultad tampoco con vuestros padres ni con vuestros confesores: con nadie, en absoluto. Seguid lo que ahí os dicen. Si es extraordinario, mejor; si os parece inmoral, ¡sed inmorales! Repito una frase que habréis oído en vuestras casas: Ya me lo agradeceréis cuando mayores.

..... Se lo agradeceréis, mejor dicho, al autor, que ha sabido arrojar todo su lastre, elevarse en su globo á las alturas y conseguir con esto que los hombres eleven la mirada á los cielos, no para rogar á Dios, según costumbre, sino para ver y admirar á los hombres superiores: «á los bebedores de champaña en las nubes».

MANUEL ABRIL.

* * *

Preocupaciones alimenticias. *Examen de algunas ideas respecto á la alimentación del hombre y de los animales domésticos*, por D. FRANCISCO CODERA Y ZAIDÍN.—Zaragoza, 1905.

Con este título ha escrito un folleto de 51 páginas el ilustre arabista y catedrático jubilado de la Universidad Central D. Francisco Codera.

Desde antiguo este notable maestro, en los ratos de vagar que le permiten sus tareas constantes de orientalista, además de los servicios valiosos que desde su cátedra antes, y desde la Academia de la Historia hoy, ha prestado y presta á los aquí olvidados estudios de historia árabe, viene dedicándose á trabajos que parecen pugnar con sus hábitos de erudito, escudriñador de realidades pasadas: á una realidad tan presente y de tan constante actualidad y carácter práctico cual es la agricultura y la higiene.

Y en verdad que si la historia árabe está por hacer en España, y se requieren dotes de apóstol para trabajar sobre ella en medio de la indiferencia glacial ambiente, no corren vientos más propicios á los estudios agrícolas, y tampoco los de higiene, en este país de la rutina y el descuido clásicos, merecen la atención que fuera de desear.

Merece, pues, los mayores plácemes el Sr. Codera por preocuparse de asuntos de tan culminante interés.

Con abundante caudal de conocimientos y experiencia, estudia el autor los siguientes asuntos: Idea general de la alimentación.—Relación nutritiva.—Calorías.—Kilogrametro.—Digestibilidad.—Cantidad de alimento: ración.—El ayuno.—Inconvenientes del exceso en la comida.—Variación de alimentos.—Valor de los alimentos.—Composición química de las substancias alimenticias empleadas habitualmente por el hombre.—Idem de las usadas para el ganado.—Crofagia y vegetarianismo.—El caldo y la gelatina.—El vino y bebidas alcohólicas.—El azúcar.—El pan blanco.

El Sr. Codera ha realizado una obra concienzuda, mostrando gran ilustración y competencia en este sólido y útil estudio, encaminado á la buena obra de acabar con muchas dañosas rutinas, corrientes en el sistema de alimentación usual del hombre y de los animales domésticos.

J. D. P.

* * *

Le langage. *Ensayo sobre la psicología normal y patológica de esta función, por el doctor E. BERNARD LEROY.*—Paris, Félix Alcan, editor, 1905 —En 4.^o, 293 páginas, 5 francos.

Esta obra se divide en cuatro partes, consagradas respectivamente á los signos, á la percepción y á la emisión del lenguaje, y, por último, á las representaciones verbales normales (lenguaje interior), así como á las alucinaciones verbales. No se trata, propiamente hablando, de un tratado sistemático y completo sobre la psicología de esa importante función, sino de una serie de estudios sobre puntos interesantes.

El método empleado es el de la psicología científica moderna, el método de Taine, de Ribot, de P. Janet; el autor ha procurado aprovecharse á la vez, en cuanto le ha sido posible, de los datos que proporcionan la lingüística y la patología. Saca partido de la comparación (hecha desde el punto de vista psicológico) entre los diferentes sistemas lingüísticos, los de escritura, los procedimientos mímicos (particularmente los de los sordo-mudos) y, por último, toma en cuenta el estudio de ciertas vesanias en las que se presentan muy á menudo las alucinaciones verbales; el examen de las afasias lo hace especialmente desde el punto de vista crítico.

* * *

Principes de morale rationnelle, por ADOLFO LANDRY, *doctor en Letras.*—Paris, Félix Alcan, editor, 1906.—En 4.^o, x-278 páginas, 5 francos.

Examinando y discutiendo las principales doctrinas contemporáneas, nos conduce el autor á su doctrina propia. Combate el «moralismo», que atribuye al mandamiento moral una autoridad transcendente. Pero combate también á los que reemplazan á la moral por un «arte práctico», sin decirnos qué fines trata de realizar ese arte.

Se dedica á definir el problema moral que se establece ante nosotros, por lo mismo que somos seres razonables, y cuyos términos indican las exigencias de la razón.

El Sr. Landry llega á una doctrina de interés general: se concreta á indicar lo que le parece que es el principio moral y á demostrar cómo, establecido este principio, corresponde á las ciencias el enseñarnos á que lo apliquemos á las múltiples circunstancias de la vida. Resuelve de una manera nueva el problema por el que es indispensable empezar el estudio de la moral, y de cuya solución depende toda la moral.

* * *

Physiologie de la lecture et de l'écriture. *Siguen las deducciones prácticas relativas á la higiene, á los peritajes en escritura y á los progresos de la tipografía, de la cartografía (escritura en relieve para los ciegos), etc., por el doctor E. JAVAL, individuo de la Academia de Medicina, director honorario del Laboratorio de Oftalmología de la Sorbona. — París, Félix Alcan, editor, 1905. En 4.º, XVI-296 páginas, con 96 figuras en el texto, encuadernando á la inglesa, 6 francos.*

Como este libro es de carácter popular, se ha esforzado el autor en hacer inteligibles las investigaciones históricas y las nociones teóricas en que funda sus demostraciones. Los capítulos en que expone la evolución de la tipografía, de la estenografía y de la escritura musical, los que consagra á la óptica del ojo y al mecanismo de la lectura y de la escritura son muy claros y amenos.

El capítulo más curioso es el que trata de la forma del carácter tipográfico; el autor halla el modo de producir impresiones legibles valiéndose de caracteres de pequeñísima dimensión; la lámina en que aparecen reunidos caracteres de uno, dos y tres puntos es un verdadero *tour de force*.

Muy curiosos son también los dos capítulos que dedica á la escritura de los ciegos.

El ilustre fisiólogo Sr. Javal inspira su admirable obra en el principio del esfuerzo mínimo, que se manifiesta principalmente en el capítulo consagrado á la enseñanza de la escritura y en algunos pasajes relativos á la reforma de la ortografía y á la lengua auxiliar *esperanto*, de la cual es uno de los más fervientes admiradores.

Su obra es á la vez un libro hermoso y una buena acción.

* * *

La formation des richesses et ses conditions sociales actuelles. *Notas de Economía política, por EUGENIO D'EICHTHAL, del Instituto. — París, Félix Alcan, editor, 1906. — En 4.º, 456 páginas, 7,50 francos.*

Este volumen, como dice el autor en su prefacio, ha nacido del desarrollo de sus anteriores estudios sobre el socialismo, sus doctrinas y diversos sistemas. Ha procurado el Sr. d'Eichthal, me-

diante un trabajo de análisis personal, comprobar lo que era en sus relaciones con la formación de las riquezas este estado social y económico que combate el socialismo, sin cuidarse del papel esencial é indispensable que desempeña en la creación y el progreso del bienestar general. El socialismo, escribe el autor, no conserva de las condiciones de la producción más que la tecnología, y del hecho de que, gracias á otras condiciones, ésta ha producido, perfeccionándose con prodigiosa rapidez, en ciertos casos, nuestra presente prosperidad industrial, parece querer deducir que no hay sino un mecanismo que cualquiera mecánico puede hacer funcionar. El autor pone de realce las causas de ese error fundamental del socialismo, verificando la revisión de las reglas esenciales de la economía política, buscándolas bajo los nombres, con frecuencia confusos ó incompletos, del lenguaje económico. Desea ante todo que se vea claro en estas palabras, mostrar cómo la experiencia de los hechos ha rectificado el sentido que se daba á algunos de ellos y modificado la doctrina en varias de sus partes. Esta ha seguido la evolución de las ciencias de observación, y puntualizar las modificaciones que se han realizado en ciertas teorías sin quebrantar las conclusiones generales de la *económica*, es, dice el autor, hacer justicia al método seguro de sus mejores representantes. Podría titularse su libro un ensayo de filosofía elemental de la economía política contemporánea.

*
* *

Es indispensable á todo el que quiera llevar un buen orden en los múltiples asuntos de la vida, que le permita recordar al minuto lo que ha hecho ó lo que debe hacer, el proveerse del precioso libro *Memorándum de la cuenta diaria ó Libro de memorias para 1906*, publicado por la casa Bailly-Bailliére é Hijos, y en que la sociedad elegante encontrará un gran auxiliar de su vida diaria. El industrial, el empleado y, en una palabra, todas las clases sociales deben proveerse de este libro. En él hay secciones para anotar los días y horas que reciben sus amistades; por medio del calendario y santoral alfabético que contiene hace imposible el que pase inadvertido el santo de los amigos. Además, facilita el medio de llevar una buena administración, el presupuesto individual, conocer al detalle lo que se gana y se tiene que pagar, la ropa que se da á la lavandera y planchadora, las visitas que nos hace el médico, etc., y, en una palabra, con el *Memorándum de la cuenta diaria* se lleva al detalle cuanto la vida tiene de social é industrial.

Este precioso libro, elegantemente encuadernado en tela á la inglesa, véndese al precio de 3 y 2,50 pesetas, según lleve ó no secante en todas sus hojas.

*
* *

Seguros de que todos nuestros lectores, ya sean banqueros, comerciantes, médicos, abogados, ejerzan cualquier profesión ó posean una humilde industria ó comercio, necesitan, para la bue-

na administración de sus negocios, recurrir á los excelentes servicios que presta una buena agenda, nos apresuramos á indicarles que los editores Bailly-Baillièrè é Hijos han puesto á la venta en todas las librerías, bazares y tiendas de objetos de escritorio las varias ediciones que han hecho de su *Agenda de bufete para 1906*.

Esta obra, que goza de justa fama, ha sido notablemente mejorada en sus condiciones materiales de papel, rayado y datos de consulta sobre ministerios, correos, aranceles, ferrocarriles, etc., haciéndola indispensable en todo bufete, puesto que une á sus buenas cualidades la economía.

Precio, de 1 á 4 pesetas.

* * *

Á las señoras.—Nos complacemos en avisar á nuestras lectoras que se ha puesto á la venta la *Agenda culinaria para 1906*, libro indispensable para el buen orden y régimen económico de una casa.

La *Agenda culinaria* contiene una variedad de minutas de almuerzo y comida que todo el año puede hacer diferente el *menu* de cada día. En esta obra, en la que predomina el gusto y la economía, tanto de la cocina española como de la francesa, todas sus recetas son hijas de la experiencia, y llevadas á la práctica dignas de figurar en las mesas más elegantes, pudiendo satisfacer los gustos y aficiones más delicados.

Además, la *Agenda culinaria* contiene un espacio en blanco en forma de calendario, con su santoral correspondiente, cuyo espacio ó agenda está rayado en forma adecuada para anotar el gasto diario de la cocina.

Este libro se vende encuadernado, al precio de 2 pesetas, en la librería de sus editores, Sres. Bailly-Baillièrè é Hijos, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en todas las librerías, tiendas de objetos de escritorio y bazares de España y América.

* * *

El arte de leer.—Hay muchas maneras de leer, todas buenas, según el libro que se hojea, el fin que se persigue y el tiempo de que se dispone. Pasando por alto todo género de divagaciones, pongamos un ejemplo: Supongamos una persona de mediana instrucción y de gustos serios, pero que no disponiendo de tiempo sobrado, quiere leer algo más que novelas y periódicos y desea asimilarse conocimientos de todas las materias y siglos, sin olvidar las ciencias y contemporáneos progresos. ¿Qué hacer para salir airoso de esta empresa? ¿Establecer un método ó ir hojeando volúmenes y más volúmenes? No; ya hemos dicho que no dispone de tiempo. El camino recto, el método que hay que seguir y que nos ha servido á nosotros de guía por una feliz casualidad es el de procurarse un *Almanaque Bailly-Baillièrè para 1906*, libro que acaba de ponerse á la venta y en el cual hemos refrescado nuestra memoria con la «Historia del año político español, extranje-

ro, artístico, literario, científico, industrial, económico, judicial y necrológico». Después hemos seguido paso á paso los progresos de la Astronomía, hemos contemplado asombrados las olas formidables, las minas de oro, los grandes ferrocarriles trascontinentales del viejo mundo y los grandes trenes de lujo europeos. Siguiendo las páginas de este almanaque, todas ellas gratísimas, hemos podido apreciar que es el libro de que tan necesitados estamos y que todo el mundo debe leer: el hombre, la mujer, el niño; para todos hay sana lectura, y por su variedad, para todos los gustos. Artículos contiene que á la vez de curiosos son profundos sobre Historia universal, Literatura y Bellas Artes. Otros muy necesarios en la vida práctica del matrimonio y del hogar, y en una palabra, en el *Almanaque Bailly-Baillièrè para 1906* se adquieren conocimientos muy útiles y siempre nuevos sobre Ciencias, Derecho, agricultura, juegos, *sports*, etc.

Y, por último, en cuanto á las condiciones materiales del *Almanaque Bailly-Baillièrè para 1906*, baste decir en su elogio que consta de 500 páginas, contiene siete mapas en color, más de 1.000 figuras, regala á todos los compradores una participación en el número 14.234 de la lotería de Navidad, un seguro gratis contra accidentes de ferrocarriles, etc., relojes, vinos generosos, cadenas, novelas, conejos, pollos, etc., etc., y todo ello por *seis reales*.

ÍNDICE DEL TOMO CXXXI

MES DE JULIO DE 1905

	<u>Páginas.</u>
Centenario del <i>Quijote</i> : Discurso de D. Juan Alcover .	5
Meditaciones sobre el desastre (continuación), por Don Ramiro	15
Apólogos felinos, por Carlos Cambronero	37
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales	41
Cosas de la vida, por Manuel Abril	67
El ladrón urbano, considerado en general, y en particular el ratero (conclusión), por Manuel Gil Maestre	75
Maragall, por Z.	85
Cosas de antaño, por José Rincón Lazcano	105
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf	113
Boletín bibliográfico.....	119

MES DE AGOSTO

Cien pensamientos de San Agustín, por Antonio Balbín de Unquera	129
La mujer en el Japón, por P. Martínez	141
Maragall, por Z.	149
A Cervantes, por Agustín S. de Ayala	163
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales	165
En el Japón (Katscher), por Martínez	203
Cosas de antaño (continuación), por José Rincón y Lazcano	209
El delincuente nato-profesional, por Manuel Gil Maestre	221

Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf.	233
Boletín bibliográfico, por Miguel A. Ródenas y por Manuel Abril.	239

MES DE SEPTIEMBRE

Horacianismo, por Enrique Prúgent	257
Cosas de la vida, por Manuel Abril.	273
<i>Cuum subit illus</i> , por R. Robles.	291
El delincuente nato-profesional (continuación), por Manuel Gil Mestre.	303
Meditaciones sobre el desastre (continuación), por Don Ramiro.	319
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales.	339
Cosas de antaño (continuación), por José Rincón y Lazcano	365
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf.	377
Boletín bibliográfico, por I. L. E y por E.	381

MES DE OCTUBRE

Novela y novelistas históricos en España, por Antonio Balbín de Unquera.	385
Algunas observaciones hechas durante el eclipse de Sol de 30 de Agosto de 1905, por el Dr. Emilio Ribera.	409
Horacianismo, por Enrique Prúgent.	417
Algunas contestaciones para el <i>Averiguador popular</i> de <i>El Liberal</i> , por El Curioso Barcelonés	433
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales.	459
El delincuente nato-profesional (continuación), por Manuel Gil Mestre.	471
La despedida del estudiante, por Bravo y Lecea.	481
Cosas de antaño (continuación), por José Rincón y Lazcano.	485
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf.	497
Boletín bibliográfico.....	501

MES DE NOVIEMBRE

Cosas de la vida, por Manuel Abril	513
¿Se puede vivir en España?, por Gabriel M.^a Vergara	527
Sentimiento, por José Rincón Lazcano	533
Consanguíneos, por José Roca de Togores	541
<i>La Guía Oficial</i> , por El Barón del Pujol de Planés	553
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por D. A. de Segovia y Corrales	563
El delincuente nato-profesional (continuación), por Manuel Gil Mestre	587
Los fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C.	597
Cosas de antaño (continuación), por José Ricón y Lazcano	619
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben Uriz el Ichudéf	625
Boletín bibliográfico, por J. Deleito y Piñuela y por Manuel Abril	629

MES DE DICIEMBRE

El problema de la educación en España, por Antonio Morillo	641
La batalla de San Roque, por Herminio V. Veiguela	651
Naturaleza, por José Rincón Lazcano	671
La última obra de Galdós, por Manuel Abril	679
Cuentos cortos, Carlos Cambronero	699
El delincuente nato-profesional (conclusión), por Manuel Gil Mestre	715
Horacianismo, por Enrique Prúgent	727
Cosas de antaño (continuación), por José Rincón Lazcano	745
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf	749
Boletín bibliográfico, por José de Cárdenas , por Manuel Abril , por J. D. P y por X.	755
Índice.....	766